

A man with dark hair, a beard, and intense blue eyes is the central figure. He is wearing a dark, open-collared shirt. The background is a blurred city skyline at night, with lights from buildings visible.

De enemigos a amantes  
Matrimonio concertado  
Romance mafioso

CASADA  
*con el*  
RIVAL

IMPERIO FAMILIAR DE LA MAFIA 1  
LENORA WILDE

CASADA  
CON EL  
RIVAL

De enemigos a amantes  
Matrimonio concertado  
Romance mafioso

Serie Imperio Familiar de la Mafia  
Libro N<sup>o</sup> 1

# Lenora Wilde

Copyright © 2024 por Lenora Wilde.

Todos los derechos reservados. Este ejemplar está destinado exclusivamente al comprador original del libro. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en forma impresa o electrónica, incluida la grabación, sin permiso previo por escrito del editor, salvo breves citas en una reseña del libro.

# Índice

Capítulo Uno - Kayla

Capítulo Dos - Marco

Capítulo Tres - Kayla

Capítulo Cuatro - Marco

Capítulo Cinco - Kayla

Capítulo Seis - Marco

Capítulo 7 - Kayla

Capítulo Ocho - Marco

Capítulo Nueve - Kayla

Capítulo Diez - Marco

Capítulo Once - Kayla

Capítulo Doce - Marco

Capítulo trece - Kayla

Capítulo XIV - Marco

Capítulo Quince - Kayla

Capítulo Dieciséis - Marco

Capítulo Diecisiete - Kayla

Capítulo Dieciocho - Marco

## Capítulo Uno - Kayla

"Dios mío, no tienes ni idea de cuánto necesitaba esto". Natalia suspiró, mientras se dejaba caer en el asiento junto a mí. Se llevó la copa de vino a los labios, bebió un largo sorbo e inclinó la cabeza hacia atrás.

"¿Una semana larga?" Yo reí y ella asintió.

"Una locura", respondió. "Siento que no he tenido ni un minuto para mí estos últimos días..."

"Bueno, entonces vamos a relajarnos esta noche", comenté, alcanzando el vaso de vino tinto que ella trajo para mí.

"¿Relajarnos?", respondió ella, levantando una ceja y mirando alrededor. "Hay demasiados chicos lindos aquí para eso".

"Anda tía" "Se supone que es una noche de chicas, ¿verdad? Así que simplemente descansemos y relajémonos, no tenemos que ligar esta noche".

"Está bien, pero si un algún apuesto desconocido intenta conquistarme, no me quejaré", respondió, recostándose en su asiento y observando la barra que se encontraba frente a ella.

"Sí, suerte con eso", le respondí.

"¿O tal vez uno que te conquiste a ti?", sugirió, inclinándose hacia delante. "Encontrar al chico afortunado que finalmente te llevará a..."

"Natalia", le dije, con un poco de molestia. No estaba aquí para que me hablara de mi vida amorosa o de la falta de ella. Ella era más que bienvenida a ir tras quien quiera.

En cuanto a mí, yo estaba más interesada en mi bebida que en cualquier otra cosa. Cuando Natalia llamó para invitarme a salir esta noche, me había resistido un poco a salir, mi padre tenía una reunión

con un cliente importante y yo quería asegurarme de que todo saliera bien. Pero ya debería estar al tanto que él sabía muy bien lo que hacía, y yo realmente tendría que haberme tomado un poco más de tiempo libre debido a cómo estaban las cosas.

Pero así había sido siempre con el negocio familiar. Desde que cumplí los dieciocho años, me encontraba fascinada con todo lo que había conseguido mi padre y lo lejos que había logrado llegar en la vida, y yo quería lo mismo para mí. Una oportunidad para ayudar de verdad y hacerme de un nombre en esta ciudad, costara lo que costara. Sí, ya era Kayla Falcone, hija de Mario Falcone, de la familia criminal Falcone, pero necesitaba asegurarme de demostrar a la gente que era algo más que el nombre de mi padre, lo que me había llevado hasta donde estaba ahora.

Natalia y yo no hablábamos de los detalles de mi trabajo, y no podía culparla por evitar el tema. Era un acuerdo silencioso que las dos teníamos desde que éramos adolescentes, cuando nos hicimos amigas en el instituto. Ella sabía a qué se dedicaba mi padre, por supuesto, todo el mundo lo sabía, y aunque le resultaba intimidante, seguía saliendo conmigo, una de las pocas personas que realmente lo hacía. En la actualidad, ella trabajaba como ejecutiva de publicidad, y siempre tenía anécdotas divertidas de su trabajo, y en cambio ella simplemente evitaba preguntarme sobre el mío, para no tener que repasar las cosas que mi padre tenía que hacer para mantener en marcha su imperio.

Pero dejarlo atrás por una noche no me haría ningún daño, tal vez sí pasaba demasiado tiempo centrada en el trabajo. Me costaba dejar ir mis pensamientos de todos los asuntos que sabía que tenía que resolver, podía ser... difícil, dejarlo todo atrás, sabiendo que había tantas cosas en marcha mientras yo no formaba parte de ello, de cualquier manera, mi padre me informaría cuando llegara a casa, aunque por supuesto, pero yo prefería estar allí personalmente.

Se podía percibir en la atmósfera de la habitación cómo iban realmente las cosas, algo que no siempre se transmitía en los

resúmenes que mi padre compartía conmigo al regresar a casa.

Prácticamente me había echado de casa aquella noche, diciéndome que saliera a divertirme.

"Necesitas salir más", me dijo. "Conoce a un buen hombre, sienta cabeza..."

"¡Papá!" Me reí, negando con la cabeza. "Tengo veinticuatro años. No estoy pensando en casarme todavía".

"¿Por qué te ríes?", comentó. "A tu edad yo ya estaba casado".

"Eso no significa que yo quiera hacer lo mismo", respondí. "No voy a salir corriendo a casarme con un tío, ¿vale?"

"Supongo que tendré que buscarte a alguien yo mismo", comentó, y yo inmediatamente puse los ojos en blanco de una manera cariñosa y bromista. Obviamente no iba a buscar a alguien para mí. Realmente no había solteros elegibles que conociera a través de su trabajo. Sin embargo, yo estaba segura de que había muchos hombres que aceptarían mi oferta sólo para casarse con la familia criminal de mi padre, pero yo quería casarme por amor y no por deber.

Natalia me puso al corriente de su semana, y yo la escuché detenidamente, me encantaba escucharla hablar sobre su vida. Estaba tan alejada de lo que yo había llegado a considerar normal como parte de la mía, y que me recordara que en la ciudad pasaban muchas cosas más allá de mi trabajo, era algo bueno para mí. A veces, era demasiado fácil acabar consumido por el negocio familiar y Natalia me transmitía una conexión con el mundo real que nadie más me daba.

Se encaminó al baño y me dejó un momento bebiendo a solas mi copa, observé el bar con indiferencia, cuando de repente una extraña sensación recorrió mi espalda, erizando los vellos de mi nuca.... Sentí que alguien me estaba mirando. Pero, ¿quién?

No tardé en ubicarlo. Sentado al fondo de la barra, con un traje azul oscuro, se encontraba un hombre que aparentaba unos cuarenta

años, tenía el pelo oscuro, el cual traía un estilo corto y ceñido a la cabeza, lo que dejaba ver sus rasgos fuertes y de ascendencia eslava, con pómulos marcados y mandíbula definida. Me miraba fijamente, sin desviar la atención, ni siquiera cuando yo correspondí con la mía. En lugar de apartar los ojos, me devolvió la mirada, y una sonrisa empezó a curvar sus labios.

Mi estómago dio un vuelco y desvié la mirada. ¿Qué estaba mirando? ¿Me estaba mirando? Estaba convencida de que alguien como él nunca se fijaría en alguien como yo, pero al volver a mirarlo, allí estaba él, aun observándome.

Agradecí que Natalia volviera a la mesa, aunque frunció el ceño, e inclinó la cabeza al verme de pronto tan confundida.

"¿Estás bien?"

"Sí, estoy bien. ¿Por qué?" le pregunté.

"Estás muy sonrojada", comentó, levantando las cejas hacia la línea del cabello.

"Es que... aquí hace calor, eso es todo". Hizo un gesto, haciendo evidente su incredulidad, pero ella sabía que no debía indagar más.

Entre las dos, siempre fue Natalia la que mejor se entendía con los chicos. Yo nunca sabía qué hacer o decir. Me enredaba con mis palabras y terminaba pareciendo una persona rara. Pero eso estaba bien para mí. No quería arriesgar el rumbo de mi vida, intentando conocer a alguien. Debía concentrarme en el negocio familiar, lo cual era más importante en ese momento que cualquier otra cosa.

Di un sorbo a mi bebida y pregunté a Natalia sobre el chico con el que acababa de empezar a salir. Habían salido en un par de citas, pero no había surgido nada realmente interesante.

"Era tan aburrido", me dijo, rodando los ojos. "Necesito a alguien que realmente me emocione y con quien sienta esa chispa, ¿sabes? alguien con quien realmente quiera pasar todo mi tiempo. Estos chicos, con los que acabo saliendo, son simplemente... Es como



si no tuvieran nada interesante que decir."

"Oye, encontrarás a alguien eventualmente", le aseguré, y ella se encogió de hombros.

"Honestamente, en este punto, estoy empezando a perder la esperanza", admitió con un suspiro. "Me siento como si hubiera hecho todas las citas en toda esta ciudad".

"Es una ciudad grande y antigua", le recordé. "Hay un montón de tíos allá fuera a los que aún no has conocido. Sólo necesitas darles una oportunidad".

"Últimamente he sido demasiado generosa con mis posibilidades", comentó ella, cogiendo de nuevo su copa. Pero antes de que pudiera decir algo más, un camarero se acercó a la mesa y dejó una copa de vino frente a mí.

"Lo siento, creo que trajiste esto a la mesa equivocada", le dije, y él me miró por encima del hombro.

"No, es para ti", respondió. "El caballero del bar lo envió".

Mi corazón dio un vuelco y volví a mirar al tipo que me había estado observando. Levantó su copa hacia mí y sonrió. Mis mejillas empezaron a enrojarse de nuevo.

"Gracias", murmuré al camarero, y cuando me volví hacia Natalia, sus ojos casi se salieron de órbita.

"¿Quién es ese chico?", preguntó emocionada, girando la cabeza para echar un mejor vistazo al hombre que acababa de enviarme la bebida. "¡Hostia puta! ¿el del traje azul?"

"Sí, creo que es él, el que me envió el trago", respondí, mirando fijamente la bebida. Nunca antes alguien me había enviado una bebida en un bar como este, mucho menos alguien tan sexy y atractivo como él, y no estaba segura de qué pensar al respecto.

"¿Esa era la razón por la que estabas sonrojada cuando volví?, preguntó. "¿Estabais hablando ustedes dos?"

"No, no hablamos, sólo..."

"¿Sólo se flirtearon con la mirada?"

"¡No estaba coqueteando!"

"Vale, pues lo es", señaló ella, asintiendo hacia la bebida.  
"Deberías ir allí y hablar con él".

Sacudí la cabeza.

"No puedo hacer eso".

"¿Por qué no?", me instó. "Está claro que le gustas. Y está buenísimo".

"¡Es mucho mayor que nosotras!". protesté, pero ella se encogió de hombros.

"Oye, si está tan guapo, ¿qué más da?", preguntó. Tenía razón. Era increíblemente atractivo, y pude ver a un par de mujeres que me miraban fijamente, claramente deseando ser ellas a quienes les hubiera enviado esta bebida.

"No pienso hablar con él", murmuré.

"Entonces voy a hablar con él por ti", respondió. La agarré del brazo antes de que pudiera levantarse y hacerlo.

"No, no lo harás", le susurré y pude sentir una pequeña emoción en el estómago. Quería ser yo quien hablara con él, si alguien lo haría. Alcancé la copa de vino que me había enviado y bebí un sorbo. Era caro, de los buenos. Estaba claro que se estaba esforzando por impresionarme.

"Si no vas allí en los próximos cinco minutos, lo haré yo", me advirtió. "Venga. Ponte las pilas".

Bebí un poco más de vino, intentando infundirme algo de valor líquido para poder charlar con él. Podía sentir que me miraba, y nada me apetecía más que presentarme y hacer algo con aquel tío tan sexy que parecía querer hacerse notar por mí.

"Venga, hazlo, ahora", me instó Natalia. "Treinta segundos y lo haré yo misma".

"Vale, vale, entendido", le dije, y me puse en pie. Me temblaban un poco las piernas y no sabía si era por los nervios, por el alcohol o por una mezcla de ambas cosas, pero iba a hacerlo. Iba a conseguirlo. Iba a...

De repente, y antes de que pudiera llegar hasta él, alguien se acercó a mi hombre misterioso. Se inclinó hacia él y bajó la voz, murmurándole algo al oído. El otro tipo tenía una larga cicatriz que le recorría una mejilla y un bulto que hacía pensar que ocultaba una pistola en algún lugar bajo la ropa. No es que ese tipo de cosas me escandalizaran, dado el tipo de trabajo al que me dedicaba, pero sí que me hizo dudar.

Me quedé atrás un momento, y el hombre que me había enviado la bebida me miró con una expresión de disculpa en el rostro. Y entonces, sin más, se dio la vuelta para salir del bar, siguiendo al tipo de aspecto sospechoso que había entrado a hablar con él.

Y se fue.

Mis hombros se hundieron en una mezcla de alivio y decepción mientras lo veía salir por la puerta. Vale, tal vez no iba a tener mi fantasía de flirteo esta noche después de todo. Probablemente era lo mejor. No tenía ni idea de en qué estaba metido aquel chico. Ni idea de lo que iba a hacer o a dónde iba. Tal vez debería dejarlo ir y dar por perdida esta noche por el momento. Conformarme con una noche divertida de copas con una amiga, en lugar de quedarme pensando en la posibilidad de tener algo emocionante con un desconocido.

Me acomodé de nuevo en la mesa y Natalia me hizo una mueca de confusión.

"¿Por qué te mandarías una copa si iba a marcharse antes de que pudieras hablar con él?", se preguntó en voz alta, y yo me encogí de hombros.

"No parecía tener intenciones de irse exactamente", señalé.  
"Parecía urgente".

"Sí, no es motivo suficiente", resopló, fingiendo estar enfadada. Sabía que se alegraba de tenerme para ella sola, aunque realmente nunca lo hubiera admitido. A menudo quería verme flirteando con algún chico en lugar de centrarse en ella, probablemente porque nunca había salido con nadie en todo el tiempo que llevábamos siendo amigas, y esta era su forma de hacerme salir.

Pero no necesitaba salir ahí fuera. Solo necesitaba mantener la cabeza baja y ayudar a mi padre con el negocio, eso era lo mejor que podía hacer en este momento, la forma más inteligente que encontraba para abordar esto. Estaba segura de que eventualmente conocería a alguien y, cuando llegara el momento adecuado, me establecería y me enamoraría y haría todo lo que Natalia parecía querer que hiciera.

Volví a mirar hacia la puerta, medio esperando a que volviera al bar. No estaba segura de lo que era, pero había algo en él que me molestaba. Algo casi... familiar. Como si debiera haber sabido quién era, o tal vez pronto lo sabría. Algo por el estilo.

"¿Sigues pensando en él?" me preguntó Natalia, y yo suspiré y asentí. No podía negarlo. Había algo en él que me gustaba, y nada me apetecía más que ir tras él y preguntarle por qué me había enviado aquella bebida. ¿Qué le habría pasado por la cabeza si hubiera ido a hablar con él?

¿Me habría llevado a casa? ¿Nos habríamos enrollado? ¿Habríamos...? Vale, mi mente estaba empezando a divagar en direcciones bastante peligrosas. Cogí el vaso de vino que me había enviado y bebí otro sorbo lentamente.

"Está bien", le dije. "Al menos conseguí una copa gratis".

Aunque dentro de mi cabeza, deseaba poder haber conseguido mucho más.



## Capítulo Dos - Marco

Mi padre me entregó una copa llena de vodka. La bebí de un trago y tomé asiento en el lujoso sillón de cuero frente a su escritorio.

"Así que", comenté, levantando las cejas. "Debe ser algo serio si me estás dando vodka para relajarme".

Mi padre rió brevemente. "Me conoces demasiado bien, hijo", comentó mientras tomaba asiento frente a mí. Cuando pensaba en mi padre, Andrey Volkov, así era como me lo imaginaba, con una copa en la mano, en su opulenta oficina, las luces bajas y los papeles esparcidos por la mesa frente a él. Dirigiendo su imperio, asegurándose de que el mundo entero estuviera a sus pies. Como si alguna vez hubiera alguna duda al respecto.

"Entonces ¿de qué se trata?" le pregunté. Hizo una pausa por un momento. Mi instinto se activó de inmediato. Sabía que no se guardaría nada si pensara que yo estaría de acuerdo, y sus dudas en ese momento me hicieron pensar que probablemente no estaba seguro de cómo hablarme de lo que quería hablarme.

Mi padre siempre fue honesto conmigo. Era simplemente nuestra forma de trabajar. Desde que era un adolescente, había sido un feroz defensor de su reino, sabía que un día todo dependería de mí y tendría que dar un paso al frente y hacer lo que fuera necesario para mantenerlo a flote. Teníamos enemigos por toda la ciudad -enemigos con los que yo había tenido que lidiar hacía apenas un par de noches- y eso significaba que siempre teníamos que estar en alerta máxima, listos para enfrentarnos a cualquiera que intentara meterse en sus negocios.

"Tengo una propuesta para ti, hijo", me explicó, y se inclinó hacia delante y juntó las manos frente a él.

"¿Cuál es?"

"Sólo quiero que me escuches", advirtió, tratando de

prepararme para lo que fuera que iba a decir a continuación.

"Te escucho", le aseguré, levantando las cejas, indicándole que continuara.

"He estado en contacto recientemente con la familia Falcone", admitió. Respiré hondo. Ese era un nombre que no esperaba escuchar.

"¿Qué estás haciendo hablando con ellos?" Pregunté. Los Falcone habían sido una espina clavada durante casi dos décadas, cuando mi padre se enfrentó a Oliver Falcone por un territorio al que ambos creían tener derecho. Había habido muchas escaramuzas desde entonces, y no podía imaginar que mi padre tuviera nada de qué hablar con aquel hombre.

"Esta guerra entre nosotros ha durado demasiado tiempo", continuó. "Ambos somos veteranos en el juego. Desde hace ya varios años, y no queremos pasar el tiempo enfrentándonos el uno al otro. No si podemos evitarlo".

"Nunca antes habías tenido problemas con eso", murmuré, sirviéndome otra copa mientras intentaba hacerme a la idea. ¿Los Falcone? ¿De verdad? ¿Después de todo lo que había sucedido, de todo lo que habíamos pasado con ellos? ¿Después de todo el derramamiento de sangre por ambas partes, ahora estaban buscando alguna manera de llegar a un acuerdo? No tenía sentido para mí, y no podía entender en qué estaba pensando mi padre cuando decidió eso.

"¿Cómo sabes que puedes confiar en ellos?". Pregunté, levantando la mirada para encontrarme con la de mi padre. "No me digas que ahora te estás ablandando, dejando entrar a gente cuando no nos han causado más que problemas".

"Porque nos han ofrecido algo grande", explicó, con el rostro cada vez más serio. "Algo que sé que no estarían dispuestos a poner en juego a menos que realmente quisieran que esto llegara a su fin".

"¿Cuál es?"

No contestó de inmediato y luego pareció cambiar el tema a

algo completamente diferente.

"Tenemos que pensar en el futuro de este negocio", explicó.

"Siempre estoy pensando en eso", le recordé bruscamente. "Nunca lo he olvidado. ¿Por qué crees que trabajo tan duro para ti? Para esta familia"

"Sé que lo haces, hijo y aprecio todo", prometió. "Pero el futuro de lo que estamos construyendo es mucho más que solamente tú".

"¿Qué quieres decir?" pregunté. Yo era hijo único. Por lo que a mí respecta, nadie tenía derecho al trono de mi padre excepto yo. Y no iba a dejar que alguien se interpusiera en el camino de lo que había trabajado toda mi vida por lograr.

"Quiero decir", comenzó, pasándose una mano por el pelo. "Tienes que pensar en tu propia familia".

Gruñí y me senté de nuevo en mi asiento. Otra vez esto. ¿Cuántas veces íbamos a tener que pasar por esto? No me interesaba por el momento sentar cabeza. Era perfectamente feliz con mi vida actual. Solamente porque él se casó joven y me tuvo en sus veinte no significaba que yo tuviera que hacerlo. Tenía cuarenta años ahora, y nunca había sentido la necesidad de detenerme y centrar mi atención en encontrar alguna mujer con la que pasar el resto de mi vida. Tal vez hubiera sido más fácil para él si lo hubiera hecho, pero no había encontrado a la mujer con la que quería estar.

No por más de una noche, al menos. Nunca tuve problemas para conseguir chicas para eso, sólo una noche de diversión juntos. Eso sí que lo hacía bien: sabía lo que hacía cuando se trataba de ver a una mujer en un bar, flirtear con ella, invitarla a una copa y luego hablarle seductoramente toda la noche hasta que caía en la cama conmigo, incapaz de resistirse por más tiempo. De hecho, era uno de mis pasatiempos favoritos, la mejor forma de desahogarme tras una larga semana de trabajo en el negocio de mi padre.

No tenía tiempo para una esposa ni para un hijo, y no iba a



cambiar mi opinión al respecto sólo porque mi padre pareciera haber decidido que ya era hora de que lo hiciera. Claro que le habría hecho la vida más fácil saber que estaba asegurando el futuro de nuestra familia con un hijo propio, pero tenía que aceptar que mi estilo de vida simplemente no funcionaba con eso ahora mismo.

"Ya hemos hablado de esto", le dije. "No me interesa sentar la cabeza. Con nadie. Soy feliz como están las cosas".

No contestó.

"Entonces, ¿qué tiene que ver esto con la familia Falcone?" Presioné. "¿Qué te ofrecieron para que estés tan seguro de querer trabajar con ellos después de todo este tiempo?"

Un tiempo de silencio. Levantó el vaso, bebió un largo sorbo y respondió: "Su hija".

Me quedé mirándole, preguntándome si le había escuchado bien. Porque era imposible que estuviera diciendo que le habían ofrecido a su hija. No su hija. Sabía de ella, por supuesto, aunque nunca la había visto. Por lo que a mí respecta, no era más que otro problema con el que teníamos que lidiar, ¿y ahora nos la ofrecían? ¿Qué significaba eso?

"¿Qué demonios quieres decir con eso?" Pregunté.

"Quieren que se case con alguien de la familia", me explicó. Fruncí el ceño. ¿Qué, como un primo de su edad o....?

De repente, entendí a lo que se refería y sacudí la cabeza.

"De ninguna manera", le dije. "De ninguna puta manera me casaré con uno de los Falcone".

"Tiene sentido", protestó mi padre. "Pondría fin a esta guerra entre nosotros, y finalmente tendrías una esposa".

"No quiero una esposa", le respondí apretando los dientes.

"Piensa que es un matrimonio por conveniencia", respondió,

levantando las manos en señal de defensa. "Puedes seguir teniendo todas tus novias aparte. Sólo la tendrás a ella para volver a casa, también".

La idea de compartir mi apartamento bien amueblado con alguien de la familia Falcone hizo que se me nublaran los ojos de rabia. Los había odiado durante mucho tiempo y no podía imaginarme que de repente me convirtiera en un marido cariñoso para su hija.

"¿Cómo se llama?"

"Kayla."

Kayla. Lo repetí en mi cabeza. Con ella. Con la que quería que me casara. ¿No escuchó lo loco que sonaba? Lo entendí, a veces en este negocio tenías que dar un gran golpe si querías asegurarte de cerrar una enemistad de una vez por todas, pero esto... Incluso para mí, esto era demasiado.

"Significaría que no tendríamos que preocuparnos más por ellos", continuó, tratando de convencerme de la idea como si yo fuera a considerarla. Era una locura, una completa locura.

"Es imposible que se atrevan a intentar algo mientras tengamos a su hija viviendo con nosotros", continuó. "Ya sabes lo poderosos que son, y si deciden que quieren volver a expandirse por nuestro territorio, necesito tener una buena razón para que cambien de opinión".

Me quedé allí sentado, asimilándolo, intentando hacerme a la idea de la enormidad de lo que me estaba sugiriendo. ¿Matrimonio? Matrimonio. Con uno de la familia Falcone, nada menos. Intenté dejar de lado mis emociones por un momento y mirarlo de la manera más lógica que pude. Porque si lo enfocaba así, tenía que admitir que tenía razón. No había mucho que pudiera imaginar que nos garantizara estar completamente a salvo de cualquier futuro ataque de los Falcone, más que unirnos mediante el matrimonio. Puede que no fuera la forma en la que esperaba sentar la cabeza, pero si aún no lo había hecho, tal vez ésta fuera la mejor manera de hacerlo. No tenía que

amarla de verdad. Sólo tenía que estar dispuesto a soportar la unión. Estaba seguro de que los dos podríamos llegar a algún acuerdo que significara que ambos podríamos salir con otras personas fuera del matrimonio, si ella estaba de acuerdo con lo que yo pensaba.

Las nubes empezaron a despejarse un poco en mi cabeza. Al menos podía ver de dónde venía con esto.

"¿Habrías hecho lo mismo?" Le pregunté. "¿Te casarías con alguien si eso ayudara al negocio?"

"Joder, yo mismo me casaría con esta chica si pudiera", bromeó. "Pero sí. Yo habría hecho esto. Es el final de una guerra en la que ya no quiero luchar. Y es una forma de asegurar un futuro para nuestras dos familias".

De repente, una expresión de cansancio se apoderó de su rostro. Nunca lo había visto así en mi vida. Sabía que se estaba haciendo viejo, claro que sí, pero era como si por primera vez pudiera ver cómo envejecía delante de mí. Las arrugas de su frente, las sombras bajo sus ojos... de repente, me llamaron la atención hasta que se convirtieron en lo único que podía ver, y deseé poder hacer algo para aliviar un poco carga de todo lo que llevaba.

Y podía hacerlo. De hecho, me estaba mostrando el camino para hacerlo, ahora mismo, en este momento. Pero, ¿realmente podría casarme? Incluso pensarlo era suficiente para hacer que mi cabeza diera vueltas. Yo, como esposo. ¿Yo, como padre? Era como si tuviera que renunciar a todo lo que había conocido de mí mismo hasta ese momento, y no estaba seguro de poder hacerlo, así como así.

Pero si este era un sacrificio que tenía que hacer por mi padre, que así sea. Había dedicado toda mi vida a este negocio, a su negocio, y ¿qué clase de hijo sería si le diera la espalda porque se me presentara algo que no me gustara? Había hecho mucho por su negocio. Mucho más de lo que incluso yo me creía capaz de hacer. ¿Cómo iba a ser el matrimonio lo único que veía como un paso demasiado lejos para esto? ¿Casarme con una chica rica y snob que

probablemente estuviera más interesada en ir de compras que en involucrarse en el negocio familiar?

"Me lo pensaré", le dije finalmente, y él exhaló un suspiro de alivio.

"Gracias, hijo", me dijo, cruzó la mesa y me agarró el hombro. Su rostro reflejaba gratitud y supe que significaba mucho para él, aunque para mí no fuera más que un puto shock.

Me puse en pie, llevándome la bebida conmigo mientras salía de su despacho y me dirigía hacia el balcón situado en el extremo más alejado de la casa adosada donde vivía. Me había criado aquí y ahora vivía a pocas puertas de él, pero éste era el lugar donde venía a pensar. Había algo en la paz que se respiraba en la ciudad cuando la contemplaba así, hacía que todo lo demás desapareciera de mi mente.

Me apoyé en la barandilla de acero y miré las luces que había debajo de mí, mientras intentaba asimilar la sugerencia que acababa de recibir. Necesitaba darle tiempo a la idea antes de sacar conclusiones precipitadas. Todavía estaba tan sorprendido que las palabras apenas tenían sentido en mi cabeza.

¿Confiaba en mi padre? Por supuesto que sí. Confiaba en él con mi vida, del mismo modo que él lo hacía conmigo. Y si me pedía que hiciera esto, tenía que creer que era porque realmente le importaba, porque realmente pensaba que iba a marcar la diferencia en nuestros dos mundos.

Volví a llevarme el vodka a los labios, dejando que el fuerte sabor aclarara mis sentidos. Por ahí en la ciudad que tenía ante mí, había una mujer que tal vez ni siquiera supiera que estaba prácticamente comprometida conmigo. No sabía nada de ella, excepto que era hija de uno de nuestros enemigos mortales. No era exactamente el mejor lugar para empezar una relación.

Estaba curioso por saber quién era esa persona. Y tal vez pronto tendría la oportunidad de descubrirlo.

## Capítulo Tres - Kayla

"Oye, pásame la cafetera, ¿quieres?" Lara me llamó mientras se dirigía a la cocina, bostezando.

"¿Cómo puedes necesitar cafeína después de haber dormido tanto tiempo?" le bromeé. "¡No deberías necesitar nada!"

"Oye, sabes que no funciona así", protestó ella. "Necesito dormir más que la gente normal. Simplemente así soy yo".

"Ah, sí, lo entiendo", me reí y le serví una taza de café, entregándosela. Dio un largo trago, agradecida, y se sentó a mi lado en la mesa.

Las mañanas eran mi parte favorita del día. Podía pasar tiempo con mi familia, relajarme y reponerme antes de que empezara todo el trabajo del día. Normalmente me sentía tranquila, preparada para afrontar cualquier circunstancia que pudiera venir. El trabajo no siempre era fácil, pero mientras tuviera cerca a mi hermana y a mi padre, todo iba bien.

"¿Hiciste algo interesante anoche?", preguntó mientras se estiraba para coger un bollo recién hecho del mostrador.

"Estaba en casa", respondí, y ella negó con la cabeza.

"Deberías salir y divertirte más", me dijo. Rodé los ojos.

"Oye, salí hace sólo unos días", protesté.

"Ah, sí, y volviste a las doce, ¿no?", me recordó. "Lo siento si no estoy del todo impresionada por eso".

"Lo que sea". Me reí alcanzando mi café. Por supuesto, no mencioné al chico que me coqueteó en el bar, aunque había estado en mi mente desde entonces. Había algo en él que simplemente.... me atraía. No haber podido hablar con él después de que se atreviera a mandarme una copa me estaba afectando. Me gustaba la forma cómo

me miraba, aunque estaba bastante segura de que sólo quería una cosa. Algo en su forma de comportarse me decía que normalmente conseguía lo que quería.

Pero eso fue hace unos días, y probablemente ya se había olvidado de mí. No quería obsesionarme con el recuerdo de un hombre al que apenas conocía; habría sido una locura seguir pensando en esa persona a la que ni siquiera le había hablado, pero aún así. Era agradable saber que a alguien le gustaba lo que veía, aunque yo no fuera precisamente buena haciendo nada al respecto cuando lo hacían.

Además, tampoco es que Lara tuviera muchas citas. Ella había tenido un novio con el cual duró bastante tiempo, pero que había terminado en un lío hace unos meses, y ella todavía estaba lamiendo sus heridas. No la culpaba. Algo como eso realmente puede afectarte.

O al menos, eso es lo que supuse, por la forma en que ella había reaccionado. Yo nunca había estado en una relación. Tal vez por un par de semanas en el instituto, pero eso apenas contaba. Siempre había estado demasiado ocupada con el trabajo, ayudando a mi padre a asegurar el negocio, como para pensar en cosas como esa. Y además, ¿cómo saber en quién confiar? Había tipos por ahí que estaban más que dispuestos a seguir adelante con un matrimonio sólo porque pensaban que les daba una mejor oportunidad de asegurarse un lugar en una familia criminal como la de mi padre.

Hablando de mi padre, aún no había venido a desayunar. Decidí ir a buscarlo a su oficina para ver qué le pasaba. Normalmente nunca se saltaba el desayuno, y si tenía algo que ver con la reunión de hace unas noches, quería estar al tanto y lista para ayudarlo.

Caminé por el pasillo, observando las fotos en la pared, todas de nuestra familia, por supuesto, y especialmente de nuestra difunta madre. Toqué una de las fotos de ella, tomada poco antes de que muriera, cuando yo sólo tenía unos siete años. Tenía más recuerdos de ella que Lara, y a veces la echaba tanto de menos que me dolía.

"Te echo de menos, mamá", le susurré al cuadro antes de seguir por el pasillo hasta el despacho de mi padre.

Y entonces, oí algo.

Mi propio nombre.

Me detuve en seco por un momento, preguntándome si había oído mal. No, ahí estaba de nuevo mi padre diciendo mi nombre.

"Claro, tendremos que asegurarnos de que Kayla esté de acuerdo con todo esto", le dijo a quienquiera que estuviera al otro lado de la línea, con voz baja y conspirativa. Di un paso adelante, asomándome por la puerta, para encontrarlo de espaldas y hablando con alguien por teléfono.

"Sí, sí, estoy seguro que lo hará", acordó con quien fuera que estuviera hablando.

¿Con quién estaba hablando? No sonaba como su yo habitual, casi como si estuviera tratando de ocultar algo. ¿Por qué hablaba de esa manera?

"Lo sé, será para los libros de historia", se rió entre dientes. "Los Falcones y los Volkov, unidos en sagrado matrimonio..."

Sentí un hoyo en el estómago, mis rodillas empezaron a temblar y doblarse. ¿Qué estaba tratando de decir? ¿Sobre mí, el matrimonio y la familia Falcone? Me tapé la boca con una mano para no hacer ruido, el shock casi me supera en ese momento.

Tragué saliva y escuché el resto de la conversación. No pude captar gran cosa, pero probablemente era porque mi cerebro estaba tan revuelto que no podía pensar con claridad. Se me revolvió el estómago como si fuera a vomitar. Mi padre no podía estar hablando de casarme, ¿verdad? Era imposible que hiciera algo así. Desde luego, no habría accedido sin hablar conmigo, al menos un poco antes.

No, ni siquiera se le habría ocurrido utilizarme de esa manera. Yo era preciosa para él, sus dos hijas lo eran, y hacía todo lo posible

para asegurarse de que lo supiéramos. No nos habría usado como propiedad, para casarnos con sus enemigos.

Y había otro problema. Los Volkov eran nuestros enemigos. Lo habían sido desde que tengo memoria. La mafia rusa y la italiana no se llevaban bien, y nosotros no éramos una excepción. Su enemistad había existido desde la muerte de mamá, y a veces me preguntaba si mi padre se habría vengado tan rápido de ellos por su intromisión en nuestro territorio si no acabara de perder al amor de su vida.

Pero esto era... Esto era demasiado para que él me lo pidiera. No tenía ninguna duda. No podía esperar que dejara de lado todo lo que había pasado a lo largo de mi vida, cómo me habían educado para verlos también como mis enemigos, y lidiar con ellos trabajando juntos.

O peor aún, casarme con uno de ellos. Me estremecí al pensarlo. Dios, sólo de imaginarlo me ponía un poco enferma.

Pronto, mi padre terminó su llamada y entré corriendo por la puerta en el momento en que lo escuché colgar el teléfono.

"¿Con quién demonios estabas hablando?"

Las palabras escaparon de mi boca antes de que pudiera detenerlas. Mi padre se giró, sorprendido, con las cejas levantadas. La expresión de su rostro me dijo que no quería ser descubierto.

"Kayla, ¿qué haces aquí...?", empezó, pero levanté la mano antes de que pudiera decir otra palabra.

"Responde a mi pregunta".

Hizo una pausa, buscando claramente una salida a la situación en la que se encontraba.

"Andrey Volkov."

Cerré los ojos. Esperaba contra toda esperanza que no fuera él, que no fueran ellos, al menos, pero no iba a librarme tan fácilmente.



"¿Y por qué estabas hablando de matrimonio con él?"

Mi padre suspiró y me indicó con un gesto que me sentara.

"Supongo que tenemos que hablar".

Cerré la puerta detrás de mí para asegurarme de que Lara no pudiera escuchar esto. No quería involucrarla. Ella siempre había estado un poco más al margen del negocio, y fuera lo que fuera esto, sabía que no sería capaz de manejarlo.

Me senté en el borde del asiento, con los hombros recogidos hasta las orejas. Me estaba preparando para lo peor, fuera lo que fuese. No tenía ni idea de por dónde iba a ir esto, y no estaba segura de que fuera a gustarme, pero confiaba en mi padre. Y quise escucharle, sin importar cuan loco me pareciera lo que diría.

"Sabes que los Volkov y yo llevamos años enfrentados", me explicó. Asentí con la cabeza, como si necesitara que me lo recordaran.

"Bueno, Volkov quiere ponerle fin", continuó. "Puede sonar extraño, pero ahora está mirando hacia su futuro, y quiere asegurarse uno en el que no tenga que preocuparse todo el tiempo. No por nosotros, al menos".

"¿De verdad crees que haría algo así?" pregunté, incrédula. No consideraba a mi padre un hombre ingenuo, pero seguro que se había dado cuenta de lo extraño que resultaba que alguien como Volkov ofreciera algo así después de pelear con nosotros con cualquier pequeñez, desde hace ya mucho tiempo.

"Yo tampoco estaba seguro, pero hemos estado hablando durante un tiempo", explicó. "Y parece que es sincero cuando lo dice. Sé que no podemos estar seguros, pero yo estoy tan seguro como puedo estarlo ahora mismo."

"¿Por qué? ¿Qué te ha ofrecido que te tiene tan seguro?" le pregunté. Tenía la voz tensa y la tensión me recorría todo el cuerpo. Intenté convencerme a mí misma que mi padre nunca haría algo así,

que sólo había oído demasiadas historias locas y me había vuelto paranoica...

"Un matrimonio", respondió. "Entre su hijo y... y tú."

Ahí estaba, la última cosa que quería escuchar. Bajé la cabeza, recuperando el aliento, mientras el impacto se apoderaba de mí. Un matrimonio. Quería que me casara. Empecé a analizar la logística de inmediato, intentando contener mis emociones. Si esto era cierto, si Volkov realmente estaba ofreciendo algo así, entonces podría ser realmente el final de la enemistad en la que los dos hombres habían estado atrapados durante las últimas dos décadas. Era el pacto definitivo, un vínculo irrompible entre dos familias que aseguraría que no habría más derramamiento de sangre, ni miedo. Un enemigo menos. Un aliado más.

Sobre el papel, sonaba bien. Pero, ¿y yo? Ni siquiera había salido con alguien antes, ¿y él me estaba pidiendo que me casara? Quiero decir, yo quería casarme en algún momento, pero no había imaginado que sucedería tan pronto. Y este hombre, ¿quién era? Había evitado todo lo que podía sobre esa familia, pensando que era más seguro mantenerlos lo más anónimos posible. Cuando se trataba de hacer lo que había que hacerse, un conocimiento mayor de su existencia, hubiera dificultado las cosas.

Apenas podía pensar con claridad mientras intentaba levantar la vista y encontrarme con la mirada de mi padre. Me temblaban las manos mientras las aferraba a la mesa que tenía delante, respirando hondo, inhalando todo el aire que podía.

"¿Quién es?"

"¿Quién?"

"El tipo Volkov, ¿quién es?" Pregunté. "Si voy a casarme con él, lo menos que puedes hacer es hablarme un poco sobre él".

"Marco", respondió. "Ese es su nombre".

Marco, repetí el nombre, para sentir como se escuchaba en mi

cabeza, no sabía lo que me esperaba, pero de alguna manera me gustó. ¿Podría verme casada con un Marco? Hostia, no sé. ¿Podría verme casada con alguien?

"¿Y cómo es él?" le pregunté. Se encogió de hombros.

"No sé mucho sobre él", admitió. "Volkov y yo queríamos hacer esto rápido y sencillo, ya sabes. No hay necesidad de ir a través de todo un cortejo".

Así que solo quería casarme. Eso era todo. Ni siquiera iba a permitirme conocer al tipo con el que me estaba pidiendo que pasara el resto de mi vida. El trato debía haber sido bueno para que él aceptara una oportunidad así, y me pregunté cuánto tiempo lo mantendrían los Volkov sobre la mesa. Si no aprovechaba la oportunidad, podrían interpretarlo como un insulto, y era la última familia con la que queríamos tener un problema.

Solo pensar en ello fue suficiente para hacerme estremecer de incomodidad. Mierda. No sabía cómo iba a manejar esto. ¿Aceptaría la oferta de matrimonio con un tipo que ni siquiera conocía? ¿Un tipo que era el hijo del enemigo mortal de mi padre? ¿Realmente iba a ser suficiente para que olvidaran las últimas dos décadas de peleas, batallas, enfrentamientos en cada oportunidad posible?

"Tengo una foto", comentó, y empezó a rebuscar en su cajón para encontrarla. ¿Una foto? ¿En qué estaba pensando para creer que con una foto podría acceder a hacerlo? ¿Era tan guapo que me sería imposible...?

Y entonces, sacó la foto.

Oh. Oh.

Lo agarré y lo acerqué para verlo mejor. Porque era imposible... ¿Lo era? No había manera de que pudiera ser él..

Pero, mientras lo miraba con detenimiento, me di cuenta de que lo era. Era el tipo de la otra noche, en el bar. Estaba segura, la foto podía tener un par de años, pero era el mismo hombre. La misma

mirada penetrante, la misma mandíbula fuerte, la misma sonrisa ligeramente traviesa.

El corazón me dio varios saltos dentro del pecho y oí zumbidos en mis oídos. Esto era demasiada coincidencia. ¿Era el destino? Porque tenía tantas ganas de hablar con él en el bar antes de que se fuera, y ahora, aquí estaba, justo delante de mí, con mi padre diciéndome que me iba a casar con él....

"¿Qué te parece?", preguntó mi padre. Volví a la realidad. Y antes de que pudiera contenerme, las palabras salieron de mi boca.

"Lo haré. Me casaré con él".

## Capítulo 4 - Marco

Me miré en el espejo. Apenas reconocí al hombre del reflejo.

Estaba sucediendo. Estaba pasando de verdad, joder.

Me iba a casar.

Las últimas semanas habían sido un torbellino de actividad, tanto que casi olvidé que todo conducía a este momento: yo mirándome al espejo y preguntándome qué demonios estaba haciendo en realidad.

En este precioso instante, mi futura esposa esperaba al otro lado de un lujoso pasillo en una iglesia repleta por al menos trescientas personas. La mayoría eran aliados de ambas familias, quienes parecían querer ver si esta alianza estaba ocurriendo de verdad.

Y eso es todo lo que era. Una alianza. Tenía que recordármelo una y otra vez. Podría haber parecido una boda para todos los demás, pero yo sabía lo que realmente representaba. Sólo necesitaba pasar este día y todo habría terminado. Podría volver a mi vida como la había conocido antes.

Aparte de la esposa a mi lado, supuse.

Mierda.

Acepté la propuesta de mi padre cuando me dijo que ella había aceptado la oferta. Le había costado mucho convencerme, pero al final me convenció de que a la larga no iba a cambiar gran cosa. El matrimonio sería un mero espectáculo, en el que ambos viviríamos juntos mientras llevábamos vidas totalmente distintas. No hacía falta darle muchas vueltas a la cabeza. Dudaba que ella quisiera tener algo que ver conmigo, si podía evitarlo.

Por supuesto, había visto una foto suya y era preciosa. El tipo de belleza que se quedaba grabada en la mente, de hecho, porque me

di cuenta que era la chica del bar a la que había estado mirando la otra noche. Mi última noche como soltero -parecía un poco irónico ahora que había puesto los ojos en mi futura esposa por primera vez, esa misma noche.

Nos conocimos brevemente, pero apenas hablamos. Fueron nuestros padres los que más hablaron, sellando el trato, discutiendo los detalles y asegurándose de que ambos supiéramos exactamente lo que esto iba a requerir de nuestra parte. Ninguno de los dos confiaba plenamente en el otro, al menos no todavía, y ambos establecían normas como si tuvieran el derecho divino de hacerlo.

La tensión entre nosotros era intensa. Me observó todo el tiempo como si intentara ver dentro de mí, tratando de leer lo que pasaba detrás de mis ojos. No revelaba gran cosa, se cuidaba de mantener la cara inexpresiva la mayor parte del tiempo, pero me daba cuenta de que su mente estaba dando vueltas. No parecía especialmente interesada en conocerme, así que supuse que quería lo mismo que yo de este matrimonio. La conveniencia, y nada más. No íbamos a tener una relación. Íbamos a representar un papel durante el tiempo necesario para convencer a la gente de que estábamos juntos de verdad, y luego cada uno por su lado.

La boda se había planeado en cuestión de semanas y, por supuesto, todos los que tenían un nombre importante habían sido invitados. Estaba segura de que al menos unos cuantos pensaban que era una broma. Yo en su lugar lo habría pensado. Después de tanto tiempo persiguiéndonos mutuamente de todas las formas posibles, nuestras familias se reunían delante de toda esa gente para declarar que la guerra entre nosotros finalmente había terminado.

Y ahora, aquí estaba yo. La música sonaba al otro lado de la puerta, que conducía al salón de la iglesia donde iba a casarme con esta mujer a la que nunca había tenido la oportunidad de conocer. No podía creer que fuera a hacer esto. Pero ahora no podía echarme atrás. Tenía que seguir adelante con lo acordado. Aunque sintiera que podría perder la cabeza antes de salir de esta habitación.

Eché los hombros hacia atrás e inhalé profundamente. No podía estar más preparado. Me ajusté la corbata, abrí la puerta y salí al pasillo.

Un millón de miradas se volvieron hacia mí. En lo alto del pasillo, junto a mi padre y el suyo, estaba Kayla. Estaba preciosa, con un suave velo blanco que caía sobre sus delicadas facciones y el pelo castaño cayendo por su espalda en ondas. Sus delgados hombros parecían brillar, su piel suave y atractiva. Sus labios se entreabrieron ligeramente a medida que me acercaba, como si intentara convencerse a sí misma de que esto estaba ocurriendo tanto como yo. Por un breve instante, me acordé de cómo me había mirado en el bar, de esos labios suaves que me resultaban deliciosos como para negármelos.

Le cogí la mano cuando estuve a su lado y ella apoyó sus dedos contra los míos. Era la primera vez que nos tocábamos. Le rocé los nudillos con el pulgar y ella me apretó un poco más. Fue un movimiento mínimo, pero suficiente para decirme que estaba en el mismo lugar que yo. Éramos las dos únicas personas en la habitación que entendían realmente lo que estaba pasando, y había una cierta conexión, a pesar de que apenas habíamos intercambiado una palabra.

"Queridos hermanos", comenzó el oficiante monótonamente. "Nos hemos reunido aquí hoy para celebrar la unión de Kayla Falcone y Marco Volkov..."

Los votos pasaron tan rápido que apenas pude asimilarlos. Cuando llegó el momento de dar el "acepto", tuve que tragar saliva antes de pronunciar esas palabras.

"Sí, Acepto".

Me repitió las palabras y sus ojos se clavaron en los míos. No sabía cómo demonios debía sentirme ahora. Esta mujer era ahora mi esposa, la persona con la que se suponía debía pasar el resto de mi vida. Deslicé el anillo en su dedo y la banda de oro brilló contra su piel. Sus dedos me acariciaron la palma durante un segundo y una descarga eléctrica me recorrió el interior del brazo.

La iglesia estalló en un aplauso ensordecedor. Casi ahogó el caos que tenía en la cabeza. La miré a ella, a Kayla, que tenía la mirada perdida y la boca rígida. Me incliné hacia ella, fingiendo darle un beso en la mejilla.

"Vamos", murmuré. "Hagamos que esto parezca convincente".

Consiguió levantar la comisura de los labios y me cogió la mano, enrollando sus dedos alrededor de los míos. Forcé una sonrisa y ambos nos volvimos para enfrentar a la multitud que nos aclamaba. No podíamos dejar que nadie pensara que esto era algo menos que real. Cualquier fisura en esta alianza, y la gente reaccionaría de inmediato.

Caminamos juntos por el pasillo, recién casados, con su pequeña mano metida en la mía, y mis ojos recorrieron los rostros de la multitud. Buscaba la duda en alguno de ellos, tratando de identificar a esas personas que podrían haberse dado cuenta de nosotros ya. No podíamos permitir que eso sucediera. Ni en un millón de años. Teníamos que mantener la compostura y dar la impresión de que estábamos totalmente seguros de lo que hacíamos aquí.

A continuación, tuvo lugar la recepción, en un enorme y costoso hotel al final de la calle. En lugar era fino, estaba adornado para la ocasión. En el ambiente se podía percibir la tensión, ya que todos los miembros opuestos de las distintas familias criminales de la ciudad hacían todo lo posible por entablar conversaciones triviales. Mi padre pronunció un discurso sobre la unión y la necesidad de dejar atrás el pasado, y me pregunté si podría creer en algo de todo eso.

Kayla estuvo sentada a mi lado todo el tiempo, agarrándose a mi brazo cada vez que podía. No podía culparla. Era como si los dos estuviéramos juntos a la deriva en un océano, perdidos en el mar. Aunque no la conociera, al menos no tenía que fingir que estaba enamorado de ella. Era la única persona con la que podía ser sincero.

Tomamos champán juntos cuando empezó el baile... bueno, ella fue y cogió dos copas, pensé que era justo que brindáramos por



nuestro nuevo matrimonio. Tocamos nuestras copas y ella bebió de la suya. No pude evitar fijarme en la forma en que sus delicados dedos rodeaban el tallo, como si estuvieran hechos para ello.

"¿Te lo puedes creer?", me murmuró, la primera cosa verdadera que me decía desde que nos casamos.

"No debes llevar en este negocio tanto tiempo como yo", respondí. "Esto no me sorprende tanto".

Me miró de reojo.

"Así que estás contento con este acuerdo, ¿verdad?"

"No habría aceptado si no lo fuera. Y tú debes haber tenido tus razones".

Sus mejillas se tiñeron ligeramente de rosa y bebió otro sorbo de champán. Me picó la curiosidad. ¿Qué la había convencido exactamente para hacer esto? ¿Por qué había dicho que sí cuando estaba claro que no estaba exactamente donde quería estar?

"¿Has estado casado alguna vez?", me preguntó. Resoplé divertido ante la idea.

"No, no lo he hecho", respondí. "¿Lo has hecho?"

"No", respondió ella. "Ni siquiera he... Quiero decir, nunca..."

Se interrumpió y sus mejillas se colorearon un poco. Tenía que averiguar por qué tartamudeaba.

"Estamos casados", le recordé. "Puedes decirme lo que piensas".

Terminó su copa de champán, y eso pareció darle el golpe de valor que necesitaba para responder a mi pregunta.

"Nunca había salido con nadie", admitió. Levanté las cejas sorprendido. Resultaba difícil creer que una joven tan guapa como ella no hubiera sido pretendida por algún chico a estas alturas, pero supuse que su padre habría sido suficiente para ahuyentarlos.

"¿Nunca?" pregunté.

"Lo sé, es raro", suspiró, sacudiendo la cabeza.

"No es raro", le dije. "Sólo... diferente".

"¿De quién? ¿De ti?"

"Entre otras personas".

"¿Has salido con muchas personas, entonces?", preguntó.

Me reí entre dientes. "Supongo que se podría decir eso".

Me preguntaba si recordaba haberse cruzado conmigo en el bar. No se lo había preguntado directamente porque no quería que pensara que la había estado acosando o algo así, pero casi me entraron ganas de decirle que aquella noche la habría convertido en una de mis conquistas si no me hubieran llamado.

Antes de que pudiéramos continuar la conversación, mi padre nos hizo subir para bailar. Teníamos que mantener el espectáculo para todos, y la acerqué a mí cuando empezó a sonar la música.

Con las manos en la parte baja de su espalda, aspiré su aroma. Olía dulce, como a vainilla, con algo picante en el centro, algo fragante y casi un poco adictivo. Me rodeó los hombros con los brazos, apoyando su cabeza contra mí. ¿Lo veis? Esto se nos daba bien. Casi podría haber parecido que nos atraemos el uno al otro.

Después fue a por otra copa y yo la acompañé. Me detuve detrás de ella, en la barra, admirando la forma en que el vestido se ceñía a las curvas de su cintura, la forma en que moldeaba sus caderas, y algo más me vino a la mente. Tal vez una razón por la cual ella había dudado tanto en decir que nunca había tenido una relación antes.

"Hola", murmuré, mientras me deslizaba a su lado. Ella me miró de reojo.

"Hola", respondió ella, recogiendo su bebida y girándose para

apoyarse en la barra. "Bailas muy bien".

"Tú también", le contesté, y se echó a reír.

"Oye, no tienes que mentirme", me aseguró. "Sé que no tengo sentido del ritmo".

"Lo hiciste bien para ser alguien que no sabe bailar", respondí. Y entonces, hice una pausa. Había algo que quería preguntarle, pero no sabía cómo se lo tomaría. En cierto modo, no era asunto mío, pero al mismo tiempo, si era mi mujer, quería saberlo.

"¿Puedo preguntarte algo?"

"Si quieres", respondió, y por la mirada de sus ojos, casi podría haber adivinado que sabía lo que tenía en mente en ese momento.

"Si nunca has salido con nadie", empecé, "¿significa eso que eres virgen?"

Por un momento pensé que iba a abofetearme por atreverme a hacer esa pregunta. Pero luego pareció pensárselo mejor. Soltó un suspiro y asintió.

"Sí, soy virgen", confesó, torciendo la cabeza para no mirarme mientras hablaba. "Lo sé. Es una locura ser virgen a mi edad. Es que... nunca conocí al chico adecuado, eso es todo".

"No tienes que explicarlo", le dije. No me importaba lo que hubiera hecho o dejado de hacer antes de esto. Pero había algo en saber que ningún otro hombre la había tocado que me hacía sentir de cierta manera. Esa chica preciosa, ese cuerpo perfecto, y nunca había estado con nadie más. Todavía no sabía hacia dónde se dirigía nuestro matrimonio, ni nuestra noche de bodas, pero sólo pensarlo era suficiente para despertar mi interés por ella.

"Siento que sí", admitió. "Todas mis amigas piensan que estoy loca por no encontrar un chico con el que enrollarme de una vez por todas".

"No creo que sea el tipo de cosa que debas hacer sólo porque

sientes que debes hacerlo", comenté.

"Parece que hablas por experiencia", respondió ella.

Me encogí de hombros.

"Puede que sí".

Se detuvo un momento, mirándome, y pude ver un brillo de diversión en sus ojos. La multitud charlaba a nuestro alrededor, la sala estaba llena de actividad, pero ella era la única persona a la que podía ver en ese momento.

Y empezaba a preguntarme si estar casado con ella sería mucho más interesante de lo que había pensado.

## Capítulo Cinco - Kayla

"Por aquí", murmuró y empujó la puerta para que entrara en nuestra habitación. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo ardía de emoción al pensar en lo que vendría después. No tenía ni idea de cómo iba a ser nuestra noche de bodas, pero por fin había llegado e iba a suceder de una forma u otra.

No había podido dejar de pensar en ello desde el momento en que nos dijimos nuestros votos matrimoniales. Esto era lo que venía después, ¿verdad? Los dos, estábamos... estábamos juntos ahora, oficialmente involucrados, oficialmente casados. Y cuando os casasteis, sólo hubo una cosa que siguió a esa primera noche que pasasteis como pareja.

Tuviste sexo.

Al menos sabía que era virgen, así que no iba a esperar ningún tipo de gimnasia loca de mi parte. Solo de pensarlo se me encendieron las mejillas, y no sabía exactamente qué esperaba él de esta noche. Parecía sorprendido cuando se enteró de que no había estado con nadie antes, y tal vez eso lo desanimó. Quizá no quería estar con alguien que carecía por completo de experiencia en la cama.

"¿Estás cansada?", me preguntó mientras me seguía a nuestra preciosa suite de luna de miel. Había pétalos de rosa esparcidos por la cama y una vela que iluminaba al otro lado; una botella de champán se enfriaba en un cubo justo enfrente de mí. Debería haber sido la forma perfecta y relajante de empezar nuestra noche de bodas, pero, en lugar de eso, notaba cómo la tensión se iba acumulando en mi organismo y no estaba segura de lo que haría falta para que mi cerebro dejara de dar vueltas a mil por hora.

Me volví hacia él y asentí. Nuestras miradas se cruzaron un instante y un escalofrío me recorrió la espalda. No podía negarlo: estaba bueno. Muy sexy. Cuando se trataba de con quién iba a perder mi virginidad, él estaba muy arriba en la lista de personas a las que no

habría dicho que no. ¿Qué esperaba de esta noche? Me gustaría poder preguntárselo, pero no estaba segura de estar preparada para oír la respuesta, no del todo.

"Sí, un poco", respondí, y él dio un paso hacia mí. Se me cortó la respiración. Estaba tan cerca de mí, tan malditamente cerca de mí que sentí como si todo lo demás se desvaneciera. No sabía qué decir, pero podía ver un millón de preguntas en sus ojos, y sabía que teníamos que empezar por algún sitio.

Deslizó su mano por la mía y las yemas de mis dedos hormiguearon en cuanto nos tocamos.

"Para que lo sepas", me dijo. "No tienes que hacer nada que no quieras hacer esta noche".

Sabía exactamente lo que quería decir. No necesitaba explicármelo con más claridad. Asentí con la cabeza, respirando profundamente, aunque mi respiración se entrecortaba un poco al entrar en mis pulmones.

"Lo sé", susurré.

Nunca antes había estado tan nerviosa por nada en mi vida, pero al mismo tiempo... al mismo tiempo, ese cálido cosquilleo de anticipación me recorrió, el cuerpo respondiendo a él antes de que hubiera tenido la oportunidad de decidirme sobre si era una buena idea o no. Las palpitaciones que me recorrían las venas me impedían pensar en otra cosa que no fuera él y el calor de su mano contra la mía.

"Dios, este vestido es tan incómodo", comenté, apartándome de él un momento con la esperanza de recomponerme. Tenía la cabeza hecha un lío y no quería que me pidiera nada hasta que tuviera totalmente claro lo que quería.

"¿Necesitas que te eche una mano para salir de ahí?", me preguntó. El corazón me dio un vuelco cuando volví a mirarle. No había ninguna expectativa en su mirada. Sólo intentaba ayudar y supe

que debía aceptarlo. No estaba segura de ser capaz de lograr sacarme el vestido por mí misma, y un poco de ayuda probablemente haría todo esto mucho más fácil.

"Eh, claro", contesté, y señalé la espalda del vestido. "Creo que primero tienes que desatar el corsé. Ni siquiera sé cómo me lo pusieron, es tan apretado..."

"Siéntate", me dijo, señalando el borde de la cama, y yo me hundí en él mientras esperaba a que se ocupara de mi vestido. Tiró del apretado encaje que me había oprimido el torso durante todo el día y respiré aliviada cuando la tensión por fin empezó a desaparecer.

"Dios, qué bien sienta", susurré antes de pensar en cómo sonaría. Se rió entre dientes.

"Me alegro", respondió. No pude ver la expresión de su cara, pero había un tono en su voz que me decía lo que estaba pensando. Sentí una calidez en el vientre, algo muy dentro de mí que no podía controlar, y tampoco estaba segura de querer hacerlo.

"¿Y ahora qué?", preguntó.

"La cremallera", murmuré, y me mordí el labio mientras la deslizaba por mi cuerpo. No iba a estar desnuda sin el vestido. Llevaba un slip debajo, pero iba a estar más expuesta a él de lo que había estado en el poco tiempo que llevábamos conociéndonos, y mentiría si dijera que no me preocupaba un poco.

El vestido se me cayó de los hombros y el repentino frescor del aire contra mi piel me hizo respirar. No me atreví a mirarle. El calor subió a mis mejillas y esperaba que él no pudiera verlo. No sabía cómo explicárselo.

"¿Qué más?", respondió, y su voz había bajado un poco. ¿Lo deseaba tanto como yo? ¿Me deseaba a mí? Recordé la noche en el bar en la que nos vimos por primera vez y pensé en irme a casa con él en ese mismo momento. Tal vez esta noche podría ser la culminación de eso. La culminación de lo que creía que iba a ocurrir la primera vez

que nos vimos.

"Eh, necesito ayuda con mis medias", respondí, y giré un poco y extendí la pierna. Las medias estaban sujetas a un ligero por un par de broches y, aunque probablemente podría haberlas manejado yo sola, no pude resistir la idea de que él... ya sabes. Que me pusiera las manos encima. Me miró un momento como si me diera la oportunidad de pensármelo mejor, pero no me moví.

Se deslizó hasta el suelo y atrajo mi pie hacia su regazo, deslizando sus manos por las sedosas medias hasta llegar a los corchetes de la parte superior. Su tacto era ligero, casi tierno, y me dejó sin aliento. Mi mente se nublaba de deseo por él, un deseo que nunca antes me había permitido sentir. Nunca había estado tan cerca de un hombre en mi vida, y todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo hervían mientras él desabrochaba lentamente los ganchos y me quitaba las medias de los pies, y luego repetía lo mismo en el otro lado.

Sus dedos se deslizaron por la extensión desnuda de mis piernas y los dedos de mis pies se enroscaron en su regazo. Dios, sabía exactamente lo que me estaba haciendo. Me preguntaba a cuántas mujeres había tenido así, en una habitación de hotel con él, los dos solos allí, él mirándola con esa expresión en los ojos como si no pudiera imaginarse tener suficiente...

Me quité ese pensamiento de la cabeza. Tenía que dejar de pensar en esas otras mujeres. Tenía que pensar en él, en nosotros. En si iba a hacerlo o no.

"¿Necesitas ayuda con algo más?", me murmuró. Se me revolvió el estómago. Había llegado el momento. Si me quitaba algo más de ropa, estaría casi desnuda delante de él. No habría forma de negar exactamente lo que estaba buscando. ¿Iba a hacerlo?

"Creo que puedo con el resto", dije. Y, con eso, levanté la mano y me quité el slip por encima de la cabeza, dejándolo a un lado, de modo que me quedé sentada ante él en nada más que un sujetador y



un par de bragas.

Se levantó despacio, sin apartar los ojos de los míos. Un calor palpitaba entre mis muslos, la necesidad de él casi me abrumaba mientras esperaba a que diera el primer paso. Nunca lo había hecho, pero mi cuerpo parecía saber lo que ansiaba de él, lo que necesitaba de él.

Se quitó la chaqueta de los hombros y empezó a desabrocharse la camisa. Mi respiración era agitada, mi pecho subía y bajaba rápidamente mientras esperaba a que dijera lo que fuera a decir a continuación. No tenía ni idea de qué esperar, pero estaba casi en trance, casi hipnotizada por él y por la forma en que me miraba.

"Quítate el sujetador", ordenó, y en su voz no había lugar para la discusión. Con los dedos temblorosos, me eché la mano a la espalda y desabroché el cierre del sujetador, dejándolo caer al suelo ante mí. Una sonrisa se dibujó en mis labios mientras él admiraba mi cuerpo semidesnudo, pero sus ojos no tardaron en bajar hasta las bragas blancas de encaje que había escondido detrás del vestido durante todo el día.

"Y tus bragas".

Me pasé la lengua por los labios, dudando un momento. Era el momento. El punto de no retorno. ¿Quería sobrepasarlo? ¿Lo deseaba? Me había aferrado a mi virginidad durante tanto tiempo, esperando al hombre adecuado, y ahora...

Ahora, mi nuevo marido estaba delante de mí, quitándose la camisa y tirándola a un lado, con sus ojos clavados en los míos. Y supe que no habría un momento mejor que este.

Enganché los dedos en las caderas de mis bragas y las deslicé lentamente por mis piernas, mostrándome a él por primera vez. Soltó un gruñido en cuanto me vio bien por primera vez, me empujó a la cama, se subió encima de mí y me besó por primera vez.

La electricidad me recorrió el cuerpo cuando me estreché entre

sus brazos, envolviéndome y atrayéndome contra él como si hubiera estado esperando este momento desde que tenía memoria. El corazón me latía con fuerza en el pecho cuando su boca se apretó contra la mía, su lengua se deslizó suavemente entre mis labios para profundizar el beso, y pasé las manos por su espalda, sintiendo la fuerza de sus músculos bajo mi piel. Mi marido, el hombre con el que estaba casada. El hombre al que iba a entregarme por primera vez.

"Eres perfecta", gruñó mientras acercaba su boca a mi oreja y rozaba un instante el lóbulo con sus labios. El calor de su aliento en mi piel me hizo sentir un escalofrío, y lo único que pude hacer fue soltar un gemido en respuesta cuando me hincó suavemente los dientes en el lóbulo y tiró hacia abajo. La conmoción del dolor se convirtió en placer en un segundo, y se movió para besarme el cuello, su boca trazando una línea por mi garganta como si estuviera hambriento de mí.

Mi cuerpo se inundó de cosquilleos de la cabeza a los pies y él me rodeó la cintura con las manos, atrayéndome hacia él como si no pesara nada. Vi cómo seguía bajando, llevándose el pezón a la boca, dejando que sus dientes rozaran mi pecho durante un instante antes de pasar al otro. Sabía exactamente lo que hacía y mi cuerpo le respondía como él quería.

Podía sentir cómo se ponía duro bajo sus pantalones, y un deseo completamente nuevo floreció dentro de mí: quería que me penetrara. Quería sentir su dureza dentro de mí por primera vez. En realidad, era más que un deseo. Era una necesidad, un ansia que no podía controlar, aunque quisiera. La intensidad de mi deseo nubló mis pensamientos y estiré la mano para atraerlo hacia mí, mirándolo a los ojos mientras le decía lo que necesitaba.

"Quiero que..." Le dije, mi audacia me falló en el último segundo. Sonrió y rozó sus labios con los míos una vez más.

"¿Qué quieres que haga?"

Tragué saliva, intentando encontrar las palabras dentro de mí.

Nunca antes lo había pedido y me parecía algo peligrosamente nuevo. Pero tenía que tenerlo, tenía que sentirlo dentro de mí.

"Quiero que me folles", le dije, mirándole a los ojos cuando por fin pronuncié las palabras en voz alta. Sonrió un poco más y se bajó la cremallera de los pantalones, empujándome las rodillas hacia atrás con la otra mano. Se movía con tanta seguridad que pude dejarme llevar por la corriente, dejar que él tomara el control para poder relajarme y concentrarme en la sensación.

"Llevo todo el día esperando oírte decir eso", comentó mientras se quitaba los pantalones de una patada y se llevaba la dureza a la mano. Lo miré y sentí una punzada de nerviosismo en el vientre. Era grande, más grande de lo que esperaba.

"Si algo no te parece bien, dímelo", me instruyó como si pudiera saber lo que pasaba por mi mente. "Llevamos esto a tu ritmo, ¿de acuerdo?"

"De acuerdo", murmuré, y me moví un poco hacia delante para facilitarle un poco las cosas. Una mezcla de nervios y excitación se apoderó de mí, pero, sobre todo, esa ansia de tenerlo dentro de mí.

Tomándose su tiempo, se plantó en mi entrada por primera vez, e inhalé profundamente. Se sentía... diferente. Nunca había sentido algo así en mi vida. Se inclinó para besarme mientras empezaba a penetrarme, tomándose su tiempo, deteniéndose de vez en cuando para dejar que me adaptara a la novedad de lo que sentía dentro de mí.

"Oh", gemí, y él se apartó.

"¿Estás bien?", murmuró apartándome el pelo de la cara. Asentí con la cabeza.

"¿Qué se siente?", me preguntó, y yo me detuve un momento mientras intentaba elaborar mi respuesta. La plenitud había empezado a dar paso a algo más. El placer empezó a crecer dentro de mí, convirtiéndose en algo totalmente distinto.

"Se siente... bien", respondí, y lo dije en serio. No estaba segura de cómo me sentiría cuando lo hiciera por primera vez, pero sinceramente, la forma en que su grosor me presionaba profundamente era perfecta. Como si los dos estuviéramos hechos para estar así, para encajar el uno en el otro.

"Bien", murmuró, y volvió a besarme, esta vez más profundamente, metiéndome la lengua en la boca y atrayéndome contra él. Cada parte de mi cuerpo hormigueaba de deseo por él, y enganché tímidamente los tobillos a su espalda, atrayéndolo aún más profundamente que antes. No estaba dispuesta a conformarme con una primera vez aceptable. Quería que fuera increíble para los dos. Quería que me deseara tanto como yo lo deseaba a él en ese momento y, cuando empezó a penetrarme lentamente, el placer empezó a apoderarse de mí.

"Mueve las caderas contra mí", me ordenó, con las palabras tomando forma en mis labios. Hice lo que me decía, meciéndome contra él, y el placer se intensificó a medida que nuestros cuerpos se unían aún más. Quería sentir cada parte de él dentro de mí de una forma que nunca antes había sabido que necesitaba.

"Jadeé mientras apoyaba la cabeza en su hombro. El placer empezó a crecer, a crecer y a crecer dentro de mí, controlándome, dominándome, mientras él me penetraba profundamente. Su cuerpo empezó a tensarse contra el mío, ¿significaba eso que estaba cerca? Otra descarga de excitación me recorrió al pensar que yo era suficiente para llevarlo tan cerca del límite, al pensar que podía excitarlo lo suficiente como para que se corriera.

"Estás perfecta", murmuró, y la emoción de oírle decirme lo mucho que me deseaba me llevó al borde mismo de la liberación. Estaba al borde de un placer explosivo, un placer que no podía controlar ni contener y, cuando me penetró por última vez, me di cuenta.

Grité cuando la conmoción del orgasmo se apoderó de mí, todo mi cuerpo se tensó en torno a él, atrayéndolo aún más profundamente.

Apenas podía respirar. El placer era tan intenso que lo único que podía hacer era aferrarme a él, acercarlo a mí y apoyar la cabeza en su hombro, respirando su aroma mientras me rendía a la impactante sensación que sentía en mi interior.

Y, momentos después, alcanzó su propia liberación dentro de mí, clavándose profunda y duramente, mientras terminaba. El calor que dejó dentro de mí era tan nuevo, tan extraño y tan erótico al mismo tiempo.

Me abrazó durante un buen rato y escuché su respiración agitada y acelerada. El placer que acababa de darle era evidente en la forma en que su cuerpo empezaba a ablandarse y a liberar toda la tensión a la que había estado aferrado todo este tiempo. Me besó en el cuello y yo me volví para plantar mis labios contra los suyos una vez más, aspirando su aroma, respirando este momento lo mejor que podía.

No sabía qué iba a pasar ahora ni qué íbamos a hacer después. Pero sabía que esa noche de bodas había sido todo lo perfecta que podía ser, y de la cual no habría cambiado nada.

## Capítulo Seis - Marco

Me pasé una mano por el pelo y dejé escapar un largo suspiro. No sabía qué iba a hacer falta para que el resto de la familia empezara a tomarse en serio lo que tenía con Kayla, pero me estaba volviendo loco que siguieran cuestionando lo que teníamos juntos.

Había pasado casi un mes desde la boda -desde nuestra increíble noche de bodas- y nada había ido tan bien como nuestro primer día como marido y mujer. Quizá había sido el champán o probablemente la emoción de lo que compartíamos por primera vez, pero desde entonces cada día me parecía más y más difícil de llevar, y no tenía ni idea de cuándo iba a empezar a ser más fácil.

"Es que no estoy segura", me había dicho mi tía Nerissa, negando con la cabeza cuando vino a mi nuevo hogar conyugal para ver cómo iban las cosas. Ella también había venido a la boda, pero parecía tener serias dudas sobre lo que estaba ocurriendo aquí, y no temía expresarlas con palabras.

"¿Sobre qué?" pregunté, aunque estaba seguro de conocer la respuesta.

"Sobre... esto", comentó, señalando con la mano en dirección la foto de la boda que estaba montada sobre la repisa. Los dos sonriendo a la cámara y pareciendo una pareja normal. Nadia habría pensado en cuestionarlo por un momento, excepto a mi familia, que parecía tener serias sospechas sobre lo que estaba pasando. Mi padre había optado por no compartir con ellos el motivo de la boda, impulsada por la alianza, no queriendo darles más razón para dudar de lo que ya tenían, pero solo generó más preguntas para las que querían respuestas.

"Sobre mi matrimonio", añadí sin rodeos. No tenía sentido tratar de ocultar la realidad de lo que quería decirme. Tenía preguntas sobre mi nuevo matrimonio, y no pensaba entretenerme con ellas ni por un momento. No importaba lo que pensarán los demás. Kayla y yo

estábamos casados y la alianza entre los Falcone y los Volkov estaba escrita con tinta. Nada iba a cambiar eso. Era indeleble, la decisión que habíamos tomado, y Kayla y yo nos habíamos comprometido a asegurarnos de que nada se interpusiera en el camino.

No es que lo hubiéramos discutido, en realidad no. Nos habíamos mudado a un ático, un nuevo hogar que compartiríamos ahora que estábamos casados. Ella tenía su ala y yo la mía; no pasábamos mucho tiempo juntos. De hecho, parecía hacer todo lo posible por mantenerse alejada de mí, lo que empezaba a irritarme, dado lo increíble que había sido nuestra noche de bodas.

Ahora que era mi mujer, no podía salir a buscar a otra con la que acostarme tan pronto. Y, Joder, para ser sincero, tampoco quería. Me gustaba estar con ella. Compartir la primera vez con ella, en aquella suite de luna de miel, había sido una de las noches más calientes de mi vida, y me quedé con ganas de más. Vivir en la misma casa que ella, no me facilitaba precisamente sacarme todo eso de la cabeza, y supuse que ella debía ser consciente de ello. ¿Cómo iba a perderselo? La deseaba. La deseaba de verdad.

Pero yo nunca había sido un tipo que empujara a una mujer a la cama a menos que fuera lo que ella realmente deseara, y quería dejar que ella tomara las decisiones. Si quería más de mí, podía pedirlo, y esperaba que se lo hubiera pasado lo bastante bien como para no poder resistirse más de lo que yo podía.

"Vamos, tiene que haber algo más en todo esto", comentó Nerissa, inclinándose hacia delante y alzándose las cejas. "¿Que os caséis así? ¿Después de años de enemistad entre las familias? No esperarás que me lo crea así como así".

"No tienes que hacerlo", respondí. "Sólo tienes que respetar la importancia de nuestro nuevo matrimonio".

"Y lo hago, lo hago", prometió. "Pero puedes decirme lo que realmente está pasando aquí, Marco. Sabes que puedes".

Le devolví la mirada, impasible. No iba a dejar que intentara

sacarme nada a la fuerza. Que ella tuviera sus sospechas no significaba que yo fuera a dejar que llegara al fondo de la verdad de esta unión. Si cualquier duda al respecto llegaba al resto del mundo, sería la grieta en la fachada que la gente necesitaba para descosernos por las costuras, y esta incómoda alianza dependía de que hiciéramos lo que había que hacer.

"Simplemente no puedo creer que estuvieras tan interesado en casarte con una jovencita", continuó, agitando la mano como si estuviera desechando el pensamiento de Kayla justo donde estaba sentada. "Esperaba que terminaras con alguien un poco más... grande".

Sus palabras me erizaron la piel. No sabía nada de Kayla. De acuerdo, tampoco es que yo supiera mucho sobre ella, pero no era una niña pequeña que no tuviera ni idea de cómo funcionara el mundo. Ella había tomado el control en nuestra noche de bodas, tomó las decisiones y me dijo que me quería. Y aceptó este matrimonio para asegurarse de poder proteger a su familia. Esas no eran las acciones de alguien que no sabe cómo manejarse, y me molestaba cualquier insinuación en sentido contrario.

"Creo que deberías irte", le dije, y ella levantó las cejas ante mí.

"¿De repente quieres que me vaya del hogar conyugal?", me preguntó. No iba a seguirle más el juego. Necesitaba que se fuera. Cuanta más atención llegara a este matrimonio, más difícil sería disimular la verdad del mismo.

Me acerqué a la puerta y la empujé, quedándome de pie mientras la miraba. No estaba bromeando. No quería a nadie aquí haciendo preguntas sobre Kayla y yo. Aunque, si era sincero conmigo mismo, no se trataba sólo de proteger la verdad sobre nuestro matrimonio; una parte de mí también protegía a Kayla, y no quería que nadie hablara mal de ella en nuestro nuevo hogar.

Nerissa se detuvo un momento, mirándome, pero luego se encogió de hombros y se puso en pie.

"Si estás tan seguro", me dijo con voz irritada. La ignoré. Si iba



a venir aquí a hacer preguntas sobre mi nueva esposa, entonces tendría que acostumbrarse a que la recibiera con la puerta en las narices.

Se marchó, sin molestarse en seguir discutiendo conmigo, y yo cerré los ojos y suspiré.

"¿Qué fue todo eso?"

Volví a abrir los ojos y vi a Kayla de pie a unos metros de mí, al final del pasillo, a la vuelta de la habitación donde había estado hablando con Nerissa. Joder. ¿Cuánto había oído? No lo sabía...

"Sólo algunos de mi familia tratando de fisgonear", le dije. "Nada de qué preocuparse, de verdad".

"He oído lo que decía de mí", respondió Kayla, rodeándose con los brazos. Tenía la cara un poco pálida, como si no pudiera creer lo que acababa de oír.

"No sabe de lo que habla", suspiré, y ella negó con la cabeza.

"¿Por qué no le dijiste nada?", me preguntó, con los ojos clavados en los míos y un destello de ira en el rostro. La miré fijamente.

"¿De qué estás hablando?"

"Me refiero a que la dejas hablar de mí como si fuera un animal doméstico que mantienes a tu alrededor para entretenerte", replicó ella, con voz seca.

"Sabes que no es así como te veo", respondí, y ella se encogió de hombros.

"¿Cómo voy a saberlo?", respondió ella. "Apenas hemos hablado desde la boda".

"Tú eres el que se ha mantenido en tu lado de la casa", señalé. "No sabía que querías que irrumpiera allí y causara problemas".

"Eso no es lo que he dicho", respondió, entrecerrando los ojos.

"Sólo... espero que me defiendas cuando tu familia venga a hacer preguntas".

"¿Haces lo mismo por tu familia?" Pregunté.

"Por supuesto, lo haría, si lo hicieran", respondió ella, sacudiendo la cabeza. "Yo... No me han preguntado por ti".

"Entonces, ¿aceptan todo esto por adelantado?"

"Más o menos", respondió ella. "Pero tu familia no. ¿Ha hablado tu padre con ellos de esto?"

"Mantuvo en secreto la parte de la alianza", admití. "Pensó que daría a la gente razones para dudar de nosotros".

Sus cejas se alzaron.

"¿Ni siquiera confías así en tu propia familia?"

"Yo no", la corregí. "Mi padre. Él es el que no".

"Deberíamos decírselo", comentó. Solté una risita seca.

"Si quieres intentar ir así contra mi padre, adelante", le ofrecí. "Pero no vengas llorando a mí cuando te explote en la cara".

Se le erizó el vello y se le frunció el entrecejo.

"¿De verdad crees que podemos ocultárselo?", preguntó. "¿De verdad crees que nadie va a cuestionarlo?"

"No me importa que lo cuestionen", respondí, sacudiendo la cabeza. "Sólo me importa si mantienen la boca cerrada y nos dejan hacer lo que tenemos que hacer".

"¿Y qué es eso exactamente?"

"Mantén este matrimonio el tiempo que haga falta para asegurar la alianza", murmuré de vuelta.

"Creía que ya lo habíamos hecho", respondió ella.

"Sólo tenemos que dejar que el polvo se asiente", le expliqué. "Y

la gente dejará de hacer preguntas muy pronto".

"Y tú esperas que los escuche hablar mal de mí mientras tanto", añadió, bajando ligeramente la voz.

"No, es mi tía la que dice gilipolleces, créeme", le contesté. "Lo sabrías si lo hubieras oído".

"Así que lo que quieres decir es que hablan mucho peor de mí cuando no estoy", añadió, bajando la cabeza hacia el pecho. Parecía realmente dolida, lo que me sorprendió. No sabía cómo manejar la situación. ¿De verdad le importaba tanto lo que pensaran de ella? Sabía que todo esto era un espectáculo, ¿no?

¿O nuestra noche de bodas la había convertido en algo totalmente distinto?

"Voy a darme un baño", murmuró, se dio la vuelta y se alejó por el pasillo, hacia su lado de la casa. La cogí por el hombro antes de que pudiera marcharse y, en cuanto le puse la mano encima, una oleada de atracción recorrió mi cuerpo. Hacía casi un mes que no estábamos juntos y mentiría si dijera que no había empezado a afectarme tener que contenerme y fingir que no sentía esa necesidad en el pecho.

"Podemos hablar de esto", sugerí, y ella negó con la cabeza.

"No, ya lo has dejado claro", respondió. Su voz era seca, cortante, pero yo podía oír el dolor que había debajo. El dolor que intentaba ocultar. Odiaba oírlo en su tono, pero estaba claro que no quería seguir hablando de eso conmigo.

Observé cómo se dirigía hacia su ala de la casa y pensé en ir tras ella, pero decidí no hacerlo. Era evidente que necesitaba su espacio, y no iba a perseguirla cuando me había dejado totalmente claro lo que quería.

Joder. Quizás esto del matrimonio iba a ser mucho más duro de lo que pensaba.

Y tal vez necesitaba defenderla un poco más frente a la familia que no parecía querer otra cosa que llegar al fondo de nuestra relación, de un modo u otro.

## Capítulo Siete - Kayla

Me tumbé en la cama, mirando al techo, y me pregunté cuánto más podría aguantar.

Poco más de un mes desde la boda, y me sentía... me sentía inútil... y no estaba segura de que hubiera algo que pudiera hacer para cambiar eso. Lo entendí, lo hice. Se esperaba que las esposas de esos matrimonios estuvieran guapas y tuvieran unos cuantos hijos, pero yo nunca había sido el tipo de chica que se quedaba sentada y dejaba que otros decidieran cómo me iban a ir las cosas.

Cuando volví a mi familia, sentí como si al menos tuviera algún poder sobre el resultado de las cosas. No tenía que sentarme y dejar que los demás decidieran. Podía levantarme y asegurarme de que mi voz fuera escuchada, y sentía como si todo eso se me estuviera escapando ahora mismo. Toda la seguridad que había tenido en quién era y cuál era mi lugar en el mundo se me estaba escapando de las manos antes de que pudiera evitarlo. No sabía qué iba a hacer falta para que empezara a verme como una igual, pero a juzgar por la forma en que su familia había estado hablando de mí, estaba claro que no tenía ninguna prisa por disuadirlos.

Tal vez debería haberle dado más espacio para explicarse antes, pero no habría habido nada que pudiera hacer o decir para deshacer el daño de lo que había oído. Había escuchado a su tía hablar de mí, y ella había dejado claro lo que pensaba de mí. No había discutido con ella. Puede que la echara, pero sólo porque se estaba acercando demasiado a la verdad de nuestro matrimonio. No porque realmente le importara lo que la gente pensara de mí.

Lo cual era aún más confuso, después de la increíble noche que compartimos, una parte de mí esperaba que fuera una señal de lo que estaba por venir, de lo bien que encajábamos, aunque no nos hubiéramos conocido en las mejores circunstancias. Pero desde entonces, desde que nos mudamos juntos a esta casa, él se ha

asegurado que yo supiera que tenía todo el espacio que quisiera con él. Era obvio que seguía centrado en mantener su estilo de vida de soltero, fingiendo de todas las formas posibles que no tenía esposa, y yo no iba a oponerme a ello.

Esperaba que se tomara un poco más en serio lo de nuestro matrimonio. Sí, sabía que era un medio para conseguir un fin para nuestras dos familias, pero ya que vivíamos juntos, ¿no podía esforzarse un poco más?

Obviamente no. Bien. Necesitaba superarlo y volver a centrarme en mi propia vida. Ni siquiera sabía cómo iba a ser esa vida ahora, para ser honesto. ¿Dónde encajo yo en todo esto? ¿Acaso confiaba en que me quedaría en mi habitación, me apartaría de su camino y le dejaría hacer lo que creyera necesario? Ya ni siquiera estaba segura de saberlo.

Le oía moverse al otro lado de la puerta y me preguntaba si estaría pensando en venir a verme. Él me había dejado sola y en paz desde nuestra pequeña discusión sobre su tía. Probablemente pensó que necesitaba espacio para calmarme. Quizá sí, pero la soledad empezaba a afectarme. Quería salir, desahogarme, coquetear con algún chico en un bar y subirme el ego, pero eso habría expuesto la verdad de nuestro matrimonio y no podía arriesgarme.

Además... no quería estar con nadie más que con él, no realmente. Había perdido mi virginidad con él, después de todo, y mi primera vez había sido un millón de veces mejor de lo que jamás había esperado que pudiera ser. Todas las historias que había escuchado de mis amigas a lo largo de los años habían hecho que sus primeras veces fueran esas experiencias incómodas y torpes con tipos que apenas sabían lo que estaban haciendo, pero él ni siquiera se acercaba a eso.

Había sido tan... cuidadoso conmigo, como si yo fuera algo precioso que quería cuidar con cada parte de su ser. La forma en la que me tocaba, la forma en la que se movía dentro de mí, la forma en la que me besaba, todo eso parecía grabado a fuego en mi cuerpo, y

no estaba segura de poder olvidar nunca lo bueno que había sido. Algunas noches, cuando estaba allí tumbada y sola, pensaba en levantarme y escabullirme a su habitación para ver si le apetecía otra ronda, pero me imaginaba que si le interesaba ya lo habría hecho.

Probablemente tenía otras mujeres. Quiero decir, mira la forma en que se había acercado a mí en el bar. No había duda de que sabía lo que hacía cuando se trataba de conquistar mujeres. ¿Por qué debería pensar que soy especial? ¿Por qué iba a creer que yo tenía alguna posibilidad de mantener su atención cuando ha tenido a tantas mujeres en su cama y yo no era más que otro polvo de tantos? El hecho de que estuviéramos casados no significaba que de repente fuera a regresar esa faceta suya, y yo habría sido una ingenua si hubiera pensado que lo haría.

Pero la idea de que estuviera con otra mujer me golpeaba el pecho: celos, celos de verdad. Lo cual era ridículo, y lo sabía, porque en realidad ni siquiera estamos liados. Casados, sí, pero todo es para aparentar. Lo consumamos porque teníamos que hacerlo, o al menos eso es lo que tenía que creer ahora. Yo sólo... lo quiero. Lo quiero para mí sola, y la idea de tener que compartirlo con esas otras mujeres se me metió bajo la piel de una forma para la que no estaba preparada. ¿Así era tener una relación sexual con alguien? ¿Te encariñas tanto con esa persona que no puedes soportar la idea de que esté con otra? No tenía ni idea. No tenía un marco de referencia para nada de esto, y casi me parecía injusto que me hubieran metido en medio de todo esto, sin apenas avisarme, cuando las cosas ya estaban tan complicadas como estaban.

Salí de la cama con la intención de darme un baño y relajarme en la hermosa bañera de patas de garra de mi cuarto de baño privado. Al menos aquí se respiraba paz. Eso tenía que servir de algo. Aunque hubiera preferido estar en medio de un caos sobre el que tenía algún control que en medio de una paz en la que no parecía tener nada que decir.

Cuando estaba a punto de poner el baño en marcha, oí que

llamaban a la puerta. Se me agudizaron los oídos. ¿Era otro miembro de su familia? Supuse que no era asunto mío, pero una parte de mí quería asegurarse de que supieran que iba a ser un elemento permanente por aquí.

Me acerqué a la puerta antes de que llegara y tiré de ella. Al otro lado había una mujer con un vestido negro corto y unos tacones tan altos que parecía un milagro que no se hubiera caído en el acto.

"Hola", me saludó, mostrándome una sonrisa de lado a lado. Tenía los ojos algo nublados, como si hubiera bebido, y se tambaleaba ligeramente sobre los tacones.

"¿Está Marco?", preguntó, mirando más allá de mí para ver mejor la casa. Me puse delante de ella, impidiéndole ver.

"¿Por qué quieres verle?" le respondí con voz cortante. No sabía qué demonios hacía ella aquí, pero sentí una repentina necesidad de proteger mi hogar; puede que no fuera el que yo había elegido, pero pertenecía a este lugar y no iba a dejar entrar a una mujer cualquiera sin una buena razón.

"Oh, sólo dile que Mónica está aquí para verle", contestó ella, entrecerrando los ojos como si estuviera satisfecha de haber dejado claro su punto. "Él sabrá para qué estoy aquí".

Se me erizó la piel de rabia. ¿Qué cojones se creía que estaba haciendo? ¿No sabía que estaba casado? ¿Era una antigua amante suya? ¿Le había mandado un mensaje para invitarla sabiendo que yo estaba aquí? ¿Sabiendo cómo me haría sentir? Bueno, a ambos les esperaba otra cosa por si acaso pensaban que les iba a ir bien.

"¿Sabes quién soy?" le pregunté, entrecerrando los ojos. Se detuvo un momento y me miró de arriba abajo.

"Eres la nueva ama de llaves, ¿verdad?", preguntó. Tuve que contenerme para no empujarla y cerrarle la puerta en las narices en ese mismo instante. Respiré hondo y la fulminé con la mirada.

"Soy su esposa".



No pudo creer lo que acababa de escuchar. Estaba claro que no había oído hablar de su matrimonio, y me pregunté si él había evitado deliberadamente decírselo. Probablemente porque no quería arruinar lo que fuera que tuvieran, junto con cualquier aventura que tuviera al margen. Estaba claro que yo no era más que un inconveniente para él, si las mujeres seguían apareciendo en su puerta en busca de diversión.

"¿Eres su esposa?", soltó. "Oh, no lo sabía. Debería..."

"¿Mónica?"

Me giré para ver a Marco acercándose a la puerta, con cara de sorpresa cuando vio quién estaba al otro lado de ella. Oh, ¿ahora quería hacerse el tonto? No podía creerlo.

"¿Qué haces aquí?", preguntó él, y ella negó con la cabeza.

"Me-me voy, lo siento", nos dijo a los dos, y se dio la vuelta y se escabulló escaleras abajo una vez más, dejándonos en silencio mientras yo me giraba para mirarle. Cruzando los brazos sobre el pecho, lo miré expectante, esperando oír qué clase de mentiras me iba a soltar ahora.

"¿Quieres explicar lo que estaba haciendo aquí?" Le pregunté. "Ella pensó que yo era tu ama de llaves, por cierto. Supongo que no mencionaste el hecho de que te casaste".

"No tengo ni idea de por qué aparecería por aquí", contestó, negando con la cabeza. "Estuvimos juntos unos meses el año pasado, nada serio, pero yo..."

"Lo suficientemente serio como para que viniera a tu nueva casa", señalé. "¿Cómo se enteró de dónde vivías ahora?"

"Alguien debe haberla puesto al corriente de mi nueva dirección", respondió. "No sé quién".

"Oh, sí, claro", respondí, resoplando y sacudiendo la cabeza. Si creía que podía engañarme con eso, se merecía otra cosa. Yo no era la chica adecuada para tragarme todo eso. No era ingenua, no iba a

creerle cuando empezara a contar historias ridículas sobre por qué aparecían en su puerta mujeres vestidas como si estuvieran listas para ligar. No funcionó así.

"¿Qué?", preguntó. "¿Crees que yo mismo la invité aquí?"

"No tienes que mentirme sobre esto", le dije. "No tienes que hacerlo. Preferiría que me trataras como a alguien con un cerebro de verdad en la puta cabeza en vez de intentar hacer pasar eso -señalé hacia la puerta- por una coincidencia."

"Yo no la invité aquí, Kayla", me dijo con firmeza. "Yo no haría eso".

"¿Esperas que me lo crea?" respondí, exasperada. "Vi cómo me coqueteaste en el bar cuando nos conocimos..."

"¿Te acuerdas de eso?". Comentó, con una sonrisa dibujándose en su cara. Parecía tan engreído que me enfadé aún más, pero intenté controlarme.

"Digo que sé que no te cuesta ligar con mujeres. Sólo quiero que lo mantengas lejos de este lugar", le dije. "Estamos destinados a estar casados, por si lo olvidaste, y no quiero tener que soportar a tus novias desfilando dentro y fuera de aquí como..."

"Kayla, no te lo voy a repetir", me advirtió. "Yo no la invité aquí. Nunca invitaría a una mujer aquí".

"Entonces, ¿sólo las ves en sus casas?" pregunté.

"No salgo con nadie más, Kayla", contestó bruscamente. No le había visto enfadado en el tiempo que llevaba conociéndole, y había algo casi... satisfactorio en hacerle reaccionar así. Tal vez era algo infantil de mi parte, pero quería ver si tenía algún nivel de emoción ligado a todo esto, aunque le costara decirlo en voz alta.

"No lo creo", respondí simplemente.

"Entonces no sé qué puedo hacer para que me creas", replicó. "Y si me odias tanto, ¿por qué importa siquiera si estoy viendo a alguien

más?".

Se hizo el silencio entre nosotros. No sabía qué responder. Estaba bastante segura de que él ya sabía cuál era la respuesta, pero iba a obligarme a decirla.

Hostia, si íbamos a hacer esto, entonces yo sería honesta con él. Al menos uno de nosotros podría decir la verdad, ¿no?

"Porque estamos casados, Marco", le respondí. "Estamos casados, y dormimos juntos, y perdí mi virginidad contigo, y siento que eso significa algo".

"Sí que significa algo", me dijo, y dio un paso hacia mí. La repentina cercanía hizo que se me entrecortara la respiración. Intenté controlarme, ralentizar los latidos de mi corazón en el pecho, pero de repente, el recuerdo de aquella noche volvió a inundarme. No sólo en mi mente, sino también en mi cuerpo. La necesidad, el deseo, apoderándose de mí hasta solo quedó la intensa necesidad que sentía por él.

"Significa muchísimo para mí", continuó, y levantó la mano para rodearme la cara. Tragué saliva. Dios mío. Su tacto era eléctrico, igual que la primera vez, pero no podía concentrarme. Otra mujer acababa de estar en esa puerta preguntando por él, deseándolo, pero ahora, mientras me miraba a los ojos, sentí como si nada de eso importara. Ni un poco.

"Significas mucho para mí, Kayla", murmuró. Y, con eso, se inclinó y me plantó un beso en los labios.

Me hundí en sus brazos de inmediato, mi cuerpo se llenó del mismo deseo que me había consumido en nuestra noche de bodas. Su beso fue suave, tierno, pero su mano en la parte baja de mi espalda, que me acercaba, me dijo todo lo que necesitaba saber. No estaba con nadie más. Estaba solo conmigo. Yo era la única a la que quería. Por un momento, pude creerlo, creerlo todo...

Pero entonces, me eché hacia atrás y recuperé el aliento.

Mirándole de nuevo, y supe que no podía dejar que esto fuera a más. No esta noche. No en medio de la confusión de emociones que se amontonaban en mi mente. Sí, lo deseaba, pero necesitaba aclarar mis ideas antes de que algo más sucediera entre nosotros. No quería que esto sucediera sólo porque me preocupaba que le gustara otra persona. Y tampoco quería que empezara en medio de una discusión.

"Debería irme", solté, y me aparté de él a regañadientes. Tuve que apartar mi mirada de la suya también, porque por la forma en que me miraba, sabía que no habría habido ninguna posibilidad de que me negara a dejar que esto fuera a más si no me apartaba la mirada.

Me apresuré a bajar por el pasillo hasta mi habitación, con el corazón laténdome con fuerza contra las costillas, y cerré la puerta tras de mí, apoyándome en ella y cerrando los ojos. Sentía un calor abrasador en los labios por el suave roce de su boca la contra la mía. Deseé poder correr hacia él y decirle cuánto lo deseaba, cuánto lo anhelaba, cuántas noches había pasado mirando al techo y deseando que cruzara aquella puerta...

Pero todo era tal lío en mi mente que ni siquiera sabía por dónde empezar. Lo mejor que podía hacer por ahora era agachar la cabeza y respirar para que mi necesidad de él no abrumara la lógica de mi cabeza.

Pero, antes de darme cuenta, ya estaba de pie y me dirigía hacia él antes de que pudiera resistirme más.

## Capítulo Ocho - Marco

Me paseaba de un lado a otro de mi habitación, intentando comprender qué demonios acababa de ocurrir.

Kayla se me había acercado como si tuviera un verdadero problema conmigo. Yo no había invitado a Mónica a esta casa. Nunca le habría faltado al respeto de esa manera, pero ella claramente creía que yo era capaz de hacerlo. ¿Y qué decía eso sobre cómo me veía ella, incluso ahora que ya estábamos casados? No lo sabía.

Pero de lo que estaba seguro era de que el beso que habíamos compartido había sido eléctrico, y yo ya tenía ganas de más.

El deseo que sentía por ella me palpitaba en las venas, y me resultaba aún más difícil por lo cerca que estaba de mí. Podría haberme limitado a ir a su habitación, decirle que se desnudara y dejar que continuáramos donde lo habíamos dejado la noche de bodas; ella también lo deseaba, me daba cuenta, y estaba seguro de que habría aceptado mi oferta si hubiera tenido la oportunidad.

Pero en vez de eso, yo estaba aquí solo. No iba a irrumpir en su habitación para recordarle lo bien que estábamos juntos, no cuando me tenía en tan poca estima. Seguí caminando, tratando de quemar el exceso de energía que recorría mi organismo.

Hasta el momento en que oí que llamaban a la puerta.

Me giré justo a tiempo para verla empujarla y mirarme desde detrás de la puerta. Tenía los ojos muy abiertos, curiosos y necesitados, y con solo una mirada me di cuenta de que lo necesitaba tanto como yo.

"¿Qué haces aquí?" le pregunté, aunque estaba seguro de que ya sabía cuál sería la respuesta. Respiró entrecortadamente, buscando las palabras para expresar lo que realmente quería decirme.

"Estoy aquí para...", empezó, buscando aún la forma adecuada

de decírmelo. Me quedé allí de pie, con la sangre corriendo por mis oídos, luchando conmigo mismo para mantener la distancia hasta que me dijera con sus propias palabras lo que quería.

"Estoy aquí porque te deseo", respiró, finalmente. "Te deseo como... como lo hice en nuestra noche de bodas".

Me acerqué a ella y le cogí la cara con las manos, sin dejar de mirarla. Su mirada ardía de deseo cuando me incliné para besarla, nuestras bocas se unieron como si aquello fuera lo que ambos habíamos estado esperando.

Ella gimió contra mis labios, y ese pequeño y dulce ruido me dijo lo mucho que necesitaba esto, así que profundicé el beso de inmediato. Toda la frustración del último mes, todo el deseo que no había explorado porque no quería apresurarla, de repente se apoderó de mí, y cada fibra de mi ser la exigió. Toda ella.

Tiré de ella hacia la cama y la empujé sobre las sábanas, y ella buscó mi cara y se acercó a mí, con sus labios moviéndose hambrientos sobre los míos. Aunque todavía era nueva en todo esto, sabía lo que hacía. Arqueó la espalda para presionar sus caderas a mi cuerpo, apretándose con fuerza contra mí.

"¿Quieres que te folle?" Le pregunté mientras me apartaba para mirarla. Quería oírla decirlo. Nada me excitaba tanto como oír esa necesidad de sus labios, oírla decirme cuánto lo deseaba. Ella asintió.

"Dime", le ordené, y ella cerró los ojos por un momento, tratando de serenarse.

"Quiero que me folles", exhaló por fin, y me di la vuelta para que se pusiera encima de mí. Esta vez, quería verla cabalgarme, ahora que sabía mejor lo que hacía. Quería ver en primera fila ese cuerpo precioso y la expresión de placer en su cara cuando se corriera.

Tiré del camisón que llevaba puesto y se lo puse por encima de la cabeza, tirándolo a un lado y dejando al descubierto aquel cuerpo perfecto que había debajo. Pasé las manos por su cintura, sintiendo las

curvas bajo mis dedos, y vi cómo sus mejillas se sonrojaban un poco. Estaba claro que aún se estaba acostumbrando a estar así de desnuda delante de otra persona, pero no tenía por qué preocuparse. Su cuerpo era una maldita obra de arte.

"Quiero que me montes como quieras", le dije, apoyando las manos y apretándole en las caderas. Ella se movía hacia mí, aparentemente inconsciente de lo que estaba haciendo, moviéndose por puro instinto. Tenía los labios ligeramente entreabiertos mientras jadeaba en busca de aire, hubiera querido tomar una foto instantánea de ella en ese momento, para poder volver a esa imagen cuando quisiera. Su aspecto era perfecto.

"No sé cómo", dijo ella, pero yo bajé mis manos por sus piernas, acariciándola suavemente.

"Te enseñaré cómo", le contesté, y mientras ella estaba sobre de mí, comencé a bajarme la cremallera, llevándome la polla dura a la mano. Ya estaba desnudo hasta la cintura. La llegada de Mónica me había pillado recién salido de la ducha, y Kayla observó cómo dejaba al descubierto mi erección.

"Acaríciame", le dije, cogiendo su mano y llevándola hasta mi polla. Me rodeó con la mano y empezó a mover los dedos arriba y abajo, tomándose su tiempo y experimentando cómo se sentía. Aunque su tacto era suave, después de tanto tiempo, sentir que me tocaba era un maldito milagro. El placer empezó a crecer en mi interior, y la emoción de mostrarle a aquella preciosa chica cómo la deseaba, endurecía más y más la polla.

"Ahora, levanta las caderas", continué. "Así... Muévelas un poco hacia adelante".

Parecía estar entendiéndolo, y se movió hasta quedar a unos centímetros de mi erección, con la mano moviéndose lentamente arriba y abajo. De su cuerpo emanaba calor y podía ver la lujuria en sus ojos. Puede que no lo hubiera hecho mucho antes, pero su cuerpo la estaba guiando, diciéndole todo lo que tenía que hacer.

"Ahora, empújate hacia mí", le ordené. Se mordió el labio, pero hizo lo que le dije, bajando lentamente sobre mí. Observé la expresión de su cara al sentir el tamaño de mi polla dentro de ella, la forma en que la hacía sentir. Sus ojos parecieron ablandarse, volverse un poco aturcidos y distantes mientras me tomaba, como si hubiera olvidado lo bien que se sentía.

"Buena chica", murmuré, y hundí los dedos en sus caderas para atraerla más hacia mí. Jadeó y yo aflojé el paso, sin querer empujarla más allá de lo que podía soportar.

"¿Qué se siente?" le pregunté en voz baja, dándole la oportunidad de ordenar sus pensamientos. Se mordió el labio y levantó la cabeza para mirarme.

"Se siente tan jodidamente bien". Gimió y, tomándose su tiempo, empezó a moverse encima de mí. Experimentó un poco al principio, cambiando su peso de un lado a otro, dejándome guiarla mientras se movía, hacía lo que le parecía bien. Su estrechez y su calor a mi alrededor casi me resultaban insoportables, pero respiré hondo y dejé que ella decidiera, exactamente cómo quería hacerlo y lo que le diera placer.

Al cabo de unos minutos, se acomodó y se balanceó sobre mí, y yo la miré, disfrutando de su presencia. Era tan sexy, con los labios ligeramente entreabiertos mientras jadeaba en busca de aire y las manos apretadas contra mi pecho para hacer palanca y poder deslizarse hasta el fondo encima de mí. Podría haberla mirado toda la noche, perderme en la visión de su cuerpo moviéndose así encima del mío.

"Eres tan hermosa", murmuré, mientras ella empezaba a moverse un poco más rápido, un poco más fuerte contra mí. Su cuerpo empezó a tensarse, sus muslos a apretarse, y supe que era una señal segura de que pronto se correría. Lo único que deseaba era llevarla al límite, verla perderse en el placer que le proporcionaba mi polla, pero no tenía prisa, no cuando se veía y se sentía tan bien lo que hacía.



"Gimió y se inclinó para besarme. En cuanto nuestros labios se encontraron, supe que no podía contenerme más. Me incorporé, la subí a mis muslos y la penetré fuertemente con movimientos largos y profundos. Ella gimió contra mi oído y me pasó los dedos por el pelo y por la espalda. Sus uñas me rastrillaban la piel mientras su respiración jadeaba caliente contra mi oreja, yo la escuchaba, la tocaba, la abrazaba y asimilaba cada parte de ella mientras seguía penetrándola profundamente. Quería perderme en aquel momento por encima de todo, dejar que el mundo entero desapareciera excepto por lo que ella me hacía sentir. Nada importaba, nada podría haber estado cerca de importar, mientras sentía su cuerpo contraerse sobre mí, su coño apretándose alrededor de mi polla mientras se corría...

"¡Oh, oh, oh!" Jadeó, su cuerpo temblaba entre mis brazos cuando alcanzó el clímax. Apoyé mi cara en su cuello, escuchándola respirar con dificultad, sintiendo cómo sus músculos se tensaban y relajaban a medida que el orgasmo recorría todo su cuerpo.

Eso fue lo que me llevó al límite y a mi propia liberación. Nada me excitaba más que sentir el orgasmo de una mujer, y el de esta mujer en particular. Sabía lo nueva que era en esto, y el hecho de que fuera capaz de relajarse lo suficiente como para correrse conmigo era todo lo que necesitaba de ella. La besé mientras me corría, abrazándome profundamente a ella y dejando que me masajease desde dentro hacia fuera con las contracciones de su orgasmo.

Permanecimos así un largo rato, con sus brazos apretados a mi alrededor y mis manos enredadas en su pelo, mientras volvíamos a la tierra. El placer recorría cada rincón de mi cuerpo, llenándome hasta el borde hasta que ya no quedaba espacio para nada más. Ni Mónica apareciendo en la puerta, ni la discusión que acabábamos de tener, ni la distancia que nos separaba desde la noche de bodas. No, estábamos los dos solos, totalmente perdidos en lo que nos hacíamos sentir el uno al otro, y no podía pensar en nada mejor en el mundo ahora mismo que eso.

Besé su cuello y la estreché contra mí. No quería dejarla

marchar.

Aunque estuviéramos en medio de una discusión cuando esto empezó, todo eso parecía haber desaparecido ahora, y lo único en lo que podía pensar era en lo bien que se sentía apretada contra mí, en lo bien que estaba. Y, mientras escuchaba su respiración suavizarse y calmarse, esperaba que ella sintiera lo mismo.

Porque no dejaría que nada ni nadie se interpusiera en lo que teníamos ahora.

## Capítulo Nueve - Kayla

Pasé el dedo por el borde de la taza de café y dejé escapar un largo suspiro.

"¿Qué tienes en mente?" preguntó Lara, claramente preocupada por mi actitud de hoy. No podía culparla. Cuando le mandé un mensaje para decirle que necesitaba quedar, lo había dejado todo para dejarme un espacio para ir a verla.

Estar sentada en la casa de mi familia -lo que solía ser la casa de mi familia- era casi surrealista para mí. Estar de vuelta aquí después de tanto tiempo alejada de este lugar, se sentía... mal. Incorrecto de una manera que no podía explicar. Lo echaba de menos, pero sabía que no podía volver atrás y olvidar todo lo que había pasado. Ahora estaba casada con un hombre que no sabía si me quería o no, y si me quería, para qué me quería. Empezaba a volverme un poco loca.

Lara me había preparado un café y se había sentado frente a mí en la barra del desayuno. Me parecía extraño que tuviera el mismo aspecto que la última vez que la vi. Yo había pasado por tantas cosas, y sentía que había cambiado tanto, y aquí estaba ella, igual que siempre. La miré desde el otro lado de la mesa, sin saber si estaba celosa y, si lo estaba, hasta qué punto.

"Sólo... necesitaba algo de espacio de Marco, eso es todo", le expliqué. Ella enarcó una ceja.

"¿Espacio de tu marido?", preguntó, incrédula. Asentí con la cabeza.

"Sé cómo suena", confesé. "Es que... Todo esto pasó tan rápido. Apenas conozco a este tipo..."

Me quedé a medias. No sabía qué decirle. Había venido aquí para darnos a Marco y a mí un poco de espacio el uno del otro, necesitaba poner esa distancia entre nosotros para poder aclarar mis

ideas. Ver a una de sus ex aparecer de la nada de la forma en que lo había hecho, me había desconcertado. Y luego enrollarme con él, sentir su cuerpo pegado al mío, la forma en que su mirada se clavaba en mí como si no pudiera imaginar nada que quisiera más. ¿Dónde me había dejado? ¿Dónde nos había dejado?

"No tienes dudas, ¿verdad?" preguntó Lara, sonando preocupada. Suspiré.

"No lo sé."

Sus ojos se entrecerraron un instante y luego se acercó para tomarme de la mano.

"Lo siento", me dijo, sacudiendo la cabeza. "Sé que esto no es... No es lo que cualquiera soñaría cuando se trata de matrimonio. Me doy cuenta".

Asentí, bajando la mirada, sintiendo un repentino nudo en la garganta. Tenía razón, por supuesto. Nadie que viera lo que yo estaba pasando en este momento, desearía vivirlo, ni en un millón de años. ¿Casarse con alguien a quien apenas conocías, por el bien de los negocios? Era la cosa menos romántica del mundo.

O lo habría sido si no tuviera esa necesidad de él. Este deseo por él que parecía abrumar todo sentido común en mi sistema. Sabía que tenía que mantener las distancias y separarme emocionalmente de ese hombre todo lo que pudiera, pero era la primera persona con la que había estado y mi cuerpo ansiaba más. ¿Habría sido así con cualquiera con quien me hubiera acostado por primera vez? ¿o era algo específico de él? ¿era especial de alguna manera que no podía comprender?

"No es tan sencillo", confesé. Ella inclinó la cabeza hacia un lado, curiosa.

"¿Cómo es eso?"

Hice una pausa. ¿Debería decírselo? Tal vez me resultaría más fácil mantener la boca cerrada y fingir que no importaba lo que

pensara de él, lo mucho que lo deseaba en ese momento. Era mi hermana, y me había metido en este matrimonio porque quería asegurarle un futuro sólido a ella y al resto de mi familia.

Pero, cuando me miró con esos ojos curiosos, suspiré. No podía evitarlo. Tenía que decírselo.

"Creo... que siento algo por él", admití. "Hemos estado... juntos algunas veces desde la boda".

"¿Sí?", me preguntó, y yo asentí.

"Y no sé dónde nos deja esto", admití. "Estamos casados, y lo quiero, creo. Pero entonces, sé que todo esto es sólo un montaje de todos los que nos rodean. No sé si lo que él siente es real, o si yo sólo estoy... ahí".

Odiaba incluso decir eso en voz alta, pero tenía que sacármelo y expresarlo. ¿Y si era verdad? ¿Y si sólo me estaba utilizando por conveniencia?, no había intentado crear nada entre nosotros aparte de nuestros encuentros sexuales. No tenía motivos para creer que tuviera interés en algo más.

Lara se mordió el labio mientras me miraba. Quizá hubiera sido mejor que fuera ella quien hiciera todo esto. Siempre parecía saber manejar las citas mejor que yo. Pero entonces... lo había hecho para protegerla, para proteger a la familia. Sólo porque tenía dudas al respecto no deshacía lo importante que era para nosotros.

"¿Quieres dejarle?", me preguntó, y me quedé sentada un momento, sin saber qué responder.

"Porque sabes lo importante que es esta alianza", me recordó rápidamente. "Sé que no es exactamente convencional, pero está funcionando. No ha habido ataques, ni enfrentamientos en las fronteras. Todo se está calmando. Al estar con él, estás evitando que se pierdan más vidas. Eso tiene que contar para algo, ¿verdad?"

Aparté los ojos de ella y asentí. Tenía razón. Tenía que disipar esas dudas y hacer todo lo posible por mantener la calma. Era normal

que hubiera momentos de duda, claro que sí, pero lo que importaba era la situación a largo plazo, y cuánta libertad y seguridad teníamos ahora.

"Está bien", le respondí. "Sé todo eso. Sólo necesitaba desahogarme, eso es todo".

Esperaba poder empezar a creerlo yo también, aunque las dudas me acecharan en el fondo de la mente. Quería confiar en que iba a encontrar la manera de salir de esta, pero no tenía ni idea de cómo iba a funcionar, cómo iba a lidiar con el desastre en que se habían convertido mis emociones desde que los dos estamos juntos. Había pasado de estar segura de mí misma e involucrada en el negocio familiar, a dudar de cada movimiento que hacía, y a preocuparme de que él intentara apartarme del mundo del que yo había luchado por formar parte.

"Cuando necesites hablar, me lo dices", me aseguró Lara, y yo sonreí a mi hermana, pero no estaba segura de si lo decía en serio. ¿Cómo iba a hacerlo? Ella necesitaba que me quedara en este matrimonio con este hombre de la misma manera que todos los demás, incluso si era difícil para mí. Aunque no tuviera ni idea de lo que sentía por él, ni de lo que él sentía por mí.

No se trataba de mis emociones. Me llevé el café a los labios e hice lo que pude para tranquilizarme. Se trataba del negocio, del mundo en el que había vivido durante tanto tiempo. De asegurarme ese futuro. No iba a dejar que esos nuevos y extraños sentimientos me dominaran.

Sin importar lo que haya pasado.

## Capítulo Diez - Marco

Me detuve ante su puerta una última vez, preguntándome si realmente era una buena idea. No tenía ni idea de cómo se lo iba a tomar, pero tenía que intentarlo.

Hacía casi una semana que mi ex había aparecido en mi puerta para intentar llevarme de nuevo a la cama, y Kayla había estado distante conmigo desde la mañana siguiente. Dormir juntos, eso era una cosa. Una cercanía física era fácil. Pero tenía que demostrarle que estaba realmente comprometido con este matrimonio, y sólo había una manera de hacerlo.

Tenía que llevarla a una cita.

Tener nuestra primera cita después del día de nuestra boda estaba fuera de lugar, seguro, pero lo que importaba era que lo hiciéramos, ¿no? esta era mi oportunidad para enamorarla. Para prometerle que no estaba tratando de encontrar el momento para estar con otras mujeres, ahora que sentía alguna conexión real entre nosotros. Podría no ser fácil, pero tenía que empezar por algún lado. Si este era el resto de nuestras vidas, un poco de esfuerzo iba a hacer una gran diferencia.

Llamé a la puerta y la oí moverse dentro, mientras se ponía en pie para contestar. Pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación, de vez en cuando merodeaba por mi despacho para ver si necesitaba su ayuda con algo, pero siempre le aseguraba que lo tenía bajo control. No quería que sintiera que tenía que concentrar su energía en el trabajo. No cuando ya se había comprometido con este matrimonio para asegurar la alianza entre nuestras familias. Ya había hecho bastante.

Abrió la puerta y frunció el ceño cuando me vio al otro lado.

"¿Qué pasa?", preguntó ella, cruzando los brazos sobre el pecho a la defensiva.

"Vístete", le dije. "Vamos a salir."

Sus ojos se abrieron de par en par.

"Vas a... ¿Vas a qué?"

"Vamos a salir", repetí. "Ponte un vestido bonito y estate lista en una hora. Tengo una reserva para cenar".

Y antes de que pudiera protestar, me di la vuelta y me alejé de ella. Sentí que me seguía con la mirada y se me dibujó una sonrisa en los labios. Sabía que estaba sorprendida, pero me alegraba de haberla sorprendido.

Cuando volví a su habitación una hora más tarde, me había puesto mi traje más elegante. No tenía ni idea de si realmente iba a aceptar mi invitación, pero cuando salió por la puerta, estaba claro que había hecho un esfuerzo. Dejé escapar un largo silbido entre dientes mientras la miraba de arriba abajo, observando sus preciosas curvas en el vestido carmesí que llevaba. Se sonrojó ligeramente y se echó a reír.

"¿Te parece bien?", me preguntó.

"Me parece increíble", le aseguré, y deslicé mi mano entre las suyas. "Venga, vámonos de aquí. Tengo un coche esperando".

"¿A qué viene todo esto?", se preguntó en voz alta mientras bajábamos las escaleras.

"Quiero salir con mi mujer", respondí con firmeza. No necesitaba dar más explicaciones. Por lo que todo el mundo sabía, éste era un matrimonio como cualquier otro y, en cualquier otro matrimonio, yo habría querido mostrar al mundo entero lo perfecta que era la mujer que llevaba del brazo.

Había elegido una mesa para nosotros en un restaurante italiano local, que tenía la sensación de que le encantaría, dados sus antecedentes familiares. Se le iluminó la cara cuando vio el nombre del local al llegar a la puerta.



"Me encanta la comida de aquí", exclamó. Yo sonreí.

"Me lo imaginaba", comenté mientras bajaba del coche y le abría la puerta. No era nada del otro mundo, pero era íntimo, romántico, y por fin tendríamos la oportunidad de hablar y conocernos de verdad.

La llevé dentro y el anfitrión nos condujo a una mesa tranquila al fondo del restaurante. La mesa estaba cubierta con un mantel blanco y una vela parpadeaba en el centro, destacando el brillo de sus ojos cuando se sentó frente a mí.

"¿Así que solías venir mucho por aquí?". pregunté, y ella asintió.

"Era el sitio favorito de mi madre", me explicó. "Decía que era el único sitio de la ciudad que se acercaba a la auténtica comida italiana, y quería que mi hermana y yo supiéramos cómo era".

"Auténtico italiano, ¿eh?" Comenté mientras cogía el menú. "No puedo decir que lo conozca de la pizza para llevar".

"Claro que sí", me aseguró. "Es increíble lo diferente que sabe. Los sabores son mucho más ricos y profundos. Déjame pedir unos aperitivos para compartir. Verás de lo que te hablo".

Dejé que pidiera por nosotros y pronto la mesa se llenó de una selección de platos de aspecto delicioso. Me acercó uno.

"Toma, prueba ésta", me dijo sonriendo. "Es la bruschetta más increíble. Creo que ellos mismos cultivan los tomates. Son muy frescos".

Empezamos a comer y, efectivamente, tal y como me había dicho, la comida era increíble, pero también lo era su compañía. En este lugar, parecía animarse un poco, sus ojos se movían de un lado a otro mientras disfrutaba de la comida y me explicaba sus platos favoritos, los que solía compartir con su madre cuando era pequeña.

"¿Hay buenos sitios rusos en la ciudad?", preguntó mientras el

camarero retiraba nuestro primer plato. Negué con la cabeza.

"No lo creo", le contesté. "Nunca me ha gustado la auténtica comida rusa. La mayoría son tubérculos en escabeche. Al menos lo que he probado. No es precisamente apetitoso".

Se reía. Me encantaba su risa, tan brillante, plena y genuina, como si saliera de algún lugar de su interior y llenara toda la habitación.

"Sí, eso no suena tan bien como esto", bromeó. "¿Quizás podrías intentar cocinarme algo alguna vez?"

"¿Qué te hace pensar que sé algo de cocina?". Me reí.

"No lo sé. Me pareces alguien que sabe moverse en una cocina", respondió, inclinando la cabeza hacia un lado para mirarme de arriba abajo.

"En el dormitorio, tal vez", respondí. "En la cocina, no tanto".

Sus mejillas se sonrojaron un poco cuando dije eso, y el camarero llegó para rellenar nuestro vino, tinto, por supuesto. El mejor de la casa. Me encantó la forma en que tiñó sus labios y deseé poder inclinarme y probarlo de su boca allí mismo.

La noche siguió su curso y hablamos más que nunca. De cómo había sido crecer con nuestras familias, de cómo nos había afectado la pérdida de nuestras madres, de este mundo, y de lo distante que a menudo se sentía del resto de la realidad. La conversación fluyó con facilidad y, antes de darme cuenta, me sentí como en cualquier otra cita. Sus hermosos ojos, que me miraban desde el otro lado de la mesa, me hacían sentir como si no hubiera nadie más que ella en la habitación, y la emoción empezaba a calarme hasta los huesos.

Pasó su brazo por el mío mientras salíamos juntos del restaurante y nos dirigíamos al coche que nos esperaba, apretando su cuerpo contra el mío como si estuviera segura de que ése era su lugar. Le abrí la puerta y le pasé la mano por la parte baja de la espalda durante un instante; estaba seguro de notar cómo su cuerpo se

estremecía en respuesta.

La deseaba. Claro que sí, pero era más que eso. Era algo más que un deseo físico. Ella deslizó su mano hacia la mía en la parte trasera del coche, como si estuviera probando si la apartaría, y yo la miré y sonreí. ¿Era suficiente? ¿suficiente para que creyera que hablaba en serio de nosotros, de lo que teníamos aquí?, el hecho de que nuestro matrimonio hubiera empezado en las circunstancias más extrañas no significaba que no pudiera llegar a ser especial para mí, y no significaba que ella no fuera especial para mí.

Cuando llegamos a la casa, vi que algo cambiaba en ella. Se detuvo en la puerta y me miró por encima del hombro.

"Esta noche ha sido increíble", me murmuró, y se detuvo un momento, dudando. Estaba claro que tenía algo en mente, algo que quería decirme, pero no sabía cómo.

"Puedes contármelo", le prometí, y ella sonrió suavemente.

"Yo... ¿Podemos simplemente... dormir juntos esta noche?", preguntó. "No tener sexo, quiero decir. Sólo quiero dormir a tu lado. ¿Te parece bien?"

Le pasé la mano por el pelo y la atraje hacia mí para besarla. Por un momento se le entrecortó la respiración y, cuando me retiré, le aparté un mechón de pelo detrás de la oreja y asentí con la cabeza.

"Claro que podemos", le dije. "Lo que quieras".

"Gracias", murmuró, y pareció respirar aliviada en cuanto lo dijo.

La conduje al dormitorio principal y la ayudé a desabrocharse el vestido. Y sí, me costó contener el deseo que surgió en mí en cuanto vi su cuerpo suave y curvilíneo debajo, pero no iba a presionarla. No por nada. Por ningún motivo. Necesitaba que confiara plenamente en mí. Necesitaba que creyera que estaba aquí por su bien y que le daría lo que necesitara, cuando lo necesitara.

Una vez desnudos, nos tumbamos juntos en la cama y ella apoyó la cabeza en mi pecho. La abracé con fuerza y, para mi sorpresa, descubrí que mi deseo de tomarla se veía superado por mi deseo de protegerla, de demostrarle que no tenía nada de qué preocuparse cuando estaba conmigo. Rocé su pelo con la nariz, aspirando su aroma, cerré los ojos y dejé que la paz de aquel momento me invadiera.

La escuché mientras caía lentamente en un sueño confortable, sonriendo una vez que su pecho empezó a subir y bajar lentamente. No se apartó de mí. De hecho, se acurrucó aún más, deslizándose una mano sobre mi estómago y apoyándose contra mí como si no pudiera imaginarse en otro sitio.

Mi mujer. Todavía me estaba acostumbrando a ello, a la idea de ser realmente el marido de alguien, pero esta noche me había hecho sentir más en paz que nunca. Sentía como si los dos estuviéramos realmente haciendo esto ahora.

¿Se había olvidado de mi ex, la que había aparecido en la puerta de la nada? desde luego que sí. Sólo tenía que esperar que no se obsesionara con lo sucedido para que pudiéramos centrarnos en el otro y en lo que vendría después.

Sea como sea.

## Capítulo Once - Kayla

Cuando me desperté a la mañana siguiente, sonreí y me di la vuelta para alcanzar su lado de la cama. Pero cuando lo encontré vacío, me incorporé bruscamente.

¿Dónde demonios estaba? Me froté los ojos para despejarme el sueño y eché un vistazo a la habitación. La ropa que se había puesto en nuestra cita de la noche anterior estaba esparcida por el suelo alrededor de la cama, y me di cuenta de que su armario estaba abierto. ¿Ya se había levantado y me había dejado? cuando me dormí en sus brazos la noche anterior, estaba segura de que se despertaría conmigo. Estaba segura de que nos acurrucaríamos juntos al día siguiente y pasaríamos una mañana tranquila en la cama, pero en lugar de eso, se había marchado antes de que yo abriera los ojos. ¿Qué estaba pasando? ¿por qué era tan importante?

Cogí una vieja camiseta suya del armario y me la puse mientras deambulaba por la silenciosa casa. Era como si alguien me hubiera tirado de la manta. Pensaba que por fin íbamos a llegar a algún sitio después de lo que había pasado la noche anterior, después de cómo me había tratado, como a una princesa a la que quería presumir ante el mundo. Pero ahora se había ido otra vez y yo no sabía dónde podría estar.

Hasta que vi una nota garabateada en la encimera de la cocina. La cogí y le eché un vistazo. Era de Marco, me decía que le habían llamado del trabajo, pero que volvería en cuanto pudiera.

Lo arrugué en una mano y lo tiré a la basura, yendo a hacerme un café. ¿Trabajo? ¿el mismo trabajo del que habíamos pasado casi toda la noche hablando? ¿por qué no me despertó para que fuera con él? yo era su mujer. Estaba destinada a ser su socia en todas las cosas, y no había pasado tanto tiempo trabajando a las órdenes de mi padre, sólo para que me dejara de lado como si no fuera más que un adorno para su diversión, cuando se trataba de los verdaderos negocios.

Le di un sorbo a mi café, e intenté por todos los medios que mis emociones no me dominaran. Debí haber sabido que esto iba a ser así. Había visto a tantas mujeres a lo largo de los años, tantas mujeres que habían pasado de estar en lo más alto de su carrera, a no ser más que una compañera cuando se casaban. Ya fuera en este sector o en otro, había tantas mujeres a lo largo de mi vida que habían renunciado a aquello en lo que habían sido geniales porque algún hombre las quería más en casa que en el trabajo.

Pero ese no iba a ser yo. Jamás. Ni en un millón de años. Y si él creía que podía salirse con la suya, entonces se merecía otra cosa. Intenté controlar la irritación que se estaba cociendo a fuego lento en mi corazón mientras tomaba un sorbo de café y esperaba a que volviera, pero cuando la puerta se abrió y él volvió a entrar, la irritación ya se había apoderado de mí.

"¿Dónde has estado?" le pregunté cuando entró en la cocina. Se detuvo en el sitio y me miró con el ceño fruncido, confundido.

"He estado en el trabajo. Te dejé una nota", respondió con voz tranquila. Eso sólo me irritó más: saber que podía estar tan tranquilo cuando yo me sentía a punto de enloquecer. ¿No se daba cuenta de lo importante que era todo esto para mí? ¿no se daba cuenta?

"¿Por qué no me despertaste para que fuera contigo?" le pregunté. Se me quedó mirando un momento.

"Porque no tenía nada que ver contigo".

Me ericé.

"¿Qué significa eso?" pregunté.

"Eran cosas de familia. Asuntos de familia", respondió, y yo le alcé las cejas.

"¿Y crees que yo no formo parte de esta familia?". Señalé.

Suspiró y se pasó una mano por el pelo. "No es así..."

"¿En serio?" respondí. "¿A que sí?"

Los dos nos quedamos callados un segundo. Le retaba a que me contradijera, a que me dijera que me había equivocado, a que actuara como si yo no supiera lo que hacía en este mundo cuando él sabía perfectamente que sí lo sabía. No había sobrevivido tanto tiempo ni había llegado tan lejos en el negocio de mi padre, ni me había ganado mi puesto como confidente y colega quedándome de brazos cruzados y dejando que otros tomaran las decisiones por mí.

"Estás intentando que no me involucre en este trabajo", le dije, manteniendo la voz lo más firme que pude. No quería enloquecer. No quería darle ninguna razón para que me cerrara el paso por ser irracional, y estaba segura de que un hombre como él lo haría; no es que lo hubiera hecho en el pasado, pero había conocido a hombres como él antes. Hombres que trabajaban en su profesión, y había visto de primera mano lo rápidos que eran para tachar a cualquier mujer de irracional, en cuanto se atrevía a expresar una emoción.

"Intento darte la vida que querría la mayoría de las mujeres", replicó, y por fin sus ojos se encontraron con los míos. Su tono era defensivo y lo miré con el ceño fruncido.

"¿Por qué crees que soy como la mayoría de las mujeres?" pregunté. "¿Crees que la mayoría de las mujeres habrían aceptado casarse contigo después de apenas conocerte?"

No tuvo respuesta. Continué.

"Nos casamos porque estábamos asegurando una alianza entre nuestras familias", señalé. "Y esa alianza tiene que incluirme. No soy sólo un peón que puedes empujar alrededor de la mesa. Soy parte de esto. Tengo que ser parte de las decisiones que tomáis y parte de las cosas que hacéis".

"Deberías alegrarte de no tener que preocuparte más por esto", me dijo. "Es estresante y peligroso..."

"Y es la vida en la que crecí", le recordé. "Así que la conozco tan bien como tú, ¿recuerdas? Y quiero formar parte de ella. Incluso ahora. Quiero participar en las decisiones que tomas y en las

reuniones a las que vas. Si no, esto no es más que la familia Volkov tomando el control, ¿no?".

No tenía respuesta para eso y yo estaba segura de que era porque sabía que yo tenía razón. No podía esperar que yo abandonara todo lo que había conocido durante toda mi vida y fingiera que no lo veía o que no me importaba. Comprendía este mundo, el negocio. Entendía a la gente que estaba en él, la forma en que trabajaban unos con otros, y las tensiones que aún estaban presentes en esta ciudad. Y no importaba lo que él hiciera para intentar mantenerlo alejado de mí, no iba a olvidarlo.

"¿Qué quieres que haga?", preguntó, levantando las manos en señal de confusión. "Pensé que por fin estábamos llegando a alguna parte".

"Yo también", respondí. "Pero si crees que lo único que quiero es que alguien me lleve a una cita mientras mantiene al resto del mundo alejado de mí, quizá no estamos tan bien como pensábamos".

Otro silencio, más tenso que el anterior, flotaba en el aire entre nosotros. Crucé los brazos sobre el pecho. No me di cuenta hasta que lo hice de que me temblaban las manos. Enfrentarme a él de esa manera no me hacía sentir muy bien, sobre todo sabiendo el poder que tenía y lo mucho que la familia Volkov había odiado a la nuestra durante tanto tiempo. ¿Podríamos superarlo? ¿Dejar de lado esas dolorosas diferencias que nos habían atormentado durante décadas y fingir que podíamos jugar limpio?

"Pensé que habías disfrutado de nuestro tiempo anoche", comentó en voz baja, con voz tensa.

"Sí", respondí. "Pero no puede ser a costa de nada más. No quiero que me aplaques con esas cosas si eso significa que no me dejarás formar parte de tu trabajo. Nuestro trabajo. Nuestras familias están destinadas a ser una sola unidad ahora, y eso significa que tengo que estar allí cuando tomes decisiones importantes."

"No ha sido una decisión importante".



"Marco, no me mientas", le dije, poniendo los ojos en blanco. "Cada decisión en este negocio es una decisión importante. Tú lo sabes".

Sus ojos se apartaron de mí mientras buscaba una respuesta. No tenía ninguna. Sabía que yo tenía razón. Sabía que no podía mantenerme al margen.

"Si querías un ama de casa que estuviera guapa y se sentara en casa a esperarte, te has casado con la mujer equivocada", le dije. Miré el anillo que llevaba en el dedo. De repente, me pareció que se me clavaba en la piel, que se me clavaba en la mano de una forma de la que no me había dado cuenta antes.

Como un grillete.

"Necesito una copa", murmuró, pasando a mi lado y saliendo de la cocina.

"¡No he terminado!" Le grité, apresurándome a alcanzarle.

"Yo si he terminado", respondió, y su voz no dejó lugar a discusión. Le seguí, sin importarme lo mucho que quisiera quitarse esto de encima. No había terminado con él y no estaría satisfecha hasta que me escuchara y prometiera cambiar.

"¿Cómo vamos a conseguir que este matrimonio funcione si ni siquiera vas a hablar conmigo?". le pregunté, exasperada, mientras volvía a su despacho.

"He estado intentando que funcione", me expresó, deteniéndose finalmente en seco y volviéndose de nuevo hacia mí.

"¿A eso le llamas anoche?" Pregunté. "Porque eso no es hacer que funcione. Eso es exhibirme para que te sientas mejor por la forma en que me has estado echando de un negocio del que he formado parte toda mi vida".

La ira se reflejó en su rostro y, por instinto, di un paso atrás. Después de todo, este hombre seguía siendo un Volkov. Aunque

hubiéramos formado una alianza, no podía haber olvidado los años de enemistad entre nuestras familias, toda la ira, el dolor y el sufrimiento que nos habíamos causado mutuamente.

"Voy a estar trabajando el resto del día", me dijo, con voz baja y fría. "No me molestes".

Y con eso, cerró la puerta y me dejó allí de pie, preguntándome si debería haberme molestado en hablar con él.

¿Cómo íbamos a salir de ésta si ésta era su respuesta a cualquier tipo de conflicto?

## Capítulo Doce - Marco

Al oler el humo, abrí los ojos y me incorporé en la cama. Con el corazón palpitante, miré a mi alrededor buscando el origen. ¿Qué demonios estaba pasando?

Y entonces, lo vi. Un hilo de humo bajo la puerta del dormitorio. ¡Mierda! Me levanté de un salto y la abrí de golpe, y se me encogió el estómago, al ver lo que me esperaba al otro lado.

El apartamento estaba en llamas, y el fuego consumía casi por completo el salón. El mundo entero se paralizó por un momento, mientras intentaba comprender lo que estaba viendo, pero no tenía tiempo que perder: tenía que sacar a Kayla de aquí y teníamos que ponernos en marcha, antes de que quienquiera que hubiera hecho esto terminara el trabajo.

Agarré una camiseta y me la envolví en la cara para evitar respirar ese humo negro, mientras corría hacia su habitación. Abrí la puerta de golpe y allí estaba ella, totalmente inconsciente, tumbada en la cama, con el pelo extendido alrededor como un ángel.

Me lancé hacia ella, sacudiéndola para despertarla. Abrió los ojos lentamente y se volvió hacia mí, frunciendo el ceño.

"¿Qué pasa?", murmuró, con la voz rasposa por el sueño.

"Tenemos que irnos", le dije, intentando mantener la voz lo más calmada posible. Teníamos que mantener la calma, si queríamos salir de aquí de una pieza, y no podía arriesgarme a que nada la asustara.

"¿Qué está pasando?" preguntó, y de repente, sus ojos se abrieron de par en par. "Espera, ¿eso es humo?"

"Ha habido un ataque en la casa", le expliqué, poniéndola en pie. Ya estaba vestida, gracias a Dios, no tenía sentido perder más tiempo. "Tenemos que irnos. Ahora mismo".

"Dios mío", jadeó, y yo cogí un par de zapatos y los empujé

hacia ella.

"Ponte esto", le ordené. "Nos vamos."

Hizo lo que le dije y la guié por el pasillo hasta mi habitación. Había una escalera de incendios que conducía a la planta baja, pero teníamos que movernos rápido antes que nos alcanzaran las llamas. El aire estaba cargado de humo negro, y probablemente toda la casa solamente prendía de un hilo.

"¡Por Dios!", gritó cuando vio las llamas en el salón, pero seguí guiándola por el apartamento. No podía dejar que le pasara nada. No podía. No lo haría. No me importaba lo que costara ponerla a salvo, me aseguraría de que saliera de aquí de una pieza. No tenía ninguna duda. Incluso sintiendo el calor de las llamas a mi espalda, ella era lo único en lo que podía pensar en ese momento.

"Toma, ponte esto alrededor de la cara", le dije, dándole una camisa de mi armario mientras yo me ponía un par de zapatos. Me aseguré de tener las llaves del coche listas para salir.

"¿Cómo vamos a salir?", preguntó, con un sollozo saliéndole del pecho mientras hablaba. Abrí de golpe la ventana y señalé la escalera metálica que había debajo.

"Ahí abajo, y rápido", le ordené. "Vamos."

"¿Quieres que vaya yo primero?", preguntó, asomándose temerosa por la escalera.

"Quiero que salgas de aquí primero", le dije, y ella se detuvo un momento, mirándome fijamente, pero luego asintió, pareciendo pensárselo mejor antes de discutir conmigo. Era una situación de vida o muerte, y ahora no teníamos tiempo para dudas y temores.

La ayudé a salir por la ventana y aterrizó en la escalera metálica. Se agarró a la barandilla con todas sus fuerzas y se volvió hacia mí.

"Vas a venir, ¿verdad?"

"Claro que sí", le prometí mientras enganchaba la pierna en la repisa de la ventana para seguirla. "Vamos. Tenemos que movernos. Ahora mismo".

Asintió, me cogió la mano y se aferró a mí con todas sus fuerzas. Apreté su mano con fuerza, necesitaba que supiera que estaba a su lado. Iba a sacarla de esta, costase lo que costase. No sería fácil, pero lo conseguiríamos. Estaba seguro de ello.

Estaba seguro de ella.

Observé cómo bajaba por la escalera, con todo el cuerpo tembloroso. El olor a humo empezaba a escapar de los confines del apartamento y sabía que los servicios de emergencia no tardarían en llegar para sofocar las llamas.

Pero para entonces ya nos habríamos ido. Teníamos que irnos. No iba a quedarme a esperar a ver quién había hecho esto. No podíamos arriesgarnos. Necesitábamos poner tanta distancia pudiéramos, entre nosotros y lo que una vez había sido nuestro hogar. Quienquiera que hubiera provocado el incendio, no tenía intención de que nos despertáramos a tiempo para escapar, y en cuanto se diera cuenta de que lo habíamos hecho, volvería a pisarnos los talones, de eso estoy seguro.

Aterrizamos al pie de la escalera y la conduje en dirección al coche. Era extraño, incluso en medio de todo este caos, mi cabeza se sentía clara y concentrada. Sólo pensaba en una cosa: en ella. Ponerla a salvo, asegurarme de sacarla de allí.

Abrí la puerta y ella entró. Le corrían las lágrimas por la cara mientras se quitaba de la cabeza la camiseta con la que se había tapado el humo y me miraba fijamente.

"¿Qué pasa, Marco?", me preguntó.

"Alguien nos quiere muertos", respondí secamente. No tenía sentido fingir que era otra cosa. No estaba seguro de quién lo había hecho, ni de por qué parecían tan decididos a acabar con nosotros,

pero no había nada que hacer al respecto. Nuestras familias tendrían pronto una idea más clara de quién había hecho el movimiento para acabar con nosotros, pero no podrían centrarse en llegar al fondo del asunto si nos hubieran eliminado.

Apretó los labios y asintió. Sabía tan bien como yo lo peligroso que era este mundo, en cuántos problemas te podías meter. Ahora que la conmoción había empezado a desaparecer, estaba segura de que su mente se aceleraba igual que la mía, intentando encontrar la lógica y averiguar quién podría haber querido hacernos esto.

Nos alejé de la ciudad lo más rápido que pude, tomando la ruta más enrevesada que se me ocurrió hasta el piso franco situado a las afueras de los límites de la ciudad. Aún podía oler el humo que nos envolvía, pero no podíamos permitir que nos afectara. Estábamos fuera, vivos, y eso era lo único que importaba, aunque el hogar que nos habíamos construido por un momento se hubiera incendiado a nuestras espaldas.

Miraba por la ventanilla mientras conducíamos, sus ojos iban de un lado a otro como si estuviera vigilando por si alguien nos persiguiera. Debía de ser consciente del peligro que corríamos, de lo difícil que era mantenernos a salvo. La gente vigilaría cada uno de nuestros movimientos si supieran que habíamos salido del apartamento en una pieza, y no pude evitar preguntarme cuánto tiempo nos quedaba antes de que se notara nuestra ausencia.

Pero ella estaba a salvo. Eso era lo único que me importaba. Estaba fuera, y estaba viva, y estaba conmigo ahora mismo. En la vorágine de todo lo que acababa de ocurrir, ella había sido lo único en lo que había pensado. Era lo único en lo que podía pensar, y el alivio era palpable. Incluso a pesar de nuestra discusión de ese mismo día, la quería a salvo y a mi lado cuando me diera a la fuga, y no lo habría hecho de otra forma.

Me acerqué para ponerle una mano en el muslo mientras conducía. Ella cubrió mi mano con la suya y nos quedamos sentados así durante un buen rato, sin decir nada. No había nada que decir y,

sin embargo, había tantas cosas que ni siquiera podía empezar a asimilar. La sensación de tenerla a mi lado, el tacto de su piel contra la mía era todo lo que necesitaba para convencerme de que había tomado la decisión correcta al correr con ella.

Finalmente, llegamos al piso franco que tiene mi familia en las afueras de la ciudad. Nada especial, una pequeña cabaña escondida en una zona boscosa más allá de los límites de la ciudad. Desde luego, no estaba a la altura del apartamento en el que nos habíamos alojado las últimas semanas, pero era seguro y estaba en pie, y eso era lo mejor que podíamos pedir ahora mismo.

"¿Es aquí?", preguntó. Asentí con la cabeza.

"Servirá por ahora", -le prometí. "Está cerrado, y mi familia sabrá que tiene que venir a buscarnos aquí. Podrán encontrarnos cuando se den cuenta de lo que ha pasado".

Asintió y salió del coche. Sólo llevaba unos pantalones cortos y un chaleco, y cuando el aire frío tocó su piel, la hizo estremecerse. Salí para acompañarla, le puse las manos en los hombros y la guié hasta el interior.

"Vamos", murmuré. "Vamos a calentarte".

La conduje al interior y encendí las luces. En la oscuridad de la medianoche, este lugar parecía casi acogedor.

"Sé que no es mucho, pero..." Empecé, pero antes de que pudiera pronunciar otra palabra, ella había posado sus labios sobre los míos.

"Me salvaste allí", murmuró mientras deslizaba sus brazos alrededor de mis hombros. "Podrías haberme dejado, pero... me salvaste".

"Claro que sí", respondí con fiereza. "Nunca dejaría que te pasara nada, Kayla. Ya deberías saberlo".

"Sí, quiero", suspiró, y volvió a besarme. Le devolví el beso,

esta vez con más fuerza, y la empujé contra la puerta que teníamos detrás. La levanté del suelo y la aprisioné contra la puerta, y ella me rodeó con las piernas, apretándose contra mí con una necesidad que no estaba seguro de haber sentido nunca en ella.

Su lengua se deslizó entre mis labios y ya podía sentir cómo mi polla se agitaba en mis pantalones. La necesitaba. Necesitaba estar dentro de ella. Necesitaba demostrarle lo mucho que la deseaba, lo mucho que hablaba en serio cuando le dije que haría cualquier cosa por protegerla.

"Fóllame", respiró en mi boca, su voz desprovista de todos los nervios que había tenido el último par de veces que nos habíamos enrollado. "Por favor..."

No necesitaba que me lo dijeran dos veces. Me agaché, aparté el endeble material de sus calzoncillos y bragas, me bajé la cremallera y me llevé la polla a la mano. Ella gimió cuando sintió que me acercaba a su entrada, sus uñas se deslizaron por mi espalda mientras esperaba que la penetrara.

No necesitaba más estímulos. Lentamente, me introduje hasta el fondo en su interior, llenándola hasta el borde con mi polla, y ella jadeó de placer, apoyando la cabeza en mi hombro como si intentara comprender lo bien que nos sentíamos juntos. Toda la intensidad, toda la adrenalina se estaba consumiendo ahora, todo eso que había empezado a apoderarse de mí cuando me desperté y encontré nuestra casa en llamas, todo eso se estaba consumiendo, convirtiéndose en algo apasionado y poderoso entre nosotros.

Deslicé las manos hasta sus caderas para mantenerla en su sitio mientras me movía dentro de ella, penetrándola con movimientos largos y lentos, saboreando la sensación de su cuerpo contra mí. No sabía lo que estaba pasando entre nosotros, no realmente, pero sabía que los dos teníamos sentido cuando estábamos juntos así. Nuestros cuerpos parecían compenetrarse a la perfección, y nada se interponía entre nosotros y lo bueno que era entregarme a ella, a lo que me hacía sentir, a lo que sentíamos los dos al movernos juntos de aquella



manera.

Volvió a colocarse encima de mí, absorbiendo todo lo que podía de mí. Ambos nos concentramos en la sensación perfecta de entregarnos a nuestro deseo. No tenía ni idea de lo que pasó después, pero no importaba. Me acerqué más, hundiendo los dedos en su culo para atraerla más hacia mí, y ella volvió a jadear, girando la cabeza para poder besarme una vez más.

Sabía que no iba a tardar mucho en correrme, no con toda la energía ardiente en mi cuerpo, y la penetré más y más profundamente, sacando todo lo que podía de ella. Su cuerpo empezó a tensarse a mi alrededor, señal inequívoca de que estaba a punto de correrse, y yo necesitaba sentirla llegar al límite. Necesitaba sentir cómo su cuerpo se rendía al placer que yo le estaba dando.

soltó un gemido contra mis labios cuando alcanzó su orgasmo, su cuerpo apretándose contra el mío como si estuviera hambrienta de esto, de mi contacto, de nosotros dos juntos. En cuanto sentí que terminaba, la penetré profundamente por última vez y me quedé allí, dejando que la emoción de su orgasmo me llevara a mi propia liberación. Me enterré dentro de ella y me corrí con fuerza, gruñendo contra su boca, su lengua aún moviéndose contra la mía mientras nos abrazábamos.

Sonreí contra su boca mientras la sujetaba, y ambos volvimos a la Tierra al bajar del subidón de placer que nos habíamos dado. No tenía ni idea de lo que iba a ocurrir a continuación, ni de lo que íbamos a hacer ahora que estábamos aquí, pero mientras nos tuviéramos el uno al otro, encontraríamos la manera de hacer que funcionara.

De eso estaba seguro.

## Capítulo trece - Kayla

"Toma, come algo", me dijo Marco mientras se plantaba frente a mí en la pequeña mesa de madera que había en el centro de la cabaña. Puse mala cara.

"Es que no tengo hambre", respondí, sacudiendo la cabeza. "No sé lo que me pasa. Me he sentido mal todo el día".

Frunció el ceño, preocupado.

"No sé qué tienes", comentó, pasándome una mano por la mejilla. "Siento que me hubiera dado algo si tú lo tuvieras".

"Sí, eso creo", respondí, y no pude evitar sonreír. Desde que habíamos llegado a esta cabaña, habíamos pasado todo el tiempo que habíamos podido juntos, por necesidad, claro, pero también por algo más.

Desde que salimos de la ciudad, parecía como si gran parte de la tensión que nos había estado afectando allí hubiera desaparecido. Tal vez se debiera a que, para variar, estábamos lejos del trabajo y teníamos que aceptar muchas cosas. No podíamos seguir el ritmo de todo lo que había pasado allí, nuestras familias lo habían dejado muy claro.

Había querido llegar al fondo de todo a la primera oportunidad que tuviera, pero cuando la familia Volkov envió un mensajero al piso franco para informarnos de lo que estaba pasando, estaba claro que no nos estaban dando muchas opciones.

"Es mejor que os quedéis aquí", nos dijo el hombre. "Si os persiguen, van a perder el tiempo intentando averiguar dónde estáis en vez de darse cuenta de que tenemos gente tras su pista".

"Quiero acabar con ellos yo mismo", había expresado Marco, pero el tipo negó con la cabeza.

"No se muevan de aquí durante un par de semanas", respondió.

"Agachad la cabeza y pronto se solucionará".

"¿Sabes ya quién lo hizo?", preguntó.

"Todavía no", respondió. "Pero tenemos nuestros sospechosos. Pronto lo averiguaremos".

Y eso fue todo. Debíamos mantenernos aquí arriba el tiempo que hiciera falta. No sabía cuánto tiempo iba a ser, pero honestamente, tal vez era lo mejor. Tal vez fuera una oportunidad para respirar sin darnos cuenta, para relajarnos y centrarnos en nosotros mismos para variar. El trabajo había sido un problema entre nosotros antes de que esto ocurriera, y sin el trabajo de por medio, nos llevábamos mejor que nunca.

La cabaña era pequeña y acogedora, así que no tuvimos más remedio que pasar casi todo el tiempo juntos. No es que me molestara en absoluto. Aunque Marco se había estresado al principio ante la idea de tener que apartar las manos del volante durante un tiempo, cada vez se estaba acostumbrando más.

Nos habíamos acostumbrado a una cómoda rutina. Nos levantábamos juntos por la mañana, hacíamos café y compartíamos el desayuno con las provisiones que nos habían traído los contactos que aún teníamos en la ciudad. Era un poco extraño, estar lejos de todo el lujo que había conocido antes, pero sinceramente, no me importaba. Todavía me despertaba a veces con pánico, recordando cómo había quedado el apartamento mientras lo devoraban las llamas y el humo, y no estaba segura de cuánto tardaría en sentirme cómoda en la ciudad después de aquello. Este lugar me parecía más seguro, más pequeño y más fácil de controlar.

Y con él allí, sabía que no tenía nada de qué preocuparme. Su presencia me hacía sentir segura y relajada de un modo que ninguna otra cosa podía igualar. Después de todo, habían sido su rapidez mental y su inteligencia las que me habían sacado del apartamento antes de que se incendiara; había acudido a mí en cuanto se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo y su prioridad había sido ponerme

a salvo. Sabía que aún quedaban muchas cosas por resolver en esta relación, sobre lo que íbamos a hacer una vez que volviéramos, y que era importante que me involucrara de una vez por todas en los temas del trabajo familiar, pero por ahora, me alegraba que me considerara lo suficientemente prioritaria como para sacarme de una pieza.

Habíamos pasado todas las noches juntos, abrazados en la pequeña cama de matrimonio, y cuando escuchaba el latido constante de su corazón en el pecho, podía creer que todo iba a salir bien.

Incluso si me había estado sintiendo un poco extraña últimamente. No estaba segura de lo que era. Al principio lo atribuí al estrés, pero cuanto más tiempo pasaba, más extraña me sentía. Empecé con algunos dolores de cabeza, y luego tuve náuseas cada vez que me despertaba. A la media hora de abrir los ojos, vomitaba, y las náuseas me seguían durante el resto de la mañana hasta que desaparecían por la tarde. Raro, ¿verdad? sobre todo porque Marco parecía estar bien.

"Deberíamos ir a una farmacia", sugirió. "Conseguir algunos medicamentos para que puedas descansar".

"No lo sé", respondí, negando con la cabeza. "Creo que estoy bien, de verdad".

"Estás blanca como la leche", me contestó, pasándome la mano por la mejilla. "Vamos, hay un sitio no muy lejos de aquí. Lo he mirado en mi teléfono. Puedes coger lo que necesites, ¿vale?".

Suspiré. Supuse que tenía razón. No podía seguir sintiéndome tan mal. Era mejor que tomara un poco de aire fresco y me concentrara en mí misma durante un tiempo, ¿no? estaba segura de que este bicho o lo que fuera pasaría en cuestión de días. Sólo tenía que seguir su consejo y hacer algo para controlarlo.

Estaba un poco nerviosa mientras nos dirigíamos al coche, pero me cogió fuerte de la mano y me recordó que nadie tenía ni idea de este piso franco.

"Vamos a estar bien", me prometió, y yo quería creerle. De verdad. Quería confiar en que sabía de lo que hablaba, pero el cansancio y la enfermedad me dificultaban mantener la cabeza clara.

Nos dirigimos a la farmacia y él entró a comprarme unos medicamentos mientras yo me quedaba cerca de la entrada para poder vigilar el coche. Fingí ojear los estantes para no parecer sospechosa.

Y fue entonces cuando algo me llamó la atención.

Una prueba de embarazo.

Una fila de ellos, en realidad. Normalmente, no les habría prestado atención, pero en cuanto las vi, mi mente empezó a acelerarse. Espera, ¿cuánto tiempo había pasado desde la última vez que tuve la regla? No me acordaba. Había estado tan estresada con todo lo que había estado ocurriendo que apenas había tenido ocasión de llevar la cuenta. ¿Un mes? ¿Dos? Joder...

Todo empezó a encajar en mi mente, todo encajaba en su sitio. La enfermedad, el cansancio, el hecho de que él no hubiera caído enfermo también... No podía ser, ¿verdad?

Cogí uno de la estantería antes de que pudiera contenerme, lo pagué y me lo guardé en el bolsillo antes de que volviera. Estaba segura de que no era más que una paranoia, pero no podía quitármelo de la cabeza hasta que lo hubiera comprobado. El corazón me retumbó en el pecho cuando vi que volvía hacia mí con una bolsa en la mano, sonrió y me rodeó la cintura con el brazo.

"¿Estás bien?", preguntó, frunciendo el ceño de repente. "Pareces... tensa".

"Estoy bien", le aseguré. "Sólo quiero volver a la cabaña. Venga, vámonos".

Salimos y encendí la radio con la excusa de que quería escuchar música, pero la verdad era que mi mente iba tan deprisa que no estaba segura de haber podido mantener una conversación con él si lo hubiera intentado. Volví a ver cómo los árboles se agolpaban a los

lados de la carretera mientras nos deteníamos frente a la cabaña.

"Tengo mucha hambre", le mentí. "¿Crees que podrías hacerme algo de comer?"

"Por supuesto, cariño", respondió. "¿Quieres estas medicinas, o...?"

"No, no, estaré bien", respondí, y me apresuré al baño antes de que pudiera decir otra palabra. Necesitaba sacarme esta idea loca de la cabeza antes de que se me enganchara más profundamente. Me aseguré de cerrar la puerta tras de mí, no quería arriesgarme a que me descubriera, no quería contarle nada de lo que se me pasaba por la cabeza hasta que no estuviera segura de una cosa u otra.

Desenvolví la prueba y la hice antes de que pudiera disuadirme. Cuanto antes terminara, mejor. Yo sólo... necesitaba que esto terminara. Necesitaba ver el resultado negativo, y eso sería el final de todo. No tendría que seguir pensando en esta locura. Podría seguir adelante. Podría olvidarme de todas estas tonterías. Estaba pasando por muchas cosas y estaba estresada. No había nada más que eso, y pronto me reiría de ello cuando viera que el resultado de la prueba era negativo.

Me senté en el borde de la bañera y golpeé los segundos con la punta del dedo, contando cada uno de ellos. Me dije a mí misma que en cinco minutos acabaría con esta locura y podría seguir con mi vida. Podría olvidar que lo había imaginado.

Una vez terminado el recuento, me quedé helada, incapaz de estirar la mano para dar la vuelta a la prueba y ver lo que me esperaba. Se me cortaba la respiración e intentaba sacar la mano. ¡Compruébalo! échale un vistazo, mira a ver qué pasa y ya puedes acabar con esto.

Lo cogí antes de que pudiera contenerme, le di la vuelta y miré el resultado. Negativo, ¿verdad?

Pero entonces, lo vi. Dos líneas en la prueba de plástico que

tenía delante. Mis ojos se abrieron de par en par y cogí la caja para volver a comprobar el resultado positivo. Era imposible. Imposible, ¿verdad? tenía que estar leyéndolo mal.

Pero ahí estaba, mirándome fijamente, claro como el día. No había forma de evitarlo, ni de esconderse, ni de ignorarlo. Estaba... estaba embarazada.

## Capítulo Catorce - Marco

Sabía que le pasaba algo. Estaba seguro. Había notado algo diferente en ella desde el momento en que volvimos de la farmacia. Al principio, pensé que sólo estaba preocupada porque alguien nos había seguido, pero cuanto más tiempo pasaba, más me daba cuenta de que era algo... más serio que eso.

Se había acurrucado en la cama la mayor parte de la tarde, pidiendo un poco de tiempo para sí misma, lo cual no era exactamente normal comparado con cómo habíamos vivido las dos últimas semanas aquí. Había querido pasar todos los días conmigo, pero ¿escondiéndose sola? No, sabía que algo pasaba y no estaba seguro de cómo llegar al fondo del asunto o cómo convencerla para que me contara lo que pensaba. Necesitaba que supiera que podía compartir cualquier cosa conmigo, aunque estuviera preocupada. Aunque no supiera cómo reaccionaría. Yo la respaldaba, y esperaba haberlo demostrado cuando la había sacado del apartamento en llamas hacía sólo unas semanas.

Cuando por fin salió del dormitorio, por mi mente pasaron un millón de pensamientos, un millón de posibilidades sobre lo que podía hacer para ayudarla. Pero en cuanto nos miramos, supe que era algo más profundo de lo que podía imaginar.

"Hay... Hay algo que necesito decirte", confesó, con la voz baja y pequeña. Nunca la había oído tan dubitativa en todo el tiempo que llevaba conociéndola, ni una sola vez. La cogí de la mano mientras se hundía en el asiento de enfrente.

"Kayla, ¿qué está pasando?" Le pregunté. Ni siquiera podía mirarme a los ojos. ¿Qué podría estar pasando que era tan malo? ¿Qué podría tenerla en este estado?

"No sé cómo decírtelo", admitió, sacudiendo la cabeza y llevando la mirada al suelo. "Yo... Es tanto, especialmente después de todo lo que hemos pasado. Ni siquiera sé por dónde empezar".



"Empieza con lo que quieras", le dije. "Sólo dímelo, ¿vale? Sabes que estoy aquí para ti pase lo que pase".

Respiró hondo y asintió con la cabeza, levantando la mirada para encontrarse por fin con la mía. En sus ojos brillaban las lágrimas y deseé poder hacer lo que fuera para que desaparecieran. Le cogí la cara con la mano y le pasé el pulgar por la mejilla, haciendo todo lo posible para que confiara en mí, para que se relajara lo suficiente como para contarme lo que pensaba.

"Yo... Cuando estábamos en la farmacia, yo estaba... Empecé a preguntarme algo", explicó. "Entonces, yo..."

Se interrumpió de nuevo, temblando, claramente insegura de cómo decirme lo que estaba pasando.

"Por favor, Kayla", le susurré. "Dime qué está pasando".

Asintió con la cabeza, tragando saliva antes de volver a mirarme.

"Estoy embarazada, Marco."

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre nosotros, y todo lo demás se hizo silencio a mi alrededor. ¿Cómo? Ella estaba... ¿Cómo podía estar...?

Aparté la mano de ella y miré hacia otro lado mientras intentaba asimilar la conmoción de la noticia. Ni siquiera sabía por dónde empezar o qué decir. ¿Cómo lo afrontaría? ¿cómo asumirlo? ¿qué le decía ahora?

Le devolví la mirada y, de repente, una oleada de protección se apoderó de mí. No podía dejar que le pasara nada. De eso estaba seguro. Porque ya no era sólo ella. También era el bebé. Mierda, ¿había estado el bebé con nosotros cuando alguien atacó nuestra casa? Pensar en ello me producía escalofríos. Pensar en el daño que podrían haberle causado a ella y a mi hijo.

Me puse en pie y la atraje hacia mí, envolviéndola con fuerza y

atrayéndola contra mí. Apoyé la cabeza en su pelo, aspiré su aroma y traté de entender la noticia que acababa de darme. Era enorme, por supuesto. Lo cambiaba todo entre nosotros.

Nuestro bebé. Un niño. Traer un niño a este mundo lo cambiaría todo, pero para mejor. Podría asegurar mi futuro con esta familia, y un niño aseguraría que la alianza entre los Volkov y los Falcone se establezca de por vida. Nada se interpondría en su camino nunca más.

Pero más que eso, quería tener este hijo con ella. Quería formar una familia con ella. Sabía que iba a ser una madre increíble. Ya podía sentirlo en ella. Su seguridad en sí misma, su compasión, su conexión con su familia... Todo ello hablaba del tipo de persona que iba a ser cuando llegara este hijo.

Tenía que asegurarme de que tuviera todas las oportunidades para hacerlo. Tenía que asegurarme de que nada se interpusiera en su camino. La abracé aún más fuerte, como si solo mi tacto pudiera salvarla del mundo que podría querer hacerle daño. No dejaría que nadie se acercara a ella ni a esta niña. Tenía que protegerlos de todo lo que esta retorcida realidad pudiera lanzarles.

"¿Qué vamos a hacer?", me susurró, con voz pequeña y llena de dudas. Me eché hacia atrás, agarrando sus hombros con mis manos.

"Vamos a criar juntos a este niño", le dije con firmeza. "Y vamos a hacer lo que sea necesario para asegurarnos de que los dos estéis a salvo".

"¿Qué significa eso?", preguntó frunciendo el ceño.

"Mira lo que acaba de pasar", le recordé, agitando la mano en dirección a la ciudad. "Tenemos que asegurarnos de que no vuelva a ocurrir nada parecido. De que nada parecido tenga siquiera la oportunidad de suceder".

"Puedo cuidarme sola..."

"Ya no se trata sólo de ti", le dije. "Se trata del hijo que vamos a

tener".

Le puse una mano con cuidado en el vientre y sentí una conexión con ella como nunca antes había sentido entre nosotros. Me preocupaba por ella más de lo que había creído posible. Haría cualquier cosa por protegerla, cualquier cosa, y quería demostrarle lo en serio que lo hacía y decía.

"Lo sé, pero eso no significa que tenga que estar encerrada en una torre de marfil durante todo el embarazo", argumentó. Podía oír ese tono familiar en su voz, una advertencia de por dónde iba su mente.

"Si pudiéramos hacer que no tuvieras que estar, lo haría", le prometí. "Pero ahora se trata de ti y del bebé. Tienes que mantenerte a salvo. Escóndete. Haz que nadie pueda llegar a ti".

Cruzó los brazos sobre el pecho.

"Y resulta que eso coincide con que quieras alejarme de esta línea de trabajo, ¿no?".

Me miró fijamente durante un largo momento, desafiándome a contradecirla. Puse los ojos en blanco.

"Kayla, esto no tiene nada que ver con..."

"Pero quieres alejarme de nuestro trabajo", terminó por mí. "Eso es, ¿no? Quieres ocultarme de todo para poder..."

"Para estar segura de que tú y el bebé estáis a salvo", le dije, cortándola antes de que pudiera seguir. ¿Cómo es posible que esto se haya convertido ya en un desacuerdo? Justo cuando parecía que por fin las cosas empezaban a tener sentido entre nosotros, se dio la vuelta y se abalanzó sobre mí cuando yo no hacía más que intentar ayudar.

"Y cuando nazca el bebé, me dejarás volver a trabajar, ¿verdad?", me preguntó. Dudé un instante antes de responder, y ella pareció entender que esa era toda la respuesta que necesitaba.

"Eso es lo que pensaba", murmuró, se dio la vuelta y se dirigió

hacia el dormitorio. La cogí del brazo antes de que se marchara, no dispuesto a que la conversación terminara ni a que lo que debería haber sido un día de celebración se convirtiera en otro enfrentamiento entre nosotras.

"¿Estás contento con esto?", preguntó. Parecía que la voz se le atascaba en el fondo de la garganta mientras hablaba. ¿Cómo podía dudarle? Mis ojos se abrieron de par en par.

"Claro que sí", le respondí.

"Porque no sé si... lo estoy yo", murmuró, dejando caer la mirada al suelo. La cogí de la mano.

"Kayla, quiero este niño. Quiero tener este bebé contigo", le dije. "Pero no puedo ser ingenuo, y tú tampoco. Hemos visto hasta dónde pueden llegar nuestros enemigos para conseguir lo que quieren, para eliminarnos. Y si no tenemos cuidado, ése será también el destino de nuestro hijo".

Nuestro hijo. Me resultaba extraño decirlo en voz alta, pero al mismo tiempo era tan acertado. Pero, cuando me miró, buscando en mi cara algo que no sabía que podía darle, la emoción empezó a desvanecerse. ¿Iba a luchar contra mí en todo momento? ¿Convertir esto en algo que no tenía que ser? Tenía que mantener a salvo a mi familia. Eso era lo que más me importaba y ante todo, pero ella hablaba como si yo quisiera encerrarla lejos del mundo de por vida.

"Necesito tiempo para pensar", murmuró antes de darse la vuelta y dirigirse al dormitorio, cerrando la puerta tras de sí con más fuerza de la necesaria. Me pasé una mano por el pelo y solté un suspiro frustrado.

¿Cuándo iba a darse cuenta de que lo hacía para protegerla? ¿Y cuándo iba a empezar a aceptar la ayuda que yo quería ofrecerle?

¿Y tenía alguna maldita idea de lo emocionado que estaba ante la perspectiva de tener un hijo con ella?

## Capítulo Quince - Kayla

"Oh, Kay", suspiró Lara mientras yo recostaba la cabeza en su regazo y dejaba escapar un suspiro.

"Lo sé, es todo un lío", confesé. "Es que no sé qué hacer".

"No tienes por qué saberlo", me aseguró Lara mientras me pasaba los dedos por el pelo. "Tú céntrate en asegurarte de que el embarazo va bien, ¿vale? Eso es todo de lo que tienes que preocuparte".

Ojalá pudiera creerle, pero no lo hice. Acababa de regresar de la cabaña en el bosque, de vuelta a la ciudad, aunque no había vuelto al hogar que Marco y yo habíamos compartido juntos. No podía afrontarlo. Necesitaba separarme de él. Una oportunidad para aclarar mis ideas, y una oportunidad para decidir exactamente lo que iba a hacer a continuación.

Lara llevaba unas semanas viviendo en su casa, buscando un poco más de independencia, y yo había ido a verla para contarle lo del embarazo. Todavía me costaba hacerme a la idea. Sabía que quería ese hijo. Por supuesto que sí, pero ¿lo haría a costa de la vida que tanto me había costado construir? ¿A costa de los logros que había conseguido en este mundo y en el negocio de mi padre?

Se me escapó una lágrima y traté de recomponerme. Echaba muchísimo de menos a Marco y no sabía cuándo -o si- iba a parar. Sentía que por fin habíamos llegado a algo. Por fin estábamos descubriendo cómo sería nuestra relación. Por fin había empezado a confiar en que realmente quería estar conmigo, que yo era algo más que un juego con el que jugaba cuando se aburría, y ahora...

Ahora, casi me había dicho que me quería encerrada mientras durara el embarazo. ¿Y si no acababa ahí? ¿Y si era sólo el principio? ¿Y si lo utilizaba como excusa para alejarme de este mundo, para convertirme en nada más que una madre?

Pensé en mi propia madre, en lo mucho que me había dolido perderla. Pero también me había impulsado a ser una figura aún más fuerte en el negocio familiar, como negociadora, ocupándome de los contratos de mi padre y asegurándome de que todos y cada uno de ellos fueran exactamente como tenían que ser. Para obligar a mi padre a tenerme en cuenta e involucrarme en todo lo relacionado al trabajo y al negocio familiar. ¿A cuántas reuniones había asistido? ¿Cuántos tratos había ayudado a cerrar? ¿Cuántos contratos había estudiado a fondo para asegurarme de que obteníamos exactamente lo que queríamos?

¿Y todo eso sería en vano? no podía soportar la idea, ni por un segundo. Ni por él, ni siquiera por nuestro hijo. ¿Qué clase de ejemplo le daría a mi hijo si le dejara tomar las decisiones por mí? lo entendía, era mayor que yo, más tradicional, y probablemente quería una esposa que aceptara todo lo que él le exigiera sin pensárselo dos veces. Pero si realmente hubiera deseado eso... nunca debería haberme elegido a mí para casarse.

"¿Dónde está ahora?" me preguntó Lara, y yo levanté la cabeza de su regazo y cogí la tisana que me había preparado. Me apetecía mucho un café después de todo el viaje que había hecho hoy, pero aún tenía que hablar con mi médico sobre la cantidad de cafeína que podía tomar ahora que estaba embarazada. Todo esto era nuevo para mí y apenas sabía por dónde empezar.

"Ha vuelto a un nuevo apartamento. Se está mudando con lo que le queda de la última casa", le expliqué. "Creo que está enfadado porque no volví con él, pero es que... no podía estar a su lado. No cuando está así".

"¿Cómo qué?"

"Como si ya hubiera tomado una decisión sobre todo esto".

"Quiero decir, no puedes culparlo por querer cuidar de ti", señaló. "Mira lo que le pasó a tu antigua casa. Probablemente está paranoico que va a ir hacia abajo como que de nuevo".

"Sí, bueno, hasta ahora he sido capaz de manejarme sola toda mi vida", señalé. "¿Por qué no puede confiar en que puedo hacerlo ahora?"

"Porque tienes un bebé, Kay", me recordó sonriendo mientras me acariciaba la barriga, que seguía plana. Miré hacia abajo y suspiré.

"Lo sé", respondí en voz baja. Podía ver a qué se refería, pero no lograba realmente convencerme a mí misma de un modo u otro. Quería confiar en que sólo lo hacía porque estaba preocupado por nuestro hijo, pero ¿cómo podía estar segura de ello? ¿Cómo podía estar segura de que no había algún motivo insidioso detrás de todo esto?

"Sólo estoy... asustada, eso es todo", admití.

"¿De él?", preguntó, sonando preocupada, y yo negué con la cabeza.

"No, no. No de él", le aseguré. "Nunca de él. Es que..."

Me entretuve, buscando la forma adecuada de enmarcarlo.

"Tengo miedo de perder a la persona que era antes de casarme con él", confesé finalmente. "Me casé con él porque pensé que sería lo correcto para la familia, para el negocio, pero apartarme de él no es la mejor manera de manejar esto, ¿verdad?".

Suspiró.

"Sé de dónde vienes", me aseguró. "Pero... no se ven muchas mujeres en lo alto de este mundo, ¿verdad?".

"Quizá yo pueda marcar la diferencia", sugerí. "Alguien tiene que ser el primero en esta ciudad, ¿no?".

Sentí un zumbido de esperanza, pero cuando vi la expresión de su cara, me di cuenta de que no se lo creía. Mis hombros se hundieron de nuevo.

"¿No crees que pueda hacerlo?"

"No es que no crea que puedas", respondió ella. "Es que... no sé si hay lugar para eso".

"¿Y dónde me deja eso a mí?" Pregunté, aunque sabía que no era justo echarle la culpa a ella. "¿Tengo que quedarme de brazos cruzados y dejar que los demás decidan cómo va a ser mi vida? Y si tengo una hija, ¿va a ser lo mismo para ella? Porque no quiero traer un niño a este mundo si eso significa que no va a poder opinar sobre el tipo de vida que va a llevar".

Las lágrimas volvieron a inundarme los ojos y me las enjuagué con rabia con el dorso de la mano. No quería llorar. No quería que viera lo dolida y confusa que estaba. Quería estar con Marco, pero también me molestaba que pareciera empeñado en empujarme a esa caja de la que no quería formar parte.

"¿Le echas de menos?", me preguntó. Me detuve un momento antes de asentir. No tenía sentido negarlo. De todas formas, no podía convencerla. Sabía que lo llevaba escrito en la cara, lo mucho que deseaba estar con él ahora mismo. Si no sintiera nada por él, joder, todo esto habría sido mucho más fácil. Podría haber huido de esta ciudad, salir de allí antes de que él pudiera hacer nada para retenerme, y no mirar nunca atrás.

"Sí", respondí en voz baja, dirigiendo mi mirada hacia su ventana. Fuera, podía ver la expansión de la ciudad bajo nosotros, y sabía que él estaba ahí fuera, en alguna parte, instalándose en su nuevo apartamento... nuestro nuevo apartamento. Nuestros enemigos, los que nos habían atacado en el último lugar, habían sido despachados. No eran más que unos traficantes de poca monta que habían intentado invadir el territorio de los Volkov. Se habían enfrentado a Marco antes y habían intentado reclamar su poder acabando con él. Estaban acabados, pero eso no había simplificado nada.

Lara se mordió el labio mientras me miraba, y yo conocía esa mirada lo suficiente como para reconocer lo que pasaba por su cabeza.



"¿En qué estás pensando?" le pregunté, un poco desconfiado. Ella negó con la cabeza.

"Nada", suspiró. "Sólo... en cómo puedo ayudarte, eso es todo".

"Ya has hecho lo que puedes". Suspiré, señalando a mi alrededor. "Dejándome quedarme en tu casa así."

"¿Qué clase de hermana sería si echara a la calle a mi hermana embarazada y a mi sobrina?", me contestó, y yo enarqué las cejas al verla, incapaz de evitar que se me dibujara una sonrisa en la cara.

"¿Sobrina? ¿Crees que el bebé es una niña?"

"Tengo un presentimiento", respondió encogiéndose de hombros. Por primera vez desde que había llegado a su casa, sentí una pequeña sacudida de emoción por el bebé. Sí, una niña. Mi niña. La mimaría mucho. Ya me lo imaginaba. Lara la adoraría, y yo también. Podríamos salir juntas, tener noches de chicas, pintarnos las uñas con esmalte rosa brillante como solíamos hacer con nuestra madre.

Y entonces, la burbuja estalló cuando pensé en lo que podría existir fuera de eso. ¿Adónde más podría ir mi pequeña? ¿O quedaría atrapada? ¿Sin poder hacer nada importante fuera de ella? no podía soportar la idea.

Empecé a llorar y volví a derrumbarme contra Lara, que me rodeó con sus brazos y me apretó contra sí. Todo era tan confuso. No sabía por dónde empezar, qué hacer ni cómo darle sentido a todo.

"No te lo mereces", me dijo en voz baja, y yo, sorbiéndome los mocos, la miré.

"¿Qué quieres decir?"

"Tienes razón", respondió ella. "He visto lo duro que has trabajado en este negocio. Te mereces un lugar en él sin importar lo que esté pasando en tu vida personal".

"Gracias", le murmuré. "Eso significa mucho".

"Yo te entiendo y te apoyo", me aseguró mientras me acariciaba el pelo. Y, mientras estaba allí tumbada con ella, recé para que Marco encontrara alguna forma de empezar a verlo también desde la misma manera. Que viera lo mucho que había trabajado, lo buena que era en esto y que merecía seguir con el legado que me había hecho.

Y construir uno completamente nuevo para mi hijo, también. Sea quien sea.

## Capítulo Dieciséis - Marco

Oí que llamaban a la puerta y se me pusieron los pelos de punta. ¿Quién intentaba invadir mi espacio? ¿Y qué querían exactamente de mí?

Sabía que tenía que ponerme las pilas y dejar de reaccionar con tanta dureza ante cualquier nimiedad, pero desde que había vuelto a la ciudad estaba en alerta máxima.

"No tienes nada de qué preocuparte", intentó asegurarme mi padre. "Esos hombres que vinieron tras de ti y Kayla, ya se encargaron de ellos. A dos metros bajo tierra".

"Pero aún así se acercaron tanto", gruñí. "¿Quién puede decir que alguien más no lo haría de nuevo?"

Había insistido en que hubiera seguridad en nuestro nuevo apartamento; mi nuevo apartamento, tal y como estaba ahora, ya que Kayla ni siquiera había venido a verme todavía. Había llamado a un coche para que la llevara sola de vuelta a la ciudad y desde entonces había ignorado todos mis intentos de ponerme en contacto con ella. Estaba haciendo todo lo posible por darle espacio, de verdad, pero la necesitaba aquí. Donde pudiera protegerla a ella y al bebé, y me estaba volviendo loco saber que no aceptaba mi ayuda.

Tal vez estaba chapado a la antigua, pero cuando pensaba en el matrimonio en este mundo, pensaba en un hombre que haría cualquier cosa para mantener a salvo a su mujer y a sus hijos.

Estaba seguro de que mi padre había hecho lo mismo cuando se enteró de que mi madre me iba a traer al mundo. Claro que lo había hecho. Habría dado un paso al frente, la habría mantenido oculta del mundo, sabiendo lo rápido que la gente intentaría eliminarla si tuvieran la oportunidad. Querrían acabar con el legado que estaba intentando construirse en ese mismo momento. Si la noticia del embarazo de Kayla llegara a oídos de todo el mundo, la gente haría

todo lo posible por destruirla. Estarían decididos a acabar con esta alianza entre los Volkov y los Falcone porque sabían cuánto más fuertes nos hacía.

Abrí la puerta y, al ver quién estaba al otro lado, fruncí el ceño. Tardé un momento en ubicarla. Sabía que la había visto antes en alguna parte, y entonces caí en la cuenta.

"¿Lara?"

Era la hermana de Kayla. La había visto en la boda, aunque no estaba seguro de que hubiéramos intercambiado más de un par de palabras aquel día. Se me encogió el corazón al imaginar los peores escenarios posibles de por qué estaría aquí y qué vendría a decirme.

"¿Puedo pasar?", preguntó, y yo asentí, haciéndome a un lado para que entrara de inmediato.

"¿Qué está pasando?" Pregunté, con voz seca. Si le hubiera pasado algo...

"Kayla está bien, si eso es lo que te estás preguntando", me dijo, y me quitó un peso de encima. Cerré los ojos e inspiré profundamente, tratando de tranquilizarme.

"¿Está contigo?" pregunté, y ella asintió.

"Se va a quedar un tiempo en mi casa", respondió cruzando los brazos sobre el pecho. "Y hemos estado hablando. Mucho, en realidad".

"¿Ah, sí?" pregunté frunciendo el ceño. Ella asintió.

"Sí", respondió ella. "Creo que los dos tenemos que hablar porque hay cosas que no vas a escuchar a menos que vengan de otra persona, y realmente tienes que empezar a escuchar".

Levanté las cejas. No estaba acostumbrada a que me hablaran así. Al menos no por alguien como ella. Pero si eso significaba que tendría la oportunidad de volver a ver a Kayla, escucharía todo lo que tuviera que decirme, aunque no tuviera mucho sentido.

La conduje al salón y le serví una copa. Rodeó el vaso con las manos y me miró con ojos que buscaban los míos.

"Llevas mucho tiempo en este negocio, ¿verdad?", preguntó, y yo asentí.

"Todo el tiempo que he podido", respondí. "Desde hace más de veinte años. Desde que era adolescente".

"Eso pensaba yo", comentó ella, llevándose el vaso de whisky a los labios y dando un sorbo. "Probablemente has visto a mucha gente ir y venir, ¿verdad? Muchas mujeres se casan, desaparecen, tienen hijos...".

No respondí. No estaba seguro de lo que quería decir, pero no podía evitar la sensación de que estaba a punto de caer de cabeza en una trampa si no tenía cuidado.

"¿A qué quieres llegar con esto?" pregunté.

"Eso es lo que quieres para Kayla", añadió.

"Quiero que esté a salvo", protesté, sacudiendo la cabeza. "Quiero asegurarme de que no le pase nada ni a ella ni al bebé...".

"Y quieres mantenerla lo más alejada posible del negocio para asegurarte de que eso ocurra, ¿verdad?", terminó por mí. La fulminé con la mirada. ¿Quién se creía que era, viniendo aquí a decirme lo que sentía, lo que pretendía hacer?

"No estoy dispuesta a poner en peligro ni a ella ni al niño", repliqué, con la voz baja y tan firme como pude. Puso los ojos en blanco.

"Realmente no entiendes por lo que está pasando Kayla, ¿verdad?", preguntó, y fruncí el ceño mirándola.

"¿Qué quieres decir? Es mi mujer".

"Sí, pero ella es mucho más que eso", respondió. "Siempre lo ha sido. Nunca va a ser feliz conformándose con ser la esposa de alguien,

el trofeo de alguen. Quiere más que eso. Y también se lo merece".

"No la quiero como trofeo", argumenté, pero Lara negó con la cabeza.

"Eso es en lo que la convertirás si intentas forzarla a salir de este negocio", replicó. "Así es como ella lo verá. Se ha pasado toda la vida trabajando igual que tú, ¿y sólo porque es mujer, sólo porque va a ser madre, tiene que perderlo todo?"

El silencio flotaba en el aire entre nosotros. No tenía respuesta para eso.

"Piensa en todo lo que has hecho por tu padre", me dijo. "Todo lo que has hecho para ayudarlo, para convertir tu nombre y el negocio familiar en algo más grande y poderoso a lo largo de tu vida. ¿Y si alguien te dijera que tienes que dejarlo todo atrás? ¿para siempre?"

Apreté el puño al pensarlo.

"Nunca lo haría", murmuré, y ella me miró enarcando las cejas.

"Exactamente", señaló. "Tú nunca lo harías. Y no es justo que le pidas a Kayla que haga lo mismo".

No respondí. Me gustaría tener algo con lo que responderle, algo que le hiciera ver lo serio que iba, pero no sabía por dónde empezar. ¿Qué podía hacer para que viera de dónde venía?

"¿Te ha contado lo mucho que ha trabajado estos años?", preguntó, y yo negué con la cabeza.

"Claro que no", contestó Lara, suspirando. "Nunca le gusta darle importancia. Pero debería".

Respiró hondo y me miró fijamente a los ojos.

"Es la mano derecha de mi padre desde hace años. Desde que salió del instituto", explicó. "Es a ella a quien pedía consejo. Ella es la que estaba en cada una de sus reuniones. Él confía en sus instintos y, sobre todo, en que ella se ha comprometido a llevar a nuestra familia,

y ahora también a la tuya, lo más lejos posible. Por eso quería que te casaras con ella. Porque es la única persona que realmente haría algo tan loco para asegurar nuestro futuro".

Sacudió la cabeza.

"Y Kayla no va a olvidarse de esa parte de sí misma", murmuró. "No lo hará. No lo olvidará, aunque la encierres en una guardería el resto de su vida para que pueda criar a tus hijos, y tampoco dejará de odiarte por ello."

"No voy a encerrarla en ningún sitio", respondí. "Si no le gusta, que se vaya".

El rostro de Lara se suavizó.

"No va a dejarte", me dijo, sonriendo ligeramente. "Créeme. Todo lo que he oído de ella, todas las conversaciones que hemos tenido en los últimos días me indican que no va a dejarte. No es su intención. Y no quiere criar a este niño sin ti".

Me tragué una oleada de emoción, apartándola lo mejor que pude. ¿Quería estar conmigo? La deseaba tanto que a veces me dolía todo el cuerpo. No quería hacer esto sin ella. Me había acostumbrado a su presencia, al sonido de su risa, a la expresión de su cara cuando la besaba, y la idea de estar sin ella hacía que todo mi cuerpo se tensara.

"Pero tienes que entender que, si quiere ser feliz, tienes que darle un lugar en este mundo", me dijo Lara.

"¿Y qué hay de sus peligros?". protesté. "Mira lo que acaba de pasar en el antiguo apartamento".

"Conoce los peligros", respondió con firmeza. "Los ha conocido toda su vida, igual que tú. Y ha elegido formar parte de este negocio, y no deberías quitárselo sólo porque tengas miedo".

"¿Miedo?" respondí, irritada al oír esa palabra. Yo no tenía miedo. No me asustaba...

Pero cuando pensaba en ella, cuando pensaba en nuestro hijo

en aquel apartamento cuando había ardidido en llamas, un destello de algo cercano al miedo ardía en mi interior. ¿Cómo no iba a hacerlo? La idea de perderla a ella, de perderlos a ellos, me daba algo que temer. Había pasado tanto tiempo pensando sólo en mí, y no tenía miedo al daño que pudiera caer sobre mi cabeza, pero ¿ellos? Nunca habría podido perdonarme si les hubiera pasado algo. Nunca habría podido vivir con ello.

"Sí, asustada", repitió ella. "Eso es lo que creo que estás. Y no te culpo. Joder, que yo también tengo un poco de miedo de meter a un niño en todo esto. Pero no puedes dejar que eso destruya la persona que es, la persona que siempre ha sido. Es la única manera de que puedas hacer que esto funcione. ¿Me entiendes?"

Me miró con un fuego en los ojos que yo también había visto en los de Kayla. Supongo que era cosa de familia. Me pasé las manos por el pelo.

"Deberías volver con ella", le dije a Lara. "Asegúrate de que ella y el bebé están bien".

Se detuvo un momento, mirándome fijamente, pero entonces vi que una pequeña sonrisa se dibujaba en su rostro, como si estuviera segura de que había conseguido llegar a convencerme.

"Lo haré", respondió. Y con eso, terminó el resto de su bebida y se dio la vuelta para salir del apartamento.

La observé mientras se marchaba y sus palabras me daban vueltas en la cabeza. Algo había hecho clic en mi mente. Algo de lo que no estaba seguro de haber sido consciente antes, algo que no estaba segura de querer aceptar sobre mí misma.

Pero esta mujer era mucho más de lo que yo podía imaginar, y su hermana tenía razón. No podía apartarla del mundo del que tanto le había costado formar parte, aunque me diera miedo pensar que estuviera involucrada en él.

A veces lo que nos asustaba era lo más difícil de aceptar. Pero



eso no lo hacía menos importante.

Eso no la hacía menos importante para mí.

## Capítulo Diecisiete - Kayla

Un torrente de emociones se apoderó de mí cuando oí que llamaban a la puerta: miedo, excitación, dudas y todo lo demás, pero estaba preparada. Por fin estaba preparada.

Quería verlo, hablar con él, ver en qué punto estábamos con todo esto. No estaba segura de qué decirle, pero Lara había insistido en que le diera a Marco la oportunidad de aclarar las cosas, y yo no quería otra cosa que dejar que ocurriera.

"Tengo la sensación de que podría haber cambiado de opinión", me había dicho Lara, mostrándome una sonrisa.

"¿Le dijiste algo?" Pregunté, y ella se encogió de hombros.

"Yo no metería las narices en tus asuntos", me aseguró, pero a juzgar por la sonrisa de oreja a oreja que tenía en la cara, había hecho exactamente eso. Intenté pedirle más información, pero no me dio nada más con lo que trabajar. Sólo me dijo que invitara a Marco y que ya vería qué tal.

Y, cuando me acerqué a la puerta y tiré de ella para abrirla, allí estaba él. Todo mi mundo pareció detenerse por un momento mientras lo miraba, a ese hombre que no había podido sacarme de la cabeza en todo este tiempo. Quería caer en sus brazos y decirle que me besara para olvidarme de todo lo demás, pero sabía que teníamos tanto de lo que hablar, tanto que decirnos. Más de lo que ninguno de los dos tenía palabras, probablemente, pero al menos podíamos intentarlo.

"Hola", le saludé, la única palabra que contenía un millón de cosas que quería decirle. Me sonrió.

"Hola", respondió. Dios, esa sonrisa. Esa sonrisa me iluminó todo el cuerpo a la vez. El calor se extendió por mí, la química crepitaba en el aire mientras él estaba de pie ante mí, y rápidamente aparté la mirada. Tenían que ser las malditas hormonas del embarazo, ¿no? Nada más...

"¿Puedo pasar?", preguntó, y yo asentí, haciendo un gesto con la cabeza para que entrara en casa de Lara. Se había marchado para dejarnos un poco de espacio, y no estaba segura de si la quería aquí o no. Me habría venido bien su compañía, alguien que me apoyara mientras intentaba averiguar qué iba a hacer al respecto, pero sabía que tenía que tomar la decisión por mí misma. Tenía que ser yo, nadie más, o de lo contrario no iba a funcionar.

Me pasó rozando, y la más mínima insinuación de su contacto bastó para erizarme el vello de la nuca. Cada fibra de mi ser clamaba por estar más cerca de él, por sentirlo bien apretado contra mí, pero lo rechacé.

"Gracias por acceder a hablar conmigo", comentó mientras se sentaba en uno de los sofás y extendía el brazo sobre el respaldo. Me quedé mirando su mano, sus dedos, y me esforcé por no pensar en lo bien que me los había recorrido por todo el cuerpo.

"Entonces, ¿tienes algo que decir?" pregunté, cruzando los brazos sobre mi pecho. No quería ceder tan fácilmente, aunque estaba desesperada por caer en sus brazos y dejar que me poseyera de nuevo. La necesidad que sentía por él era casi superior a todo el sentido común que tenía, y tuve que luchar para mantener la compostura.

"Siéntate", me ordenó, señalándome el asiento de enfrente. "No puedes estar de pie todo el tiempo. No es bueno para el bebé".

De mala gana, me senté en una silla, sabiendo que tenía razón. Tenía que empezar a cuidarme más ahora que estaba embarazada, pero me resultaba difícil concentrarme en eso cuando él estaba allí, delante de mí, y mi mente amenazaba con dispararse en un millón de direcciones diferentes a la vez.

"Tu hermana vino a hablar conmigo hace unos días", me dijo, y yo puse los ojos en blanco.

"Lara", murmuré, maldiciéndola en silencio en mi cabeza. Estaba segura de que sólo intentaba ayudar, pero ¿qué le había dicho? ¿Estaba aquí para advertirme que mantuviera a mi familia al margen

de esto y que le dejara en paz? No lo sabía.

"Y me contó lo mucho que has trabajado en el negocio de tu padre", me explicó. "Lo mucho que confía en ti. Y hasta dónde has llegado para asegurarte de que tu familia prospere, y exactamente a lo que has renunciado para que eso ocurra".

Me quedé sentada, tan tensa que apenas podía moverme. ¿Adónde quería llegar? ¿Qué intentaba decirme?

"Y yo...", empezó. Inspiró profundamente, recogiendo antes de volver a empezar.

"Y he estado pensando", admitió, "sobre lo que quiero de ti. Lo que quiero de este matrimonio. Lo que tú quieres de él. Lo que ambos queremos para este bebé".

"¿Y? le pregunté, casi sin poder respirar mientras esperaba su respuesta.

"Y me di cuenta de lo asustado que estaba de perderte", confesó. "Lo asustado que estaba de que te pasara algo a ti o al bebé, o a los dos. No podía dejar de pensar en la noche del incendio y en lo que habría sentido si os hubiera pasado algo a alguno de los dos. No podría haber vivido conmigo misma. No podía, y por eso quería manteneros alejados de todo esto. Porque tenía miedo de que volviera a pasar".

¿Asustado? Era lo último que esperaba que admitiera. Un hombre como él hacía todo lo posible por demostrar que no tenía miedo, pero aquí estaba, sentado frente a mí, diciéndome que había tenido miedo de perderme. Todo mi mundo había cambiado en un instante.

"Pero cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de que iba a perderte si intentaba forzarte a entrar en este molde que quiero de ti", admitió. "La mujer con la que me casé, la mujer de la que me enamoré, es fuerte, se conoce a sí misma y le apasiona construir la mejor vida que puede para ella y su familia. Nunca quiero quitarte

eso. No quiero despojarte de aquello por lo que has trabajado porque entonces te perdería, y la idea de perderte es demasiado para mí".

Apenas podía respirar mientras asimilaba lo que me estaba diciendo. El corazón me retumbaba en el pecho.

"Entonces, estás diciendo..."

"Lo que digo es que te quiero a mi lado", me dijo, clavando sus ojos en los míos. "A través de todo esto. Pase lo que pase. Te quiero a mi lado como esposa, como madre de mi hijo y también como parte de este negocio. Te necesito ahí, Kayla".

Cerré los ojos, dejando que la realidad de lo que acababa de decir me atravesara.

"¿Lo dices en serio?" le pregunté, en voz baja, y él asintió. Se puso en pie y me tendió una mano.

"Hay algo que quiero enseñarte", murmuró. "¿Vendrás conmigo?"

Asentí, deslizando mi mano entre las suyas, y me guió hasta el coche que me esperaba fuera. Su tacto, sus dedos alrededor de los míos, parecían quemarme el cuerpo, pero más que eso, sus palabras bailaban en mi mente. Lo decía en serio. Lo decía en serio. Me deseaba y estaba dispuesto a darme lo que yo necesitaba a cambio.

Condujo con una mano en mi muslo y me miró de reojo todo el tiempo, observándome, como si estuviera seguro de que no iba a ir a ninguna parte. Como si hubiera algún otro lugar en el mundo en el que quisiera estar, alguien con quien quisiera estar. Sentí un cosquilleo en lo más profundo de mi pecho cuando se detuvo frente a un bloque de apartamentos desconocido y me guió hasta el ático de la planta superior.

"Este podría ser nuestro nuevo lugar", murmuró mientras desbloqueaba la puerta y me abría. "He estado haciendo una pequeña... redecoración los últimos días. ¿Quieres verlo?"

"Claro que sí", le contesté, y me puso una mano en la espalda mientras me guiaba por el pasillo que había junto a la entrada principal hasta una puerta al fondo. Estaba recién pintada de amarillo pastel, y se detuvo un momento, sonriéndome, antes de abrirla de un empujón.

"Pensé", empezó cuando entramos en la habitación, "que esto podría ser el cuarto de los niños".

Me quedé boquiabierta al mirar a mi alrededor. Todo estaba cubierto de un precioso amarillo suave, desde la pintura de las paredes hasta las cortinas de las ventanas, pasando por la cuna que había en medio de la habitación, con un pequeño pajarito de peluche.

"¿Tú hiciste todo esto?" pregunté, volviéndome hacia él, con los ojos muy abiertos. Asintió con la cabeza.

"Quería demostrarte que iba en serio", me dijo. "Sobre criar a este niño contigo. Quiero hacerlo aquí, en este ático. Y al lado, hay una habitación que pensé que podríamos convertir en tu oficina".

"¿Mi oficina?" exclamé.

"Por supuesto", respondió con una sonrisa. "Necesitarás un lugar para trabajar, ¿verdad?"

"Nunca he tenido mi propio despacho", murmuré, y él se encogió de hombros.

"Tendrás uno aquí", prometió. "Tendrás todo lo que quieras aquí, Kayla. Si vuelves".

"Por supuesto que lo haré", exhalé, y por fin me hundí en sus brazos, apoyándome en él. Mientras le miraba a los ojos, un millón de palabras, un millón de sentimientos surgieron dentro de mí, pero sólo se me ocurrió decir una cosa. Una cosa que realmente importaba.

"Te quiero, Marco."

Ni siquiera dudó antes de responder.

"Yo también te quiero, Kayla. Y quiero que tengas la vida que quieras aquí, conmigo, con nuestro bebé. Sea lo que sea. Pasaré el resto de mi vida haciendo todo lo que pueda para hacerte feliz".

Me metió las manos en el pelo y me besó como si no hubiera podido pensar en otra cosa desde que me había vuelto a ver. Nos tumbamos juntos en el suelo, la mullida alfombra nos acogió y yo me eché hacia atrás, tirando de él.

"Te he echado de menos", le susurré, y él volvió a besarme, esta vez con más fuerza, bajando su mano entre mis piernas mientras apartaba la falda de mi vestido.

"Lo sé", me murmuró. Un poco arrogante, justo como me gustaba. Enganchó sus dedos alrededor de mis bragas y las bajó, tirándolas a un lado, y se arrodilló entre mis piernas, mirándome como si no pudiera creer que esto estuviera pasando de verdad. Como si no pudiera creer que yo fuera real.

Me acercó a su mano, con la falda extendida a nuestro alrededor, y me senté a horcajadas sobre él mientras se bajaba lentamente la cremallera de los pantalones y se cogía la polla con la mano. Gemí al sentir su presión contra mí y me moví para poder ponerme encima de él, necesítándolo dentro de mí. Necesitaba cada centímetro de él.

Me agarró de las caderas y tiró de mí hasta tumbarme encima de él, enterrándose profundamente dentro de mí y, por primera vez, no necesitó guiarme. No necesitaba decir nada. Sabía exactamente lo que ambos necesitábamos, exactamente lo que ambos queríamos. Lo rodeé con mis brazos, necesitaba estar más cerca de él. Necesitaba estar tan cerca de él como me lo permitiera. Cualquier distancia entre nosotros no serviría. No ahora que habíamos dicho esas preciosas tres palabras. Las palabras que nos comprometían el uno con el otro de una vez por todas.

Me rodeó la cintura con los brazos y me empujó hacia arriba, llenándome con su polla, y la sensación parecía más profunda que

cualquier otra cosa que hubiera sentido en mi vida. La emoción, la emoción de estar tan cerca, la emoción de saber que por fin estábamos juntos de verdad... y no era una actuación. No era un juego. Nos queríamos, nos necesitábamos, y ahora, por fin, nos teníamos el uno al otro. Intensificó el placer de una forma que ni siquiera sabía que era posible.

"Estás perfecta, cariño", murmuró, y la ternura de su voz me provocó otra oleada de placer.

"Le respondí con un gemido, con la cabeza demasiado concentrada en la sensación como para pensar en decir algo en voz alta. Me besó el cuello y me rozó la espalda con los dedos, y esas caricias bastaron para encender un fuego ardiente en mi interior. Porque cuando amas a alguien, cuando lo amas de verdad, no se trata sólo de sensaciones físicas. También era la cercanía emocional, y eso fue lo que me llevó cada vez más cerca del límite.

Moví las caderas de un lado a otro y me incliné hacia atrás para cogerle la cara con la mano y mirarle a los ojos. Me miraba fijamente, con los labios ligeramente entreabiertos, como si no recordara que existiera nadie más en el mundo. Nunca nadie me había mirado así. Me miraba con puro amor en los ojos y, al besarle de nuevo, sentí que me encrespaba y me elevaba para caer al vacío.

"Oh", gemí contra sus labios, y él me apretó aún más, como si no pudiera soportar que hubiera la más mínima distancia entre nosotros. Jadeé, la conmoción del placer palpitando desde entre mis muslos hasta consumir todo mi cuerpo, mi coño apretándose y palpitando impotente mientras el placer ascendía hasta consumirme.

"Joder, sí", gimió, y con un empujón más dentro de mí, alcanzó su propia liberación. Enterrándose hasta el fondo con fuerza, se mantuvo allí, dejándose sentir profundamente, dejándome sentir la inundación de sus fluidos mientras me llenaba hasta el borde.

Ninguno de los dos se echó atrás. No estábamos listos para que esto terminara. Pero no terminaría, no podía terminar. Ahora que nos



habíamos dicho lo que realmente sentíamos, y ahora que él había visto la verdad de lo que yo necesitaba, nada nos separaría.

Y nada se interpondría en nuestro camino para formar juntos esta familia perfecta. Estaba segura de ello.

De una vez por todas.

## Capítulo Dieciocho - Marco

Le pasé los dedos por la mejilla, apartándole el pelo de la cara para despertarla. Estaba tan guapa dormida que casi no quise hacerlo, pero sabía que querría acompañarme.

Kayla agitó las pestañas, abrió los ojos y me sonrió.

"Oye", murmuró ella, estirándose sobre las sábanas blancas...

"Hola", la saludé. "¿Quieres un café? pronto iré a una reunión con mi padre. Pensé que querrías acompañarme".

Se le iluminó la cara.

"Me encantaría", dijo efusivamente. "Aunque no sé si me dejan tomar café".

"Puedes tener uno", le aseguré. "Lo he estado investigando".

"¿En serio?", respondió ella, sonriendo. "No sabía que fueras tan experto en embarazos".

"Voy a convertirme en uno de ellos en los próximos meses", le prometí. "De hecho, tengo reservada tu primera cita para la semana que viene con nuestro médico de cabecera, para asegurarme de que todo va bien".

"Estupendo", respondió ella, apoyándose en una almohada a la espalda. "¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que podamos ver una ecografía? Estoy deseando ver cómo crece ahí dentro".

"¿Ella?"

"Sólo tengo un presentimiento", respondió ella. "De todos modos, ¿qué tal ese café?"

Le preparé un café y se lo llevé a la cama, no quería que tuviera que levantarse todavía, y ella se estiró sobre las sábanas y lo bebió a sorbos. Estaba tan guapa a primera hora de la mañana, con los

ojos suaves y el pelo un poco revuelto. La tentación de olvidarme de la reunión con mi padre y pasarme todo el día en la cama con ella fue más fuerte de lo que podía soportar, pero decidí no hacerlo. Sabía que era importante para ella. Quería tener la oportunidad de demostrarme lo segura que estaba de sí misma en lo que se refería a su trabajo, y yo tenía la intención de dársela.

"Entonces, ¿de qué va la reunión de hoy?", me preguntó con curiosidad.

"Quiere que revise los contratos que ha firmado con una nueva empresa de seguridad para uno de nuestros clubes", explicó. "Ha trabajado con ellos antes, pero nunca a esta escala. Quiere asegurarse de que todo está exactamente como debe".

"¿Sabe que voy?", preguntó, un poco nerviosa. Negué con la cabeza.

"Tiene que entender que cuando me invite a algún sitio, vas a estar justo detrás de mí", le dije. "No voy a asistir a reuniones sin ti en el futuro. Mejor que lo aprenda ahora".

Me sonrió por encima de su taza de café. Me di cuenta de lo mucho que significaba para ella y esperaba que supiera que lo decía en serio. Tenía que demostrar con hechos lo que le dije, acerca de hacerla parte de este negocio, y eso tenía que empezar ahora. No podía dejar que se me escapara de las manos, por ningún motivo, y tenía que demostrarle lo en serio que me tomaba eso, costara lo que costara.

Nos preparamos juntos y nos damos una ducha rápida antes de vestarnos para salir. Yo había hecho que le cambiaran toda la ropa que había perdido en el incendio por un armario nuevo en el dormitorio que compartíamos, y ella eligió un vestido elegante y un par de tacones.

"Dios, qué guapa estás", le murmuré mientras le rodeaba la cintura con los brazos mientras ella se ponía delante del espejo. Sonrió y se recostó contra mí.

"Pronto voy a necesitar un vestuario nuevo", comentó. "No creo que estos me sirvan por mucho más tiempo".

"Hmm, siempre que me dejes elegirlo por ti", bromeé, y ella se rió.

"Quizá podrías colarte en algunos probadores conmigo, ¿eh?", sugirió, girando la cabeza para plantarme un beso en los labios.

Llegamos al coche que mi padre había enviado a recogerme y nos dirigimos a su casa. Cuando llegamos a la puerta, miró a Kayla con cara de sorpresa.

"Oh, buenos días", la saludó, y sus ojos se deslizaron hacia mí, buscando una explicación.

"Kayla me acompañará a las reuniones a partir de ahora", le dije sin dejar lugar a dudas. Separó los labios, sorprendido, pero habló por encima de él antes de que pudiera añadir algo más.

"Ella es parte de la familia, y tiene voz y voto en lo que hacemos como familia", le dije. "¿Tiene sentido?"

Se detuvo un momento, pero le dejé claro por el tono de mi voz que no estaba aquí para debatir con él. Asintió y ordenó al personal que le trajeran una silla más al despacho.

Con una mano en la parte baja de la espalda, guíé a Kayla hasta el despacho y todos tomamos asiento alrededor de la mesa. Había algo diferente en ella ahora que estábamos aquí. Algo... más confiada. Era como si estuviera más segura de sí misma que antes.

"Marco me dijo que querías que te asesorara sobre unos contratos", comentó, juntando las manos sobre la mesa. Mi padre, sorprendido, asintió.

"Sí, yo..."

"He trabajado en algunas negociaciones de contratos para mi propio padre", explicó. "Estaría más que feliz de echar un vistazo y hacerle saber lo que pienso".

Los ojos de mi padre se desviaron hacia mí, pero asentí con la cabeza, diciéndole en silencio que podía confiar en ella. No la había traído aquí para aparentar. La había traído porque sabía la clase de mujer que era y de lo que era capaz.

Sacó los contratos y los dejó sobre la mesa, entre los dos. Kayla los cogió y empezó a hojearlos, leyendo el denso texto con los ojos desorbitados. Sonreí mientras la observaba. No había tenido la oportunidad de ver esta faceta suya antes, pero me gustaba. De hecho, me gustó muchísimo.

"En su mayor parte tienen buena pinta", comentó mientras sacaba una de las páginas. "Pero yo desconfiaría de la cláusula que han puesto aquí. ¿Ves?, dice que ellos son los primeros en llamar para los detalles de seguridad dondequiera que abras un nuevo club..."

Señaló la sección y deslizó el periódico hacia mi padre.

"Yo no estaba de acuerdo con eso", murmuró.

"Es un poco difícil de descifrar, pero está ahí", le dijo. "Yo pediría una versión revisada que te dé más espacio para negociar con otros proveedores en el futuro. ¿Tiene sentido?"

"Sí", respondió, y me miró. Por la expresión de su cara, me di cuenta de que estaba muy impresionado, aunque no era el tipo de hombre que lo hubiera dicho en voz alta. Le cogí la mano por debajo de la mesa y se la apreté, haciéndole saber en silencio lo orgulloso que estaba de ella. Me dedicó una rápida sonrisa y me di cuenta de que estaba en lo suyo, en lo que se le da bien. ¿Por qué había pensado mantenerla alejada de esto cuando estaba claro que era lo que mejor sabía hacer?

Cuando terminamos de revisar el resto de los contratos, Nosotros nos fuimos a comer a una cafetería cercana.

"Creo que ha ido bastante bien", comentó, y yo me reí.

"¿Bastante bien?" respondí, enarcando una ceja. "Creo que a este paso mi padre te va a contratar para que seas árbitro a tiempo

completo de todos los tratos que haga".

"No me importaría", respondió ella. "Me gusta sentirme útil".

"Estabas muy segura de ti misma ahí dentro", le dije.

"¿Esperabas que me quedara en un segundo plano?", se rió, y yo negué con la cabeza.

"Nunca esperaré eso de ti", le aseguré. "Es sólo... agradable verte en tu elemento".

"Es agradable tener la sensación de estar haciendo algo útil", responde sonriendo mientras saboreaba la tisana que había pedido con la comida.

"Tenemos que tener cuidado, ya sabes, de compaginarlo con todo el tema de la paternidad", añadió.

Sonreí.

"Estoy deseando conocer a nuestro hijo", le murmuré, sacudiendo la cabeza. "Todavía no me creo que vaya a tener un hijo o una hija pronto".

"Ni yo tampoco puedo creérmelo", contestó, con las mejillas sonrojadas por la emoción. Se mordió el labio y me quedé mirándola un momento, absorto. Era tan hermosa, pero era más que eso: mi amor por ella iba más allá de su belleza exterior. Se trataba de la mujer que era en el fondo, una mujer fuerte, segura de sí misma y brillante, con la que iba a formar una familia, un legado y una vida.

Me incliné para plantarle un beso en la mejilla.

"Sabes", le murmuré. "Si no me hubiera casado ya contigo, creo que me fugaría contigo ahora mismo".

Se rió, sus ojos se ablandaron al mirarme.

"Te quiero, Marco."

"Yo también te quiero, Kayla."

No había nada más que decir. Nos queríamos, nos habíamos encontrado, estábamos casados y ahora nos esperaba todo un futuro juntos. Estaba impaciente por empezar.

Mientras pudiera pasar cada momento con ella.

Epílogo - Kayla

"Aquí estás, cielo", le dije a Alana mientras la desenvolvía y la levantaba en brazos. Bostezó y se acurrucó contra mí, y yo abracé a mi preciosa hijita todo lo que pude.

"Eh, cuidado", se burló Marco mientras entraba en la habitación de A

"Estoy teniendo cuidado", protesté, pero solté una risita cuando Alana me pellizcó la mejilla y me metió una mano en el pelo. A sus pocos meses, aún no comprendía que nuestros cuerpos estaban separados del suyo, y yo esperaba que nunca lo superara. Sentirla tan cerca de mí era todo lo que necesitaba, mi pequeña aferrada a mí como si no quisiera estar en ningún otro sitio.

"Toma, dámela", me dijo Marco, soltándola de mis brazos. "Hay que cambiarla. Y Lara está al teléfono sobre el viaje de aniversario".

"Gracias", le contesté, entregándole a Alana a su padre. Una vez en sus brazos, soltó un grito de alegría y tuve que tomarme un momento para mirarlos a los dos juntos.

Era difícil creer que sólo llevara unos meses en nuestras vidas, cuando parecía encajar con tanta naturalidad en nuestro mundo. Había nacido a principios de año, en medio de una tormenta, mientras Marco me cogía la mano con fuerza y me instaba a traer a nuestra pequeña al mundo. Tal como Lara había predicho, teníamos una hija, y yo la había amado desde el momento en que los médicos la habían puesto en mis brazos. Con el pelo oscuro y los ojos como los de su padre, era más hermosa de lo que jamás hubiera imaginado.

Y Marco se había enamorado de ella tan profundamente que no estaba seguro de que fuera a superar nunca la caída. Había asumido la

paternidad como si estuviera hecho para ello, levantándose en mitad de la noche para alimentarla y atenderla, mirándola por el monitor como si no pudiera dejar de verla. Ya me daba cuenta de que iba a ser una niña muy mimada cuando creciera, pero no podía hacer nada al respecto: Marco ya se había comprometido a hacer de ella la niña más mimada del mundo, y no iba a oponerme a ello. De todos modos, se lo merecía.

Cogí el teléfono.

"Hola, tía", saludé a Lara.

"Todavía no me acostumbro a oír eso", se rió. "¿Cómo está mi sobrina?"

"Con su papá. Así que es feliz", respondí. "¿Dijo que querías hablar del viaje?"

"Sí, quería saber si Montreal te iba bien", me contestó. Se refería, por supuesto, al viaje que Marco y yo íbamos a hacer por mi cumpleaños. Sería la luna de miel que nunca habíamos tenido la oportunidad de disfrutar, incluida la renovación de votos, donde podríamos casarnos como una pareja de verdad y no como un montaje para nuestras familias.

"¡Me encanta!" exclamé. Nunca había estado en Canadá, pero quería explorar un poco más el mundo, sobre todo ahora que había llegado Alana. Era extraño. Traerla a este mundo me había hecho estar aún más decidida a disfrutar de mi vida y más decidida a aventurarme por el mundo porque necesitaba que ella viera que no había límites en lo que podía hacer o adónde podía ir.

"Voy a mandarte un mensaje con algunos de los hoteles en los que estoy pensando", me dijo. "Avísame si te gusta alguno, ¿vale?"

"Lo haré", acepté.

Una vez terminada la llamada, volví a buscar a Marco y Alana. Estaban en una silla de la habitación infantil y Marco tenía un libro abierto delante de él. Estaba leyéndole en voz alta, y yo me quedé un



momento mirándoles, sin poder evitar sonreír.

Eran los momentos por los que más vivía. Verle con nuestra hija, nuestra familia junta, me llenaban el corazón como ninguna otra cosa lo hacía. Le adoraba, y verle adorarla así, era todo lo que necesitaba.

Me acerqué a él en la silla y me senté en el brazo. Me rodeó la cintura con la mano para sostenerme mientras Alana me saludaba.

"¿Todo bien?", me preguntó, y yo asentí.

"Todo bien", respondí, y me incliné para dejar caer un beso sobre la cabeza de mi hija. "Aunque no esté segura de si estamos locos por pensar siquiera en viajar con un niño".

"Oye, haremos que funcione", prometió. "Hemos conseguido todo lo demás hasta ahora, ¿no?"

"Supongo que sí", acepté, y le pasé los dedos por el pelo ligeramente crecido. Había estado tan ocupado con Alana y el trabajo que apenas había tenido tiempo de centrarse en sí mismo, pero parecía más feliz que nunca.

No pude resistirme a agacharme para plantarle un beso en los labios, y él sonrió en mi abrazo.

"Te quiero", le susurré.

"Yo también te quiero", me susurró, y ambos miramos a Alana, cuya cabeza ya había empezado a caer de nuevo.

"Cariño, acabas de despertarte de una siesta. No necesitas otra", me reí, y la levanté suavemente en mis brazos. "¿Qué tal algo de comer, eh?"

La llevé a la cocina y pusimos música clásica, que le encantaba. Parecía no cansarse mientras preparábamos la comida. Cuando la habitación se llenó de ruido, conversaciones y música, sentí que me relajaba de verdad y que la tensión se escapaba de mi cuerpo.

Esto era lo que más deseaba en el mundo. Esos momentos en los que podía disfrutar de la comodidad y la paz de estar rodeada de las personas que más quería. Eché un vistazo a la cocina y sonreí. Si esto era el resto de mi vida, estaba deseando que empezara. Nunca pensé que nuestro matrimonio llegaría aquí, pero así ha sido, y para mí es lo más preciado del mundo.

## Acerca de Lenora Wilde

Hola, soy Lenora, la típica alma reservada y tranquila durante el día, pero una malvada contadora de historias bajo el encantador resplandor de la luna ;)

Mi corazón está dedicado a crear historias románticas al rojo vivo que hagan arder las páginas. Tanto si busca un subidón de adrenalina como una escapada relajante, estoy aquí para crear historias que cautivarán su mente y le llegarán al corazón. Bienvenido a un mundo donde las posibilidades son tan ilimitadas como su imaginación.

Si te ha gustado este libro, me gustaría invitarte a que te anticipes a los próximos lanzamientos de la "Serie del Imperio de la Familia Mafiosa".

Su opinión sincera es muy valiosa para mí. Haga clic [AQUÍ](#) para compartir su opinión.

**Gracias**